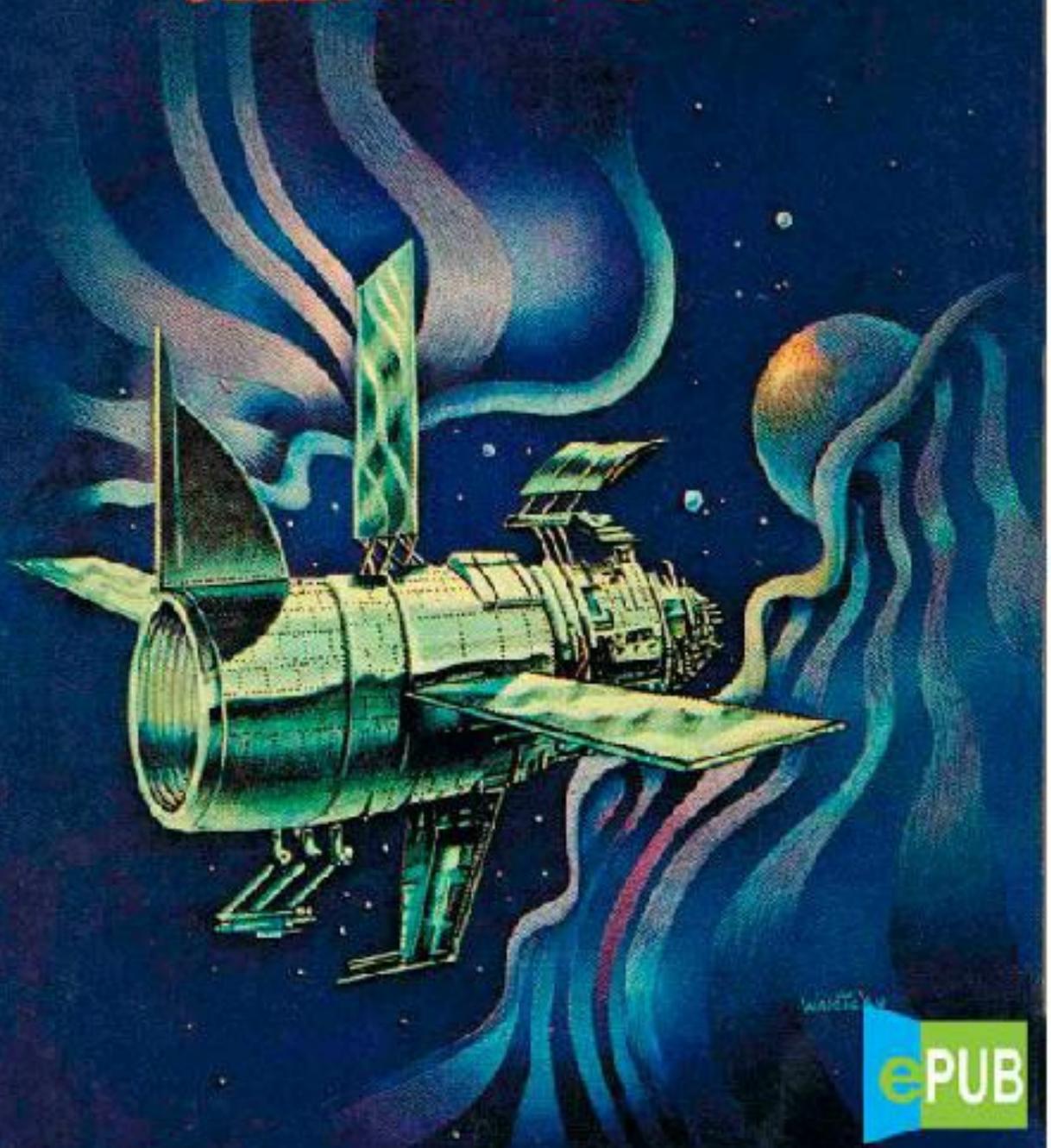


CIENCIA FICCION

SELECCION **26**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 26

ePub r1.0

viejo_oso 27.01.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 26*

VV. AA., 1976

Traducción: Ernesto Dávila & M. Giménez Sales & D. Navarro Gonçalves & Ester Rippa

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *Nueva etapa*, Carlo Frabetti.

Cura radical (Shotgun Cure), Clifford D. Simak, 1961.

Bulevar Alfa Ralfa (Alpha Ralpha Boulevard), Cordwainer Smith, 1961.

Puesta de Tierra y el lucero de la tarde (Earthset and Evening Star),
Isaac Asimov, 1975.

Hombres-arena (The Sandmen), J. T. McIntosh, 1957.

El circuito CRIB (The CRIB Circuit), Miriam Allen de Ford, 1969.

Desmantelamiento (Falling Apart), Ron Goulart, 1975.

Visita de inspección (The Tour), Ted Thomas, 1971.

Cómo funcionan las cosas (The Way Things Work), Ron Goulart, 1971.

PRESENTACIÓN

Nueva etapa

Aun a riesgo de parecer la publicidad de un detergente o, peor aún, de un gobierno, no hay más remedio que hablar, en la presentación de esta vigésima sexta selección, de una nueva etapa. Después de seis años de venir ofreciendo regularmente a nuestros lectores estas selecciones de ciencia ficción, y con veinticinco números a nuestras espaldas, parece un buen momento para una reestructuración.

La creación de la serie paralela FANTASÍA ha sido el paso más obvio — junto con la renovación formal— en esta nueva etapa; pero también se imponía una diversificación que no fuera meramente temática, y así, en lo sucesivo, las selecciones de relatos que hemos venido ofreciendo hasta ahora, y que seguirán apareciendo regularmente, se verán complementadas, por una parte, con una serie de números especiales concebidos con un criterio más unitario y dedicados, a un autor, un tema o un ciclo, y, por otra, con una más frecuente publicación de novelas, pues no sólo de relatos vive el aficionado, aunque, según una opinión ampliamente difundida entre los expertos, el cuento corto siga siendo el vehículo narrativo idóneo de la ciencia ficción.

Con todo ello esperamos cubrir la demanda de los aficionados más exigentes, tanto cuantitativa como cualitativamente.

La única variación que experimentarán las selecciones de ciencia ficción normales, a partir de este número 26 (y aparte de la cubierta), será que su

contenido se ceñirá más estrictamente que hasta ahora al concepto de ciencia ficción. No es el momento de enzarzarse en disquisiciones, acerca de dónde acaba la ciencia ficción y dónde empieza la fantasía «pura»: los límites no son en absoluto nítidos, y nada más lejos de nuestra intención que establecer compartimentos estancos; pero es indudable que con anterioridad han aparecido en estas selecciones algunos relatos que, por mucho que se quiera ampliar los márgenes del género, no se pueden considerar de ciencia ficción. De ahora en adelante, el lector interesado encontrará este tipo de narraciones en la serie paralela FANTASÍA, mientras que los seguidores de la serie CIENCIA FICCIÓN tendrán la garantía de hallar un contenido más homogéneo y ceñido al nombre de la colección.

De este modo, insisto, no se pretende delimitar géneros de forma categórica, sino facilitar la elección del lector. Aunque, en realidad, la elección no es dudosa: lo más acertado es seguir ambas series.

CARLO FRABETTI

CURA RADICAL

Clifford D. Simak

¿Constituye la profesión médica una abnegada lucha contra la enfermedad y la muerte, o un lucrativo negocio? De lo que no cabe duda es de que muchos médicos no hubieran reaccionado como el protagonista de este relato, y que por cada doctor Kelly hay un «ladrón de bata blanca» que especula con el dolor humano.

Las clínicas estaban preparadas y por la mañana había empezado la Operación Kelly.

¡Qué extraño era que la llamasen «Kelly»!

Se sentó en la vieja mecedora, en el porche destartalado, y lo dijo otra vez, dejándolo deslizarse por la lengua, pero su sabor no era ya tan punzante y tan dulce como lo había sido una vez, cuando aquel gran médico de Londres se había levantado en las Naciones Unidas para decir que no podía llamarse más que Kelly.

Sin embargo, pensándolo bien, en todo aquello había una gran parte de casualidad. No tenía por qué haber sido necesariamente Kelly. Podía haber sido cualquiera con un D. M.^[1] escrito después de su nombre. Podía haber sido Cohen, o Johnson, o Radzonovich, o cualquier otro... cualquier otro de los muchos médicos que había en el mundo.

Se balanceó suavemente en la rechinante mecedora, mientras las tablas del porche demostraban, con sus gruñidos, estar de acuerdo. En la creciente oscuridad se oían también los ruidos de los niños que prolongaban cuanto podían sus juegos, antes de que llegara el momento de entrar en casa y, poco después, de meterse en la cama.

Flotaba un perfume de lilas en el aire frío, y en un rincón del jardín podía ver vagamente el fulgor blanco de una corona nupcial, la misma que Martha Anderson les había dado a Janet y a él hacía tantos años, cuando vinieron a vivir a aquella casa.

Se acercaba un vecino por el sendero. No pudo distinguir quién era, en la oscuridad cada vez más densa del crepúsculo. El hombre lo llamó.

—Buenas noches, Doc —dijo.

—Buenas noches, Hiram —dijo el viejo doctor Kelly, sabiendo de quién se trataba por el sonido de su voz.

El vecino siguió su camino.

El viejo doctor siguió balanceándose suavemente, con las manos cruzadas sobre su abultado estómago. De la cocina le llegaban los ruidos de los cacharros, que Janet fregaba después de la cena. En pocos minutos vendría a sentarse junto a él, y hablarían tranquilamente y en voz baja, como convenía a un viejo matrimonio muy enamorado.

Aunque, a decir verdad, él no debería estar en el porche. La revista médica estaba sobre la mesa de su estudio y él debería estar leyéndola. No había últimamente muchas cosas sobre las que debiera ponerse al día, o quizá era que, tal como empezaban a ir las cosas, no tenía importancia estar al día o no.

Desde luego, siempre harían falta médicos. Siempre habría idiotas que tuvieran accidentes con sus coches o que pelearan a tiros o que se clavaran anzuelos en las manos o que se cayeran de los árboles. Y siempre estarían los niños.

Se balanceó hacia atrás y hacia adelante, y pensó en todos los niños y cómo algunos de ellos habían crecido, convirtiéndose en hombres y mujeres y teniendo niños a su vez. Y pensó en Martha Anderson, la mejor amiga de Janet, y en Con Gilbert, el más grande bribón que jamás pisó la tierra y un desastre con el dinero, y rió aviesamente al recordar todo el dinero que le debía Con Gilbert, que no había pagado una factura en toda su vida.

Pero las cosas eran así. Había quien pagaba y quien nunca lo hacía, y por eso Janet y él vivían en aquella vieja casa, y él conducía un modelo de hacía cinco años, y Janet llevaba a la iglesia el mismo vestido todo el invierno.

Aunque, bien pensado, no importaba. La paga importante no era en dinero.

Había los que pagaban y los que no pagaban. Y había los que vivían y aquellos que se morían, sin importar lo que uno hiciera. Había esperanza para algunos, y otros a los que la esperanza no llegaba. Y había algunos a los que podías decírselo y otros a los que no.

Pero ahora era diferente.

Y todo había empezado allí mismo, en la pequeña ciudad de Millville, poco más de un año antes.

Sentado en la oscuridad, y acompañado del perfume de las lilas, del resplandor blanco de la corona nupcial y del ruido sordo de los niños que se aferraban a sus últimos minutos de juego, lo recordó.

Eran casi las 8,30. Pudo oír la voz de Martha Anderson hablando con la señorita Lane; y ella, él lo sabía, había sido la última.

Se quitó la chaqueta blanca y la dobló, abstraído, agotado, dejándola luego sobre la camilla de reconocimientos.

Janet lo estaría esperando para cenar, aunque no diría nada. Janet nunca decía nada. En todos aquellos años nunca le había dicho una sola palabra de reproche, aunque a veces él percibía la desaprobación de Janet por su carácter calmoso, por su benevolencia con enfermos que luego ni siquiera le daban las gracias y mucho menos pagaban las facturas. Su desaprobación, también, por las horas dedicadas al trabajo, por la rapidez con que salía por las noches, cuando hubiera podido hacer esperar al paciente hasta la mañana, cuando hacía su ronda de visitas.

Ella estaría esperándole para cenar, y sabría que Martha había ido a visitarle y le preguntaría cómo estaba. Y ¿qué debía contestarle?

Oyó salir a Martha y también el repiqueteo de los tacones de la señorita Lane en el despacho. Fue lentamente hasta el lavamanos y abrió el grifo, después cogió el jabón.

Oyó abrirse la puerta, pero no volvió la cabeza.

—Doctor —dijo la señorita Lane—, Martha cree que está bien. Dice que usted la está ayudando. ¿Cree usted...?

—¿Qué haría usted? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella.

—¿Operaría sabiendo que no hay esperanza? ¿La enviaría a un especialista sabiendo que no puede ayudarla, sabiendo que no puede pagarlo y que se preocuparía por ello? ¿Le diría que le quedan, quizá, seis meses de vida, para despojarla de ese poco de esperanza y de felicidad que aún conserva?

—Lo siento, doctor.

—No tiene por qué. Me he enfrentado a esto muchas veces. Ningún caso es igual a otro. Cada uno requiere una decisión distinta. Ha sido un día largo y duro...

—Doctor, hay otro ahí fuera.

—¿Otro paciente?

—Un hombre. Acaba de entrar. Su nombre es Harry Herman.

—¿Herman? No conozco a ningún Herman.

—Es un forastero —dijo la señorita Lane—. Quizá acabe de llegar a la ciudad.

—Si fuera así —dijo el doctor— yo lo sabría. Lo oigo todo.

—Quizá esté de paso. Quizá se haya puesto enfermo mientras conducía.

—Bien, mándemelo —dijo el doctor cogiendo una toalla—. Veremos qué le pasa.

La enfermera se dirigió a la puerta.

—Señorita Lane.

—¿Sí?

—Puede usted marcharse a casa. No hay necesidad de que se quede. Ha sido un día muy duro.

Un día duro, pensó. Una fractura, una quemadura, un corte, una hidropesía, una menopausia, un embarazo, dos pélvicos, un sinfín de catarros, un régimen alimenticio, dos denticiones, un pulmón sospechoso, una probable piedra en la vesícula, una cirrosis hepática y Martha Anderson. Y ahora, para terminar, aquel hombre que se llamaba Harry Herman, nombre que nunca había oído antes y que, pensándolo bien, era bastante curioso.

Y el hombre también era curioso, tan alto y delgado, con las orejas pegadas al cráneo y los labios tan finos que no parecían labios.

—¿Doctor? —preguntó, de pie en el umbral.

—Sí —repuso éste, poniéndose otra vez la chaqueta—. Vamos, pase. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No estoy enfermo —dijo el hombre.

—¿Que no está enfermo?

—Pero quisiera hablar con usted. ¿Tiene usted tiempo?

—Sí, naturalmente —repuso el doctor, sabiendo que no tenía tiempo e

irritado por aquella intrusión—. Pase y siéntese.

Intentó reconocer el acento, pero no pudo. Centro-europeo, quizá.

—Técnico profesional —dijo el hombre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor, empezando a intrigarse.

—Le hablaré técnicamente. Le hablaré como profesional.

—¿Es usted médico?

—No exactamente —repuso el hombre—. Aunque usted pueda pensarlo.

Lo primero que debo decirle es que soy extranjero.

—Un extranjero —repitió el doctor—. Tenemos muchos por aquí. La mayoría refugiados.

—No es esa lo que quiero decir. No esa clase de extranjero, sino de otro planeta, de otra estrella.

—Pero usted dijo que su nombre era Herman...

—Cuando estés en Roma —replicó el hombre—, haz como lo romanos.

—Ah... —dijo el doctor, y luego—: ¡Cielos! ¿Quiere decir eso...? Por extranjero, usted entiende...

El otro hombre asintió con expresión feliz.

—De otro planeta. De otra estrella. A muchos años-luz.

—Estoy confundido —dijo el doctor.

Permanecía en pie, mirando al extranjero, y éste le sonreía, un poco indeciso.

—Quizá usted piense —dijo el extranjero— que tengo un aspecto muy humano.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando.

—Entonces querría examinarme. Usted conoce el cuerpo humano.

—Tal vez quisiera —repuso el doctor, sin que la idea le gustara en absoluto, con una sonrisa forzada—. Pero el cuerpo humano puede tener a veces una apariencia rara.

—Pero no una apariencia como ésta —dijo el extranjero, mostrándole las manos.

—No —admitió el doctor, atónito—. Es verdad.

Porque la mano consistía tan solo en dos pulgares y un dedo, como si una garra de pájaro hubiera querido convertirse en mano.

—Ni como ésta —añadió el hombre, poniéndose en pie y bajándose los pantalones.

—Tampoco —dijo el médico, más sorprendido que nunca en sus muchos años de práctica.

—Entonces —dijo el hombre, subiéndose los pantalones—. Creo que está usted convencido.

Y volvió a sentarse, cruzando calmadamente las piernas.

—Si quiere decir que lo acepto como un extranjero —dijo el doctor—, supongo que sí. Aunque no es nada fácil.

—Imagino que no. Imagino que será una gran impresión.

El médico se pasó una mano por la frente.

—Una impresión, sí. Pero hay otras cosas que...

—Se refiere al lenguaje, ¿no? —dijo el extranjero—. Y a mi conocimiento de sus costumbres.

—Entre otras cosas, sí, naturalmente.

—Les hemos estudiado. Hemos empleado algún tiempo en ustedes. En todos ustedes, quiero decir...

—Pero usted habla tan bien... como un extranjero bien educado.

—Eso es exactamente lo que soy.

—Claro, claro que lo es —admitió el doctor—. No había pensado en ello.

—No soy ningún orador. Sé muchas palabras, pero las uso incorrectamente, y mi vocabulario se reduce al necesario para una conversación corriente. No me defiendo bien en los asuntos muy técnicos.

El médico fue detrás de su mesa y se sentó. Estaba bastante desconcertado.

—Muy bien —dijo—. Oigamos el resto. Acepto que es usted un extraterrestre. Ahora respóndame a esto: ¿qué hace usted aquí?

Y se asombró de enfrentarse con la situación con tanta calma. Poco después —lo sabía—, cuando tuviera tiempo de pensarlo bien, entonces se llevaría un susto.

—Usted es médico —dijo el extraterrestre—. Usted es un curador de su raza.

—Sí —contestó el doctor—, soy uno de ellos.

—Ustedes trabajan duramente para arreglar lo que está mal. Reparar las indisposiciones de la carne. Retardan la muerte...

—Lo intentamos. Algunas veces no tenemos éxito.

—Ustedes tienen muchas dolencias: el cáncer, los fallos cardíacos, los catarros y muchas otras cosas... no encuentro la palabra.

—Enfermedades.

—Enfermedad. Eso es. Usted sabrá perdonar mis deficiencias al hablar.

—Dejemos a un lado los formulismos —sugirió el médico—. Vayamos a lo que interesa.

—No está bien —dijo el extraterrestre— tener todas esas enfermedades. No resulta agradable. Al contrario, es algo terrible.

—Tenemos menos de las que teníamos hace un tiempo. Hemos eliminado algunas.

—Y por supuesto —dijo el extranjero—, usted se gana la vida con ellas.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? —gritó el médico.

—Me disculpará si a veces me equivoco. Un sistema económico es algo difícil de meter en la cabeza.

—Sé lo que quiere decir —gruñó el médico—, pero déjeme decirle, señor...

Pero ¿de qué serviría?, pensó. Aquel ser pensaba lo que muchos humanos.

—Debo señalarle —dijo empezando de nuevo— que la profesión médica es una lucha durísima para vencer esas enfermedades de las que usted habla. Estamos haciendo cuanto podemos para destruir nuestro oficio.

—Eso está bien. Es justamente lo que yo pensaba, pero no encuadraba muy bien con el sentido de los negocios de su mundo. Debo suponer, entonces, que usted no sería contrario a ver destruidas las enfermedades.

—Escuche —dijo por fin el médico, que había tenido ya bastante de todo aquello—, no sé adónde quiere llegar, pero yo tengo hambre y estoy cansado, y si usted pretende estar ahí sentado, elaborando filosofías...

—Filosofías —repitió el extraterrestre—. Oh, no. No son filosofías. Soy práctico. Vengo a ofrecerle la abolición de las enfermedades.

Permanecieron en silencio unos momentos; luego el doctor se revolvió en

su asiento con gesto de protesta y dijo:

—Quizá esté equivocado, pero me parece haberle oído decir que...

—Tengo un método, un desarrollo, un hallazgo —no encuentro la palabra — que destruirá todas las enfermedades.

—Una vacuna —dijo el doctor.

—Esa es la palabra. Sin embargo, es diferente de la vacuna en que usted piensa.

—¿Para el cáncer?

El extraterrestre asintió:

—Cáncer y catarros comunes y todo lo demás. Cualquiera cosa.

—¿Para el corazón?

—También. No hace el efecto de una vacuna, sino que fortalece el cuerpo y lo deja en buen estado. Es como ajustar un motor hasta que queda como nuevo. El motor se deteriorará con el tiempo, pero funcionará hasta que esté completamente inservible.

El médico lanzó al extraterrestre una mirada dura:

—Señor —le dijo—, ésta no es la clase de cosas con las que se puede bromear.

—No estoy bromeando —replicó el extraterrestre.

—Y esa vacuna... ¿Funcionará en los seres humanos? ¿Y no tiene efectos secundarios?

—Estoy seguro de que funcionará. Hemos estudiado vuestro... vuestro... el modo en que trabaja vuestro cuerpo.

—Metabolismo es la palabra.

—Gracias —dijo el extraterrestre.

—¿Y el precio?

—No hay precio. Os la regalamos.

—¿Completamente gratis? Pero seguramente habrá un...

—Gratis, completamente gratis. Sin ningún compromiso.

Y levantándose, sacó una caja plana del bolsillo y se aproximó al escritorio. Entonces apretó uno de los lados y la caja se abrió. Dentro había unas porciones de algo semejante a la gasa, pero no estaba hecha de tejido.

El médico se aproximó y extendió la mano hacia la caja.

—¿Puedo? —dijo.

—Ciertamente. Pero toque solamente la parte superior.

El médico sacó delicadamente una de aquellas porciones y la puso sobre la mesa, luego pasó un dedo por la superficie. Había líquido en ella. Podía sentirlo al oprimir un poco aquella sustancia.

Le dio la vuelta. El otro lado era áspero y rugoso, como una boca cuajada de pequeños y acerados dientes.

—Se aplica la parte áspera al cuerpo del paciente —dijo el extraterrestre — y ésta se adhiere a él, se convierte en una parte de él. El cuerpo absorbe la vacuna y el resto del parche cae.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo —repuso el extraterrestre.

El médico cogió aquella especie de parche entre dos dedos cautelosos y volvió a ponerlo en la caja.

Entonces miró al extraterrestre.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Por qué nos lo quieren dar?

—¿No lo sabe? ¿Verdaderamente no lo sabe?

—No.

De pronto, los ojos del extraterrestre parecieron viejos y cansados, y dijo:

—Lo sabrán dentro de un millón de años.

—Yo no —replicó el médico.

—Dentro de un millón de años ustedes harán lo mismo, pero será algo diferente. Y entonces alguien les preguntará, y no sabrán contestar más que lo que yo sé contestar ahora.

Si se trataba de un reproche, era un reproche muy suave. El médico trató de saber si lo era. Luego dejó a un lado la cuestión.

—¿Puede decirme lo que hay en eso? —preguntó, señalando los parches.

—Le podría dar la fórmula descriptiva, pero está en nuestros términos, de forma que resultaría inútil.

—¿Se ofenderá si hago pruebas con estos parches?

—Estaría disgustado si no lo hiciese —repuso el extraterrestre—. No espero de usted confianza ciega. Sería tonto hacerlo.

Cerró la caja y la dejó cerca del médico, luego se puso en pie y se

encaminó a la puerta.

El médico se puso en pie rápidamente.

—¡Espere un minuto! —dijo.

—Le veré a usted dentro de una o dos semanas —dijo el extraterrestre.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí.

El médico se dejó caer en la silla y miró la caja.

Se inclinó hacia ella y la tocó. Estaba allí. Oprimió uno de los lados y la tapa se levantó. Los parches estaban allí dentro.

Trató de abrirse camino hasta la cordura, hacia la tierra firme y sólida, hacia un apropiado —y humano— punto de vista.

—¡Bah! ¡Basura! —dijo.

Pero no era basura. Él lo sabía muy bien.

Luchó consigo mismo aquella noche, tras la puerta cerrada del estudio, mientras oía, apagados, los ruidos de la cocina en la que Janet recogía las cosas de la cena.

Y la primera batalla fue en el frente de la credibilidad.

Había dicho al hombre que estaba de acuerdo en que era un extraterrestre, y la evidencia de ello era suficiente. Aun así era todo tan increíble... en todas y cada una de sus partes, que resultaba difícil de asimilar.

Y lo más duro de todo era pensar que aquel extranjero, quienquiera que fuese, había acudido, de entre todos los médicos de la Tierra, al doctor Jason Kelly, un insignificante médico de una insignificante ciudad.

Se preguntó si no sería un engaño, y concluyó luego que no podía serlo, puesto que aquellos tres dedos de la mano y lo demás que había visto eran cosas difíciles de simular. Y todo el asunto, de haber sido un engaño, resultaba tan estúpido y cruel que carecía de sentido. Además, nadie lo odiaba tanto para tomarse tantas molestias. E incluso tratándose de un odio de grandes proporciones, dudaba que en Millville hubiese alguien con imaginación para todo aquello.

Así que lo único positivo y práctico que podía hacer era asumir que aquel hombre era realmente un extraterrestre y que los parches eran de fiar.

Y partiendo de esto, había sólo un camino: probar los parches.

Se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la habitación.

Martha Anderson, se dijo, Martha Anderson tenía cáncer. Estaba sentenciada y no había nada en el mundo de los hombres ni en sus conocimientos que pudiera salvarla. La cirugía en este caso era una locura, pues probablemente no sobreviviría. E incluso si lo hacía, su caso estaba demasiado avanzado. El germen corrosivo había avanzado tanto que estaría desperdigado por todo su cuerpo. No había esperanza para ella.

Pero no podía decidirse a hacerlo, porque era la mejor amiga de Janet, y porque era vieja y pobre, y cada uno de sus instintos se oponía violentamente a usarla como animal de prueba.

Si se hubiera tratado de Con Gilbert. A Con sí hubiera podido hacérselo. Al fin y al cabo no era más que lo que el viejo bergante le había estado haciendo a él. Pero Con era demasiado mezquino para estar realmente enfermo. A pesar de todas sus quejas estaba tan sano como un cerdo.

A pesar de lo que el extraterrestre había dicho sobre los efectos secundarios, uno no podía estar nunca seguro. Había dicho que estudiaban el metabolismo humano, y aun así, aunque el extraterrestre lo hubiera asegurado, parecía imposible.

La respuesta, él lo sabía, estaba allí, dispuesta para él en cualquier momento que la deseara. Estaba arrinconada al fondo de su cerebro y él sabía que estaba allí, aunque pretendiera lo contrario, pero la mantuvo arrinconada y no la trajo a la luz.

Pero después de una hora de dar vueltas y de estrujarse el cerebro se rindió y dejó salir la respuesta.

Estaba muy calmado mientras se subía una manga y abría la caja. Y siguió con su actitud de cirujano eficiente cuando sacó uno de los parches y lo pegó en su brazo.

Pero su mano temblaba cuando se bajó la manga para que Janet no viera el parche y empezará a hacerle un montón de preguntas sobre lo que le había ocurrido en el brazo.

Mañana, en todas las partes del mundo, la gente se alinearía frente a las clínicas con las mangas subidas y el brazo dispuesto. Y la espera sería corta,

pues había poco que hacer. Cada persona pasaría frente al médico y éste pegaría un parche en el brazo de él o de ella, dejando paso al siguiente.

En todo el mundo, pensó el médico, en todos sus recovecos, en cada pequeña aldea; no se descuidaría a nadie. Incluso los pobres, puesto que no costaba nada.

Y uno podría señalar una fecha y decir: «Este fue el día histórico en que acabaron las enfermedades.»

Porque los parches no sólo destruirían las enfermedades presentes, sino que guardarían al hombre de ellas en el futuro.

Y cada veinte años las grandes naves del espacio llegarían a la Tierra transportando cargamentos de parches, y habría otro Día de Vacunación..., pero no para tanta gente, sólo la nueva generación. Porque una vez que una persona era vacunada no había más necesidad de ello. Una vez vacunado podías seguir tu vida.

El médico golpeaba suavemente el suelo con el pie, para mantener el balanceo de la mecedora. Era agradable estar allí, pensó, y mañana sería agradable estar en cualquier parte del mundo. El miedo, filtrado largo tiempo en la vida humana, duraría hasta mañana. Después de mañana, a no ser por los accidentes o la violencia, los hombres confiarían en vivir el plazo de una vida normal. Y, más importante aún, de una vida normal sana.

La noche era silenciosa, pues los niños se habían recogido, abandonando finalmente sus juegos. Estaba cansado. Por fin, pensó, reconocía estar cansado. No había traición ahora, después de tantos años, en decir que estaba cansado.

Dentro de la casa pudo oír el timbre amortiguado del teléfono, y este sonido rompió el ritmo de su balanceo y lo hizo deslizarse hasta el borde de la mecedora.

Los pies de Janet hicieron un ruido suave mientras se aproximaban, ya él le emocionó la dulzura de su voz al contestar.

Ahora, en pocos segundos, ella lo llamaría y tendría que entrar.

Pero no le llamó. Su voz continuó sonando.

Volvió a acomodarse en la mecedora.

Lo había olvidado otra vez.

El teléfono no era un enemigo. Ya no lo dominaba.

Porque Millville había sido la primera. El temor había desaparecido ya de allí. Millville había sido la cobaya, el proyecto piloto.

Martha Anderson había sido la primera de ellos, y luego Ted Carson, que tenía un pulmón sospechoso, y después de ellos el bebé de los Jurgens, cuando se le declaró una neumonía. Y un par de docenas más, hasta que todos los parches se terminaron.

Y el extraterrestre había vuelto.

Y el extraterrestre había dicho:

—No piensen en nosotros como benefactores, ni como superhombres. No somos ninguna de las dos cosas. Piense en mí como en cualquiera que se cruza con usted por la calle.

Y esto había sido —pensó el médico— un intento del extraterrestre para que le comprendieran, un esfuerzo para traducir al idioma humano lo que estaban haciendo.

Pero ¿hubo alguna comprensión? ¿Una comprensión profunda? El médico lo dudaba.

Sin embargo, los extraterrestres se habían comportado de una forma muy semejante a los humanos. Habían bromeado incluso.

Una de las bromas que había hecho el primer extraterrestre se le había quedado grabada en la mente. Había sido una tontería, pero a veces le volvía a la memoria.

La puerta golpeó detrás de Janet cuando ésta salió al porche. Se sentó en la baranda.

—Era Martha Anderson.

El médico se rió para sus adentros. Martha vivía en la misma calle, cinco puertas más arriba, y veía a Janet veinte veces al día, y aún tenía que llamar por teléfono.

—¿Qué quería Martha? —preguntó.

Janet rió.

—Quería un poco de ayuda con sus panecillos.

—¿Con sus famosos panecillos?

—No lograba acordarse de la levadura que necesitan.

El médico rió suavemente:

—Supongo que es con éstos con los que gana el concurso en la feria del condado.

Janet dijo un poco irritada:

—No tiene gracia, Jason. Es fácil olvidarse de una cosa así. Martha hace mucha repostería.

—Sí, supongo que tienes razón.

Debería entrar, se dijo, y empezar a leer la revista médica. Pero no quería. Era tan agradable estar sentado allí... nada más que estar sentado. Hacía mucho tiempo que no podía sentarse un rato.

Aquello estaba bien para él, por supuesto, porque estaba ya viejo y próximo a la muerte, pero no para un joven médico, uno que hubiese terminado sus estudios y empezara a ejercer. Se hablaba en las Naciones Unidas de urgir a los cuerpos legislativos para que pensaran en la creación de unos subsidios médicos, para mantener viva la profesión. Porque aún se les necesitaba. Incluso con todas las enfermedades acabadas se tenía necesidad de ellos. No era bueno que sus contingentes mermaran, porque habría ocasiones, muchas ocasiones, en que se les necesitaría con urgencia.

Hacía rato que escuchaba pasos en la calle, y ahora éstos se dirigían hacia su verja.

Se enderezó en la silla.

Quizá fuera un paciente que, sabiendo que estaba en casa, venía a verle.

—Mira —dijo Janet bastante sorprendida—, es el señor Gilbert.

Era Con Gilbert, ciertamente.

—Buenas noches, Doc —dijo Con—. Buenas noches, señora Kelly.

—Buenas noches —repuso Janet, poniéndose en pie para marcharse.

—No hace falta que se vaya —le dijo Con.

—Tengo algunas cosas que hacer. Me iba de todas maneras.

Con subió los peldaños y se sentó en la baranda.

—Hermosa noche —declaró.

—Cierto —dijo Kelly.

—La mejor primavera que he visto en mi vida —repuso Con, dando un rodeo a lo que verdaderamente quería decir.

—Estaba pensando —dijo el médico— que las lilas nunca habían oído tan bien.

—Doc —dijo Con—, creo que le debo a usted bastante dinero.

—Me debe algún dinero —convino el médico.

—¿Tiene usted idea de cuánto podría ser?

—Ni la más mínima —le dijo el médico—. Nunca me preocupé por ello.

—Se figuró que era una pérdida de tiempo. Se figuró que nunca le pagaría.

—Algo así —convino el médico.

—Ha estado atendiéndome mucho tiempo —dijo Con.

—Eso es verdad, Con.

—Tengo trescientos aquí. ¿Piensa usted que son suficientes?

—Me debe mucho menos...

—Entonces le diré que nos cobra muy barato. Creo que trescientos son una buena cifra.

—Si usted lo dice... —dijo Kelly.

Con sacó su billetera y extrajo de ella un fajo de billetes que tendió al médico. Kelly lo cogió, lo dobló y lo metió en su bolsillo.

—Gracias, Con —dijo.

Y de pronto sintió algo extraño, como si hubiera algo que él debiese conocer, como si hubiera algo a lo que pudiera aproximarse y que pudiera apresar.

Pero no pudo, aunque lo intentó, saber qué era.

Con se levantó y ando por el porche hacia los peldaños.

—Ya nos veremos —dijo.

—Claro que nos veremos, Con. Y gracias.

Se acomodó en la mecedora, sin balancearse, y escuchó los pasos de Con por el sendero que conducía a la verja y luego por la calle hasta que se extinguieron y reinó otra vez el silencio.

Y, de una vez por todas, tenía que entrar y leer la revista médica.

Aunque, bien pensado, era una tontería. Probablemente no necesitara saber nunca más las cosas que dijera una revista médica.

Kelly puso la revista a un lado y se preguntó qué le pasaba.

Había estado leyendo veinte minutos sin enterarse de nada. No podía repetir una sola palabra de lo que había leído.

Estaba demasiado trastornado, demasiado excitado con la Operación Kelly.

¡Qué extraño sonaba: «Operación Kelly»!

Y lo recordó otra vez, exactamente.

Cómo lo había probado primero en Millville y cómo había ido luego a la asociación médica del condado, y cómo, después de cierta cantidad de burlas y de una buena cantidad de escepticismo, habían quedado convencidos. Y de allí había pasado al estado y a la AMA^[2].

Y, finalmente, aquel gran día en las Naciones Unidas, cuando el extraterrestre había aparecido ante los delegados y él mismo había sido presentado. Y aquel gran hombre de Londres levantándose y diciendo que el proyecto no podía llamarse más que Kelly.

Un momento de orgullo, se dijo, y trató de sentirlo de nuevo, pero no lo consiguió ni remotamente. Nunca volvería a sentir en su vida aquella clase de orgullo.

Y allí estaba, un simple médico rural otra vez, sentado en su estudio a altas horas de la noche, tratando de leer lo que nunca tenía tiempo de leer.

Aunque ahora esto ya no era cierto. Ahora tenía todo el tiempo que quisiera.

Se inclinó y puso la revista bajo la lámpara. Una vez más se dispuso a leer.

Pero no resultaba.

Volvió a leer un párrafo.

Aquello no marchaba como debiera.

O estaba volviéndose viejo, o sus ojos fallaban, o era completamente estúpido.

Aquella era la palabra. Aquella era la clave de lo que había estado buscando en su mente.

¡Estúpido!

Pero, probablemente, no en seguida. Quizá con lentitud. Y no realmente estúpido, sino menos agudo y brillante de lo que había sido, menos rápido

para captar el sentido de las cosas. Martha Anderson había olvidado cuánta levadura llevaban aquellos panecillos suyos, que tantos premios habían ganado. Aquello era algo que Martha nunca habría olvidado.

Con había pagado sus facturas, y en la escala de valores a la que Con se había suscrito toda su vida, aquello era una pura estupidez. Lo bueno, lo lógico para Con, ahora que probablemente no iba a necesitar nunca más un médico, habría sido olvidar su deuda. Después de todo no habría sido difícil: había estado olvidándose de ella hasta aquella misma noche...

Y el extraterrestre había dicho algo que, aquella vez, le había parecido una broma.

—No tema —había dicho—, curaremos todas sus enfermedades, incluidas aquellas que usted ni siquiera sospecha.

Y... ¿era la inteligencia una enfermedad?

Era difícil llegar a creerlo.

Pero cuando una raza estaba tan obsesionada con la inteligencia como la del Hombre, ésta podía ser considerada, quizá, como una enfermedad.

Por la forma en que había avanzado en la última mitad del siglo, apilando, unos sobre otros, descubrimientos y tecnologías, por la rapidez con que había corrido, dejando al hombre casi sin aliento, quizá pudiera considerarse una enfermedad.

Ni tan agudo —pensó— ni tan rápido como para captar el significado de un párrafo de terminología médica..., por el contrario, tenía que ir despacio para meterse todo aquello en la cabeza.

¿Era aquello realmente malo?

Algunas de las personas más estúpidas que había conocido —se dijo— eran también las más felices.

Y aunque uno no pudiera extraer de todo esto una defensa de la estupidez, sí que podía aspirar a una humanidad menos acosada.

Puso la revista a un lado y se quedó mirando la luz.

Aquello se dejaría sentir primero en Millville, puesto que Millville había sido el lugar del proyecto piloto. Y de mañana en seis meses se dejaría sentir en todo el mundo.

¿Hasta dónde llegaría aquello?, pensó; ésa era la pregunta vital.

¿Sólo un poco menos agudos?

¿Volverían a la era de los insectos?

¿Volverían a la era de los primates?

No había modo de saberlo...

Y todo lo que debía hacer para detenerlo era coger el teléfono.

Permaneció allí, helado ante la idea de que la Operación Kelly debía detenerse y de que la humanidad, después de tantos años de dolor de miseria y de muerte, debía volver a ellos.

Pero los extraterrestres, pensó, no dejarían que el proceso llegara muy lejos. Quienesquiera que fuesen, los creía gente decente.

Quizá no había existido una comprensión básica, ni una relación entre las mentes, pero sí que había existido una razón: una razón llamada compasión por el ciego y el cojo.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si los extraterrestres se proponían detener el poder de autodestrucción en el hombre, aun a costa de reducirlo a la más abyecta estupidez? ¿Cuál era la respuesta? ¿Y si el propósito de todo aquello era rebajar las capacidades del hombre antes de una invasión?

Sentado allí, lo supo.

Supo que, a pesar de todas las objeciones, no había nada que pudiera hacer.

Sabía que no tenía derecho a juzgar un asunto como aquél, que estaba lleno de prejuicios e inclinaciones, pero no podía cambiar.

Había sido médico durante mucho tiempo. No podía parar la Operación Kelly.

BULEVAR ALFA RALFA

Cordwainer Smith

Quienes en los días claros buscan en el horizonte marino el distante punto de una embarcación, saben que —por una serie de consideraciones ópticas que no hacen al caso— tales puntos se distinguen mejor de reojo que mirando de frente.

Cordwainer Smith aplica aquí este principio en el plano narrativo, echando una inquietante mirada de soslayo a un remoto e inaprehensible futuro.

En aquellos años estábamos ebrios de felicidad. Todo el mundo lo estaba, especialmente la gente joven. Fueron los primeros años del Redescubrimiento del Hombre, cuando la Instrumentalidad ahondó en sus olvidados tesoros, reconstruyendo las antiguas culturas, los viejos lenguajes, e incluso los anacrónicos males. La pesadilla de la perfección había conducido a nuestros antepasados al borde del suicidio. Ahora, bajo la jefatura del Señor Jestocost y la Señora Alice More, las antiguas civilizaciones se alzaban como en otros tiempos las grandes masas de tierra del fondo de los océanos.

Yo fui el primer hombre en pegar un sello a una carta, después de dieciséis mil años. Yo llevé a Virginia a escuchar el primer recital de piano. Juntos contemplamos en la videomáquina cuando desencadenaron el cólera en Tasmania, y vimos a los tasmanianos bailar por las calles, ahora que ya no estaban protegidos. Por doquier, todo era excitante. Por doquier, los hombres y las mujeres trabajaban con la mejor voluntad para edificar un mundo imperfecto.

Estuve en un hospital y salí francés. Naturalmente, recordaba mi vida anterior; la recordaba, pero no me importaba. Virginia también era francesa, y teníamos ante nosotros muchos años, como frutas maduras colgando en un huerto de veranos perpetuos. No sabíamos cuándo moriríamos. Antiguamente, hubiese podido irme a la cama, pensando: «El gobierno me ha concedido cuatrocientos años de vida. A partir de ahora, trescientos setenta y cuatro; entonces dejarán de inyectarme el estrón y moriré.» Ahora sabía que sucedería algo. Que podía suceder cualquier cosa. Habían detenido los aparatos de seguridad. Las enfermedades se multiplicaban libremente. Con suerte, esperanza y amor, podría vivir mil años. O morirme mañana. Era

libre.

Disfrutábamos de todos los instantes del día.

Virginia y yo adquirimos el primer periódico francés que aparecía desde que cayó el Mundo Más Antiguo. Nos deleitamos con las noticias, y hasta con los anuncios. Era difícil reconstruir parte de las culturas. Era difícil hablar de comidas de las que sólo perduraban los nombres, pero los homúnculos y las máquinas trabajaban incansablemente, ahondando y ahondando, manteniendo la superficie de la Tierra llena de bastantes novedades como para llenar los corazones de esperanzas. Sabíamos que todo esto se debía a una creencia prefabricada, aunque no era así exactamente. Sabíamos que cuando las enfermedades hubieran matado al número determinado por las estadísticas, volverían a retraerse; que cuando el índice de accidentes fuese demasiado elevado, terminarían sin que supiésemos por qué. Sabíamos que por encima de todo y de todos, la Instrumentalidad vigilaba. Teníamos confianza en que él Señor Jestocost y la Señora Alice More jugarían con nosotros como amigos, sin utilizarnos como víctimas de su juego.

Tomemos, por ejemplo, a Virginia. Antes se llamaba Menerima, que representaba el sonido en clave de su número de nacimiento. Era pequeña, algo regordeta, compacta; tenía la cabeza cubierta de rizos castaños; sus ojos eran de un pardo tan intenso y tan rico que se necesitaba la luz solar, y ella bizqueaba entonces, para dejar ver los tesoros de sus pupilas. Yo la había conocido bien, pero nunca la había conocido. La había visto a menudo, pero nunca la había visto en mi corazón hasta que nos reunimos fuera del hospital, después de volvernos franceses.

Me encantó hallar a una vieja amistad y empezar a hablar en la Antigua Lengua Común, pero las palabras se atascaban, y cuando quise hablar, no fue ya Menerima, sino alguien de una belleza antigua, rara, extraña...; alguien que había surgido en los últimos días desde los exuberantes mundos del pasado. Sólo acerté a balbucir:

—¿Cómo te llamas ahora? —y lo dije en francés.

—*Je m'appelle Virginie* —repuso ella en la misma lengua.

Mirarla y enamorarme fue todo uno. Había en ella algo poderoso, algo

salvaje, envuelto, oculto por su ternura y la juventud de su esplendoroso cuerpo. Era como si el destino me hablara desde unos ojos pardos, ojos que ciertamente me interrogaban, tal como ambos inquiríamos las noticias del mundo.

—¿Me permites? —tartamudeé, ofreciéndole mi brazo, tal como había aprendido durante las horas de hipnopedía.

Se colgó de mi brazo y nos alejamos del hospital.

Yo susurré una tonada que vino a mi mente, junto con la antigua lengua francesa.

Ella me apretó el brazo y me sonrió.

—¿Qué es? —me preguntó—. ¿O no lo sabes?

Las palabras subían con facilidad a mis labios, y canté muy quedamente, musitando junto a sus rizos, medio cantando, medio murmurando la popular canción que habían vertido en mi memoria junto con los conocimientos del Redescubrimiento del Hombre:

*Ella no era la mujer que buscaba,
la vi por casualidad.
No hablaba el francés de Francia,
sino el de la Martinica.*

*No era rica, no era elegante,
tenía un aspecto tentador,
y nada más...*

De pronto, me fue imposible proseguir.

—Por lo visto he olvidado el resto. Se llamaba *Macumba* y se refiere a una maravillosa isla antigua que los franceses de otros tiempos llamaban Martinica...

—Sé dónde está —exclamó ella. Poseía mis mismos recuerdos—. ¡Se puede ver desde Tierrapuerto!

Era una súbita vuelta al mundo que habíamos conocido. Tierrapuerto estaba en su pedestal, a dieciocho kilómetros de altura, en el borde oriental

del pequeño continente. En lo más alto del mismo, los Señores de la Instrumentalidad trabajaban entre máquinas que ya carecían de significado. Allí, las naves susurraban sus viajes a las estrellas. Yo había visto fotos, pero nunca había estado allí. En realidad, no había conocido a nadie que hubiera pisado Tierrapuerto. ¿Por qué? Tal vez no nos hubiesen recibido bien, y en cambio podía verlo a través de las imágenes de la videomáquina. Para Menerima, la pequeña y dulce Menerima, haber estado allí era peligroso. Esto me hizo pensar que en el Antiguo Mundo Perfecto las cosas no eran tan fáciles o sencillas como parecía.

Virginia, la nueva Menerima, trató de expresarse en nuestra antigua lengua común, pero desistió y dijo en francés:

—Mi tía —con ello significaba una amiga mayor, puesto que hacía miles de años que nadie tenía tías—, era una creyente. Y me llevó a Abba-dingo. Para conseguir suerte y santidad.

Mi antiguo yo se sintió un poco ofuscado; y mi yo francés se sintió inquieto por el hecho de que la joven hubiese hecho algo desusado, incluso antes de que la humanidad se convirtiese a lo inusitado. El Abba-dingo era una computadora muy anticuada, que se hallaba a medio camino de la columna de Tierra-puerto. Los homúnculos la trataban como a un dios, y la gente iba allí a veces. Hacerlo era tedioso y vulgar.

O lo había sido. Ahora todo era diferente.

—¿Cómo era? —inquirí, tratando de no mostrar mi enojo.

Ella rió levemente, pero en su risa había una nota estridente que me estremeció. Si la antigua Menerima había tenido sus secretos, ¿qué haría la nueva Virginia? Casi odié al destino que me obligaba a amarla, que me hacía sentir que el contacto de su mano en mi brazo era un eslabón entre la eternidad y yo.

Me sonrió en lugar de responder a mi pregunta. El camino de superficie estaba en reparación; continuamos por una rampa por debajo del nivel del Metro más elevado, por donde estaba permitido andar a las personas verdaderas, los homínidos y los homúnculos.

No me gustaba aquella sensación; desde mi lugar de nacimiento, jamás había hecho un viaje de más de veinte minutos. La rampa parecía segura.

Aquellos días había pocos homínidos, hombres de las estrellas que (aunque pertenecientes a la raza humana) habían sido cambiados para adaptarlos a las condiciones de un millar de mundos. Los homúnculos eran moralmente repulsivos, aunque muchos parecían hermosos; creados a partir de animales, y dorados de forma humanoide, se ocupaban de las pesadas tareas de trabajar con máquinas, que repugnaban a cualquier hombre auténtico. Se susurraba que algunos habían incluso procreado con personas, y yo no quería que Virginia estuviera expuesta a la presencia de tales seres.

Aún se cogía a mi brazo. Cuando íbamos descendiendo por la rampa hacia el atestado pasadizo, liberé el brazo y lo puse sobre sus hombros, acercándola más hacia mí. Había bastante luz, y suministraba más claridad que el día que habíamos dejado detrás; pero era una luz rara y preñada de peligros. En los viejos tiempos, habría dado media vuelta, yéndome a casa en vez de exponerme a la presencia de aquellos seres. Ahora, en este momento, no podía separarme de mi huevo amor, y temía que si regresaba a mi apartamento de la torre, ella se iría al suyo. Además, ser francés añadía un poco de encanto al peligro.

La gente del tránsito parecía vulgar. Había muchas máquinas, unas en forma humana y otras no. No vi ni a un solo homínido. Otras personas, que yo sabía eran homúnculos porque nos cedían el paso por la derecha, no parecían diferentes de los humanos a simple vista. Una chica bellísima me dirigió una mirada que no me gustó... picante, provocativa, inteligente, pasado el límite de la coquetería. Sospeché que era de origen perruno. Entre los homúnculos, las gente-perro son las más dadas a tomarse tales libertades. Incluso hubo un filósofo hombre-perro que una vez grabó una cinta arguyendo que puesto que los perros son los amigos del hombre más antiguos, tienen derecho a estar más cerca del hombre que cualquier otro ser. Cuando vi la cinta, me pareció divertido que un perro se hubiese convertido en un Sócrates. Pero allí, en el subterráneo, no estuve tan seguro. ¿Qué haría si uno de ellos se mostraba insolente? ¿Matarle? Eso significaría un roce con la ley y una entrevista con los subcomisionados de la Instrumentalidad.

Virginia no se dio cuenta de nada.

No había contestado a mi pregunta, y, en cambio, ella me las formulaba

respecto a aquel subterráneo. Yo sólo había estado allí una vez, de pequeño, pero era halagador oír su voz murmurando a mi oído.

Y entonces ocurrió.

Al principio creí que era un hombre, con la silueta distorsionada por un truco de la luz. Cuando se aproximó, vi que no lo era. Medía más de un metro de hombro a hombro. Unas feas cicatrices en su frente indicaban el sitio donde habían arrancado los cuernos de su cráneo. Era un homúnculo, obviamente derivado de una res. Francamente, ignoraba que los dejasen tan mal formados.

Y estaba borracho.

Al acercarse, capté el zumbido de su mente.

«No son personas, no son homínidos, no son de los nuestros... Entonces, ¿qué hacen aquí? Las palabras que piensan me confunden.»

Nunca había leído por telepatía en francés.

Aquello no me gustaba nada. Para aquel ser, hablar era común, pero sólo algunos homúnculos eran telépatas: los que ejercían tareas especiales, como en Ahondamiento, donde sólo podían darse instrucciones por telepatía.

Virginia se pegó a mí.

—Somos hombres verdaderos —pensé en Lengua Común—. Has de dejarnos pasar.

No hubo respuesta, sino un rugido. No sé dónde se había emborrachado, ni con qué, pero no captó mi mensaje.

Pude ver cómo sus pensamientos se transformaban en pánico, desvalimiento, odio. Luego embistió, casi bailando hacia nosotros, como queriendo aplastarnos.

Mi mente le enfocó y le ordené detenerse.

No sirvió de nada.

Lleno de horror, comprendí que se lo había ordenado en francés.

Virginia chilló.

El hombre-toro estaba sobre nosotros.

En el último instante, giró, pasó por nuestro lado ciegamente y profirió un mugido que llenó el enorme pasadizo. Echó a correr.

Sin soltar a Virginia, me volví para ver qué le había hecho desviarse de

nosotros.

Lo que vi fue enormemente raro.

Nuestras figuras corrían pasadizo abajo, alejándose de nosotros: mi capa púrpura revoloteando en el aire sosegado, en tanto corría mi imagen. El vestido dorado de Virginia flotaba a sus espaldas, mientras corría conmigo. Las imágenes eran perfectas y el hombre-toro las perseguía.

Di otra vez media vuelta, muy asombrado. Nos habían dicho que los salvavidas ya no nos protegerían.

Una joven estaba muy quieta junto a un muro. Casi la confundí con una estatua. Pero me habló.

—No os acerquéis. Soy una gata. Fue bastante fácil engañarle. Será mejor que regreséis a la superficie.

—Gracias, gracias —murmuré—. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué importa? No soy una persona.

—Sólo deseaba darte las gracias —insistí, un poco ofendido.

Mientras le hablaba, vi que era una chica bellísima, tan brillante como una llama. Su piel era clara, del color de la leche, y su cabello, más fino que el de cualquier ser humano, era del color anaranjado de una gata persa.

—Me llamo C'mell —dijo ella—, y trabajo en Tierra-puerto.

Esto nos detuvo a Virginia y a mí. Los hombres-gato estaban por debajo de nosotros, pero Tierra-puerto se hallaba por encima, y había que respetarlo. ¿Qué era C'mell?

Sonrió y su sonrisa estuvo más dirigida a mí que a Virginia. Pregonaba todo un mundo de conocimientos voluptuosos. Yo sabía que no intentaba coquetear conmigo, pues era su forma natural de ser. Tal vez fuese la única clase de sonrisa que conocía.

—No os preocupéis por los formulismos. Y será mejor que subáis por aquí. Oigo que vuelve.

Di media vuelta para ver al hombre-toro. No le vi.

—Subid aquí —urgió C'mell—. Son unas escaleras de emergencia y volveréis a la superficie. Yo puedo impedir que os siga. ¿Habláis francés?

—Sí. ¿Cómo sabes...?

—Vamos —nos apremió—. Lamento haberlo preguntado. ¡De prisa!

Entré por una puertecita. Una escalera de caracol iba hasta la superficie. No estaba a la altura de nuestra dignidad utilizar escaleras, pero C'mell nos apremiaba, y no podía impedirlo. Me despedí de la gata y arrastré a Virginia detrás de mí.

Nos detuvimos en la superficie.

—Fue horrible, ¿verdad? —jadeó Virginia.

—Ahora estamos a salvo.

—No es la seguridad. Me refería a la suciedad, la contaminación. ¡Tener que hablar con ésa...!

A Virginia le parecía que C'mell era peor que el hombre-toro borracho.

—Lo triste es —añadió, intuyendo mi reserva—, que volverás a verla.

—Eh, ¿cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo adivino. Y es una buena premonición, muy buena. Al fin y al cabo, yo estuve en el Abba-dingo.

—Te ruego, querida, que me expliques qué sucedió allí.

Sacudió la cabeza calladamente y echó a andar calle abajo. No pude hacer otra cosa que seguirla. Y esto me irritó un poco.

—¿Cómo fue la experiencia? —insistí.

—Nada, nada —dijo con tono de dignidad herida—. Fue una larga escalada. La vieja me obligó a acompañarla. Resultó que la máquina no hablaba aquel día, de modo que obtuvimos permiso para bajar por un pozo y regresar por el camino rodante. Un día perdido.

Hablaba mirando al frente, no a mí, como si el recuerdo la apenara.

De pronto, me miró. Sus ojos pardos sondearon los míos como queriendo penetrar en mi alma. (*Alma*. Una palabra francesa, sin equivalente en la Antigua Lengua Común.) Se ablandó y me suplicó:

—No nos entristezcamos en el nuevo día. Seamos leales con nuestras nuevas personalidades, Paul. Hagamos algo realmente francés, si eso hemos de ser.

—¡Un café! —grité—. Necesitamos un café. Y sé dónde hay uno.

—¿Dónde?

—Dos subterráneos encima. Donde salen las máquinas y donde se ve a los homúnculos asomados al borde.

La idea de los homúnculos asomados chocó a mi nuevo yo, como algo divertido, aunque el antiguo yo los había tomado como algo tan corriente como nubes; ventanas o mesas. Claro, los homúnculos poseían sentimientos; no eran personas exactamente, puesto que se formaban a partir de animales, pero parecían humanos y podían hablar. Un francés como era mi nuevo yo tenía que encontrar todo esto pintoresco. Más que pintoresco; romántico.

—Pero si son adorables —exclamó, pensando evidentemente lo mismo que yo—. ¿Cómo se llama el café?

—El Gato Grasiento —respondí.

El Gato Grasiento. ¿Cómo podía saber que aquello nos llevaría a una pesadilla entre aguas encrespadas, y a unos vientos que gritaban? ¿Cómo podía suponer que esto tenía algo que ver con el bulevar Alfa Ralfa?

De haberlo sabido, ninguna fuerza del mundo me habría arrastrado hasta allí.

Antes que nosotros, ya habían llegado al café otros franceses.

Un camarero, con un poblado bigote, tomó nota del pedido. Le miré atentamente para ver si se trataba de un homúnculo licenciado, con permiso para trabajar entre personas, por ser sus servicios indispensables, pero no era así. Era una máquina pura, aunque su voz estaba matizada de acento parisino, y sus constructores le habían dado la costumbre de pasarse el dorso de la mano por el bigote, fijándole unas gotas de sudor sobre la frente, debajo del borde del cabello.

—*Mam'selle? M'sieur?* ¿Cerveza? ¿Café? Vino tinto el mes próximo. El sol saldrá al cuarto después de la hora y después de media hora. A la hora menos veinte lloverá cinco minutos, de modo que podrán disfrutar de estos parasoles. Soy natural de Alsacia. Pueden hablar conmigo en francés o alemán.

—Es igual —murmuró Virginia—. Tú decides, Paul.

—Cerveza, por favor —pedí—. Cerveza blanca.

—Ciertamente, *m'sieur* —se inclinó el camarero.

Se alejó, revoloteándole el paño sobre el brazo.

—Ojalá lloviera ahora —exclamó Virginia entornando los párpados bajo el sol—. Nunca he visto una verdadera lluvia.

—Ten paciencia, cariño.

—¿Qué es alemán, Paul? —inquirió afanosamente.

—Otro idioma, otra cultura. Leí que el año próximo renacerá. Pero ¿no te gusta ser francesa?

—Me encanta. Es mucho mejor que ser un número. Pero, Paul... —calló, con los ojos llenos de perplejidad.

—¿Sí, querida?

—Paul —repitió, y la pronunciación de mi nombre fue un grito de esperanza en alguna profundidad de su mente, más allá de mi nuevo yo, más allá de mi antiguo yo, más allá de la voluntad de los Señores que nos moldeaban. Le cogí la mano.

—Dime, cariño.

—Paul —dijo casi sollozando—, Paul, ¿por qué sucede todo tan de prisa? Este es nuestro primer día, y los dos sabemos ya que podemos pasar juntos toda la vida. Hay algo sobre un matrimonio, aunque ignoro qué es, y se supone que hemos de buscar a un sacerdote, y esto no lo entiendo, Paul. ¡Oh, Paul, Paul! ¿Por qué todo sucede tan de prisa? Quiero amarte. Te amo. Pero no quieres *estar hecha* para amarte. Deseo que el amor sea real.

A medida que hablaba, las lágrimas caían de sus ojos, aunque su voz sonaba firme.

—No tienes que preocuparte. Estoy seguro de que los Señores de la Instrumentalidad lo han programado todo bien.

Al oír esto, estalló en llanto, fuerte e incontenible. Nunca había visto llorar a una persona mayor. Era algo extraño, aterrador.

Un hombre sentado a la mesa contigua se me acercó, aunque apenas le miré.

—Querida —traté de razonar™, querida, nosotros no podemos hacer nada...

—Oh, Paul, permite que te deje, para poder ser tuya. Deja que me vaya unos días, unas semanas o unos años. Luego, si... si vuelvo, sabrás que soy yo, por mi voluntad, y no un programa ordenado por una computadora. ¡Por

favor, Paul, por favor! —En un tono distinto de voz añadió—: ¿Qué es Dios, Paul? Nos han dado palabras para hablar, pero no nos han enseñado su significado.

—Yo puedo llevarla a Dios —murmuró el otro individuo.

—¿Quién es usted? —pregunté airadamente—. ¿Y por qué se entromete?

No era ésta la clase de lenguaje que usábamos cuando nos expresábamos en nuestra Antigua Lengua Común; al darnos un lenguaje nuevo también nos dieron otro carácter.

El desconocido conservó la cortesía; también era francés, pero conservaba la calma.

—Me llamo Maximilien Macht, y era creyente.

Virginia levantó los ojos. Se enjugó el rostro distraídamente mientras contemplaba a Maximilien. Este era alto, delgado, de rostro bronceado. (¿Cómo se había bronceado tan pronto?) Tenía el pelo rojizo y un bigote casi tan poblado como el del camarero-robot.

—Usted preguntó por Dios, *mam'selle* —continuó el francés—; Dios está donde estuvo siempre: a nuestro alrededor, dentro de nosotros.

Era una declaración rara en labios de un hombre de aspecto mundano. Me levanté para decirle adiós.

—Eres muy amable, Paul —se me adelantó Virginia—. Dale una silla.

Había una nota cálida en su voz.

El camarero-robot volvió con dos jarras cónicas de cristal. Dentro había un líquido dorado con una capa de espuma encima. Nunca había visto ni bebido cerveza, pero conocía exactamente su gusto. Puse un dinero imaginario en la bandeja, recibí un cambio imaginario y le di al camarero una propina imaginaria. La Instrumentalidad todavía no había inventado la forma de tener diversas clases de monedas para las nuevas culturas, y, naturalmente, no era posible pagar con dinero real la comida o la bebida. Son dos cosas gratis.

La máquina se pasó la mano por el bigote, usó el paño (a cuadros rojos y blancos) para secarse el sudor de la frente y miró inquisitivamente a Machi.

—¿*M'sieur* se sentará aquí?

—Sí.

—¿Le sirvo aquí?

—¿Por qué no? —repuso Macht—. Si estos señores lo permiten.

—Muy bien —asintió el robot, pasándose el dorso de la mano por el bigote. Luego corrió al interior del bar.

Mientras tanto, Virginia no había apartado los ojos de Macht.

—¿Es usted un creyente? —le preguntó—. ¿Y lo sigue siendo, a pesar de ser francés como nosotros? ¿Cómo sabe que lo es? ¿Por qué amo a Paul? ¿Controlan los Señores con sus máquinas todo lo que hacemos y nos sucede? Yo quiero ser *yo*. ¿Sabe cómo es posible ser *yo*?

—No usted, *mam'selle* —replicó Macht—, que sería demasiado honor. Pero estoy aprendiendo a ser *yo* mismo. Mire —añadió, volviéndose a mí—, hace dos semanas que soy francés, y sé qué parte de mí soy *yo* mismo, y cuánto me han añadido mediante el procedimiento de concedernos de nuevo un lenguaje y el peligro.

El camarero volvió con una pequeña jarra que se sostenía sobre una especie de tallo, de modo que parecía una miniatura de Tierrapuerto. Contenía un líquido lechoso.

—¡A su salud! —exclamó el francés, levantando su vaso.

Virginia le miró como a punto de volver a llorar. Cuando Macht y yo bebimos, ella se sonó la nariz y guardó el pañuelo. Era la primera vez que veía a una persona sonarse la nariz, pero me pareció muy ajustado a nuestra nueva cultura.

Macht nos sonrió a los dos, como iniciando un discurso. Salió el sol, a tiempo, circundándole con un halo y dándole el aspecto de un santo... o un demonio.

Pero fue Virginia la que habló primero.

—¿Estuvo usted allí?

—Sí —repuso en voz baja, enarcando ligeramente las cejas.

—¿Consiguió alguna palabra? —insistió ella.

—Sí —el francés parecía triste, un poco turbado.

—¿Qué dijo?

Por toda respuesta, Macht meneó la cabeza como si se tratara de cosas imposibles de mencionar en público.

Yo deseaba interrumpir aquella charla, averiguar de qué se trataba.

—¡Pero le dijo algo! —volvió a adelantárseme Virginia.

—Sí —concedió Macht.

—¿Era importante?

—*Mam'selle*, no hablemos de esto.

—¡Tenemos que hablar! —exclamó ella—. ¡Es un caso de vida o muerte!

Apretaba tanto los puños que se le blanqueaban los nudillos. Tenía la cerveza delante, sin tocar, calentándose al sol.

—Muy bien —accedió Macht—, usted puede preguntar..., aunque no le aseguro la respuesta.

—¿De qué se trata? —indagué, sin poder dominarme por más tiempo.

Virginia me contempló con sorna, pero incluso su sorna era una sorna de amor, no la fría burla del pasado.

—Por favor, Paul, no lo entenderías. Aguarda un poco. ¿Qué le dijo, señor Macht?

—Que yo, Maximilien Macht, viviría o moriría con una joven de cabellos castaños que ya estaba prometida. Y ni siquiera sé —se apresuró a sonreír—, qué significa «prometida».

—Lo averiguaremos —prometió Virginia—. ¿Cuándo se lo dijo?

—¿A quién os referís? —intervine—. Por favor, ¿de qué habláis?

Macht me miró y bajó la voz al contestar:

—Del Abba-dingo. —Se volvió hacia ella—. La semana pasada.

—De modo que funciona, funciona, funciona... —Virginia estaba muy pálida—. Paul, querido, a mí no me dijo nada. ¡Pero a mi tía sí le dijo algo que no he logrado olvidar!

La sujeté fuertemente por el brazo y traté de sondear sus ojos, pero ella desvió la mirada.

—¿Qué le dijo?

—Paul y Virginia.

—¿Y qué?

Apenas la reconocía. Virginia tenía los labios apretados. No estaba enfadada. Era algo diferente, algo peor. Estaba al borde de la histeria. Supuse que hacía miles de años que no habíamos observado tal fenómeno.

—Paul, comprende este simple hecho, si puedes. La máquina le dio a mi tía nuestros nombres..., pero esto fue hace doce años.

Macht se puso en pie tan de repente que su silla se volcó, y el camarero vino corriendo hacia nosotros.

—Volvamos —propuso Macht.

—¿Adónde?

—Al Abba-dingo.

—¿Por qué ahora? —pregunté.

—¿Dará resultado? —inquirió Virginia. Los dos habíamos hablado al mismo tiempo.

—Siempre lo da —afirmó Macht—, si se va por el lado norte.

—¿Cómo se llega allí? —quiso saber Virginia.

—Sólo hay un camino —Macht frunció el entrecejo—: por el bulevar Alfa Ralfa.

Virginia se puso en pie y yo la imité.

Entonces, al levantarme, me acordé. El bulevar Alfa Ralfa. Era una calle ruinosa que colgaba del cielo, tan débil como la estela de un vapor. Antaño era un camino procesional, por donde descendían los conquistadores y subían los tributos. Pero estaba en ruinas, perdido entre nubes, cerrado para la humanidad desde cien siglos atrás.

—Lo conozco —asentí—. Está en ruinas.

Macht calló, pero me miró como si yo fuese un extraño.

—Vamos —murmuró Virginia, muy pálida.

—Pero ¿por qué? —grité—. ¿Por qué?

—Tonto —observó Virginia—, si no tenemos un dios, al menos tenemos una máquina. Es la única que queda en el mundo que la Instrumentalidad no comprende. Tal vez predice el futuro. Tal vez es una antimáquina. Ciertamente, procede de una época diferente. ¿No lo entiendes, querido? Si dice que somos nosotros, es porque lo somos.

—¿Y si no lo dice?

—Entonces, no lo somos.

Tenía la cara pesarosa.

—¿Qué quieres decir?

—Si no somos nosotros —explicó—, sólo somos muñecos, marionetas, planeados por los Señores. Tú no eres tú ni yo soy yo. Pero si el Abba-dingo, que conocía los nombres de Paul y Virginia doce años antes de que existiéramos como tales..., si el Abba-dingo dice que somos nosotros, no me importará que sea una máquina de profetizar, un dios o un diablo. No me importará porque sabremos la verdad.

¿Qué podía contestar a esto? Macht echó a andar, ella le siguió y yo hice el tercero de la fila india. Abandonamos el sol del Gato Grasiento; pero en el momento de marcharnos empezó a lloviznar. El camarero, por un momento con el aspecto de la máquina que era en realidad, miró directamente al frente. Atravesamos la tapa del subterráneo y bajamos en busca de la veloz pista-exprés.

Cuando salimos, nos hallamos en una región de casas. Todas en ruinas. Los árboles se habían abierto paso entre los edificios. Las flores brotaban en los patios, a través de las puertas abiertas, animando las habitaciones sin techo. ¿Quién necesitaba una casa al aire libre, cuando la población de la Tierra había descendido tanto que las ciudades resultaban cómodas y vacías?

En una ocasión creí divisar una familia de homúnculos, incluyendo a las crías, observándome mientras avanzábamos por el camino de gravilla. Pero tal vez las caras entrevistadas en la casa fueran solo fruto de la imaginación.

Macht no dijo nada.

Virginia y yo caminábamos a su lado, cogidos de la mano. Yo habría podido sentirme dichoso con aquella excursión, pero la mano de ella apretaba fuertemente con la mía, y de vez en cuando se mordía el labio inferior. Yo sabía lo que le pasaba: iba en peregrinación. (Peregrinación era una antigua excursión a un lugar poderoso, bueno para el cuerpo y el alma.) No me importaba acompañarles. En realidad, no hubieran podido impedirlo, después de que ella y Macht decidieran irse del café. Pero yo no me lo tomaba en serio. ¿O sí?

¿Qué deseaba Macht?

¿Quién era Macht? ¿Qué pensamientos había aprendido su mente en dos

breves semanas? No me fiaba de él. Por primera vez en mi vida me sentía solo. ¿Cómo nos había precedido Macht en el nuevo mundo de aventuras y peligros? Hasta entonces, sólo tenía que pensar en la Instrumentalidad y un protector plenamente armado acudía a mi mente. La telepatía preservaba contra los peligros, cicatrizaba las heridas, nos permitía avanzar durante los ciento cuarenta y seis mil noventa y siete días concedidos a cada uno de nosotros. Ahora todo era diferente. Yo no conocía a aquel individuo, y era en él en quien tenía que confiar, no en los poderes que nos habían escudado y protegido.

Pasamos del camino en ruinas a un bulevar inmenso. El pavimento era tan liso que nada crecía en el mismo, aparte de los lugares donde el viento y el polvo habían depositado al azar pequeñas bolsas de tierra.

Macht se detuvo.

—Ya hemos llegado. El bulevar Alfa Ralfa.

Callamos y contemplamos la avenida de imperios olvidados.

A nuestra izquierda, el bulevar desaparecía en una suave curva. Conducía al sector norte de la ciudad, donde yo había sido educado. Sabía que había otra ciudad más al norte, pero había olvidado su nombre. ¿Por qué debía recordarlo? Seguro que era igual que la mía.

Pero a la derecha...

A la derecha, el bulevar se elevaba bruscamente, como una cuesta. Luego desaparecía entre las nubes, en cuyo borde flotaba la insinuación del desastre. No podía estar seguro, pero tuve la sensación de que todo el bulevar había sido destruido por unas fuerzas inimaginables. Más allá de las nubes residía el Abba-dingo, el lugar donde todas las preguntas eran contestadas.

O eso creíamos.

Virginia se acurrucó contra mí.

—Volvámonos —murmuré—. Nosotros somos gente de ciudad. No sabemos nada de ruinas.

—Puede saber si quiere —replicó Macht™. Intentaba hacerles un favor.

Los dos miramos a Virginia.

Ella levantó la vista hacía mí. En sus ojos pardos se leía una súplica más vieja que el hombre o la mujer, más vieja que la raza humana. Antes de abrir

la boca, supe lo que iba a decir. Que *tenía* que saber.

Macht estaba aplastando distraídamente unas piedras blandas con el pie.

—Paul —manifestó al fin Virginia—, no deseo correr peligros porque sí. Pero repito lo que dije antes. ¿Existe una posibilidad de saber con certeza si nos amamos? ¿Cómo sería nuestra vida si nuestra felicidad, nuestro propio ego, dependiese de un pisotón dado a una máquina o de una voz mecánica que nos hablara cuando dormimos, enseñándonos en francés? Tal vez resultase divertido volver al mundo antiguo. Eso supongo. Sé que tú me otorgas una felicidad que nunca había sospechado que existiera. Si es realmente nuestra, poseemos algo maravilloso y debemos conocerlo. Pero si no es así... —estalló en sollozos.

«Si no es así, será igual», quise decir, pero el rostro enfurruñado de Macht me miró por encima del hombro de Virginia, cuando la atraje hacia mí. No había nada que decir.

La mantuve apretada contra mi pecho.

Por debajo del pie de Macht fluía un reguero de sangre. El polvo lo absorbió.

—Macht, ¿está herido? —le pregunté.

Virginia también le miró.

—No, ¿por qué? —repuso Macht enarcando las cejas.

—La sangre... a sus pies.

—Oh, no es nada —exclamó Macht, mirando al suelo—. Los huevecillos de una clase de antipájaro que ni siquiera vuela.

—¡Basta ya! —grité telepáticamente, empleando la Antigua Lengua Común. Ni siquiera intenté pensar en nuestro nuevo francés.

Macht retrocedió un paso, sorprendido.

De la nada llegó hasta mí un mensaje: «gracias, gracias, muy bien, por favor volved a casa, por favor volved a casa, marchaos, marchaos, hombre malo, hombre malo, hombre malo...»

Un pájaro o un animal me estaba previniendo contra Macht. Pensé un murmullo de agradecimiento y centré mi atención en Macht.

Nos contemplamos mutuamente. ¿Esto era la *cultura*? ¿Ahora éramos hombres? ¿La libertad siempre incluía la libertad de desconfiar, de temer, de

odiar?

No me gustaba en absoluto. Las palabras de crímenes olvidados volvieron a mi memoria: asesinato, homicidio, rapto, locura, violación, robo...

No había conocido nada de todo esto y, no obstante, yo lo sentía en mi interior.

Macht me habló pausadamente. Los dos debíamos proteger nuestras mentes contra la costumbre de leer telepáticamente, ya que los únicos medios de comunicación eran la empatía y el francés.

—¿Cuál es su idea —dijo—, o al menos la de su compañera...?

—La mentira ya ha vuelto al mundo —le interrumpí—, de modo que estamos andando entre las nubes sin ningún motivo, ¿verdad?

—Existe uno —protestó Macht.

Aparté gentilmente a Virginia y cerré mi mente con tanta fuerza que la antitelepatía me pareció una jaqueca.

—Macht —articulé, y en mi voz resonó el gruñido de un animal—, diga por qué nos ha traído aquí o le mataré.

No retrocedió. Se enfrentó conmigo, dispuesto a luchar.

—¿Matarme? ¿Quiere decir, dejarme muerto?

Sus palabras no eran convincentes. Ninguno de los dos sabíamos luchar, aunque él estuviera dispuesto a defenderse y yo a atacar.

Por debajo de la coraza de mis pensamientos penetró una idea animal: «buen hombre buen hombre cógele por el cuello no aire él aaahhh no aire como huevo roto...»

Seguí el consejo sin preocuparme por quién lo enviaba. Fue muy sencillo. Me acerqué a Macht, alargué las manos en torno a su garganta y apreté. Intentó apartar mis manos. Después, quiso darme puntapiés. Lo único que yo hice fue colgarme de su cuello. De haber sido yo un señor o un pre-capitán, habría sabido cómo pelear. Pero no lo era, ni tampoco él.

La lucha terminó cuando un peso quedó súbitamente suspendido entre mis manos.

Sorprendido, lo solté.

Macht estaba inconsciente. ¿Habría muerto? ¿Era eso la muerte?

Imposible, porque se incorporó. Virginia corrió hacia él. Macht se frotó la

garganta y exclamó con voz ronca:

—No debió hacerlo.

Esto me envalentonó.

—Diga —le espeté—, diga por qué nos ha traído aquí, o volveré a hacerlo.

Macht sonrió débilmente y apoyó la cabeza en el brazo de Virginia.

—Es miedo —murmuró—. Miedo.

—¿Miedo? —conocía la palabra (*peur*), mas no su significado. ¿Era una especie de alarma animal o inquietud?

Había estado pensando con la mente abierta; él pensó sí.

—Pero ¿por qué le gusta? —pregunté.

«Es delicioso», pensó él. «Me pone enfermo, me emociona, me hace vivir. Es como una medicina fuerte, casi tan buena como el estrún. Estuve allí antes. Muy arriba. Tuve mucho miedo. Fue maravilloso, malo y bueno a la vez. Viví un millar de años en una hora. Deseaba más, pero pensé que sería más excitante con otras personas.»

—Ahora le mataré —pronuncié en francés—. Es usted muy... muy... —tuve que buscar la palabra— malvado.

—No —intervino Virginia—, déjale hablar.

Macht pensó para mí, sin molestarse en hablar.

«Esto es lo que los señores y la Instrumentalidad nunca nos han dado. Miedo. Realidad. Nacimos en el estupor y morimos en un sueño. Incluso las subpersonas, los animales, poseen más vida que nosotros. Las máquinas no tienen miedo. Esto éramos nosotros. Máquinas que pensaban ser hombres. Y ahora somos libres.»

Captó la cólera roja en mi mente y cambió de tema.

«No le engaño. Este es el camino hacia el Abba-dingo. Por este lado, siempre da resultado.»

—¡Da resultado! —exclamó Virginia—. Ya oyes lo que dice. ¡Da resultado! Oh, Paul, dice la verdad. ¡Oh, Paul, sigamos!

—De acuerdo —accedí—, sigamos.

Le ayudé a levantarse. Parecía embarazado, como el hombre que ha mostrado algo de lo que se avergüenza.

Anduvimos por la superficie del indestructible bulevar. Resultaba cómodo para los pies.

En lo más profundo de mi mente, el pájaro o animal invisible iba balbuciendo sus pensamientos: «buen hombre buen hombre hazle morir coge agua coge agua...»

No le presté atención mientras avanzaba entre Macht y Virginia. No le presté atención.

Ojalá lo hubiese hecho.

Caminamos largo tiempo.

El proceso era nuevo para nosotros. Había algo exultante en el hecho de saber que nadie nos vigilaba, nada nos protegía, que el aire era libre, moviéndose sin intervención de las máquinas del clima. Vimos muchos pájaros, y cuando dirigí a ellos mis pensamientos, hallé sus mentes sobresaltadas y opacas; eran pájaros naturales, como no los había visto nunca. Virginia me preguntaba sus nombres, y yo, sin saber cómo, les fui aplicando los nombres de aves aprendidos en francés, sin saber si eran sus auténticos nombres o no.

»Maximilien Macht se animó, e incluso entonó una canción, desafinadamente, diciendo que nosotros seguiríamos el camino alto y él el bajo, aunque llegaría a Escocia antes que nosotros. No tenía sentido, pero era agradable. Cuando se adelantaba un poco a Virginia y a mí, yo entonaba variaciones sobre la macumba, y cantaba susurrando las palabras al oído de ella.

*Ella no era la mujer que buscaba,
la vi por casualidad,
no hablaba el francés de Francia,
sino el de la Martinica.*

Nos sentíamos dichosos por la aventura y la libertad, hasta que sentimos hambre. Entonces empezaron nuestros males.

Virginia se aproximó a un poste, lo golpeó con el puño y pidió:

—¡Aliméntame!

La farola debería haberse abierto, sirviéndonos una cena, o diciéndonos dónde, antes de cien metros, hallaríamos comida. No hizo nada de eso. No hizo nada. Debía de estar estropeada.

Tras esto, empezamos a golpear todos los postes.

El bulevar Alfa Ralfa se había elevado medio kilómetro por encima de la comarca circundante. Los pájaros silvestres volaban por debajo de nosotros. Había menos polvo en el suelo y menos matas de cizaña. La ruta inmensa, sin pilastras debajo, se curvaba como una cinta tendida entre las nubes.

Nos cansamos de golpear los postes, sin encontrar comida ni agua.

Virginia se mostró ansiosa.

—Ahora no serviría de nada regresar. La comida se hallará seguramente al otro lado. Ojalá hubiese traído algo.

¿Cómo podía yo pensar en llevar comida? ¿Quién lleva nunca la comida consigo? ¿Por qué motivo, cuando está en todas partes? Mi querida Virginia se mostraba irrazonable, pero yo la amaba aún más por las imperfecciones de su dulce carácter.

Macht continuó golpeando los pilares, las columnas y los postes, en parte para no tener que volver a luchar, y obtuvo un resultado inesperado.

En un momento dado le vi inclinarse hacia el poste de un gran farol para dar el usual, aunque precavido, «pam», y de pronto empezó a chillar como un perro al que le pisan la cola, y empezó a deslizarse hacia arriba a una enorme velocidad. Le oí gritar algo, sin entender las palabras, antes de desaparecer entre las nubes.

Virginia me miró.

—¿Quieres regresar? Macht ha desaparecido. Y yo estoy cansada.

—¿Hablas en serio?

—Claro, querido.

Me eché a reír un poco enojado. Ella había insistido en subir allí, y ahora estaba dispuesta a dar media vuelta y rendirse, sólo para complacerme.

—No importa —mascullé—. Ya no puede estar muy lejos. Sigamos.

—Paul.

Se me acercó. Tenía los pardos ojos nublados, como si intentase leer en mi mente con ellos.

«¿Quieres hablar de este modo?», le pregunté por telepatía.

—No —repuso en francés—. Quiero decir varias cosas. Paul, quiero llegar al Abba-dingo. Lo necesito. Es la mayor necesidad de mi vida. Pero al mismo tiempo no quiero ir. Allí arriba hay algo terrible. Y prefiero tenerte a ti, aunque no sea real, que perderte por completo. Podría ocurrir algo... malo.

—¿Sientes acaso —le pregunté secamente— ese «miedo» del que ha hablado Macht?

—Oh, no, Paul, en absoluto. Esta sensación no es excitante. Parece como si se hubiera roto algo en una máquina...

—¡Escucha! —la interrumpí.

Al frente, muy lejos, por entre las nubes, nos llegó el sonido semejante al gemido de un animal. Y se mezclaban palabras con el sonido. Debía de ser Macht. Creí oír «tened cuidado». Cuando le busqué mentalmente, la distancia era excesiva y tortuosa y me mareé.

—Sigamos, cariño —propuse.

—Sí, Paul —asintió ella, y en su voz había una insondable mezcla de felicidad, resignación y angustia.

Antes de avanzar, la miré atentamente. *Era* mi chica. El cielo se había vuelto amarillo y aún no habían encendido las luces. Bajo aquel bello cielo amarillo los rizos castaños de Virginia quedaron teñidos de oro, y sus pupilas se confundían con el iris, y su rostro juvenil, como acosado por el destino, parecía más expresivo que cualquier otro semblante humano.

—Tú eres mía —murmuré.

—Sí, Paul —respondió sonriendo alegremente—. ¡Oh, tú lo has dicho! ¡Esto es doblemente magnífico!

Un pájaro nos miró fijamente y echó a volar. Tal vez no aprobaba las tonterías humanas, por lo que se lanzó desde la baranda hacia abajo. Le vi detenerse muy abajo y planear con sus alas inmóviles.

—No somos tan libres como los pájaros, querida —le murmuré a Virginia—, pero sí más que las personas que vivieron hace muchos siglos.

Por toda respuesta me apretó el brazo y sonrió.

—Y ahora —añadí—, vamos en busca de Macht. Abrázame con fuerza. Trataré de golpear aquel poste. Si no obtenemos comida, tal vez consigamos dar una carrera hacia lo alto.

Vi que se asía a mí fuertemente y golpeé el poste.

¿Qué poste? Un instante después, los postes pasaban por nuestro lado a gran velocidad. El suelo bajo nuestros pies parecía firme, pero nos movíamos muy de prisa. Ni en el servicio subterráneo había visto una pista rodante tan veloz. El vestido de Virginia se ahuecaba tanto que crujía con ruidos como el chascar de dedos. Tan pronto salíamos de una nube como entrábamos en otra.

Nos rodeaba un mundo nuevo. Las nubes se extendían abajo y arriba. A retazos brillaba el cielo azul. Estábamos en tierra firme. Los antiguos arquitectos debieron de construir aquel camino con gran inteligencia. Seguimos subiendo cada vez más arriba, sin marearnos.

Otra nube.

Entonces, las cosas empezaron a sucederse tan de prisa, que es más largo describirlas que vivirlas.

Algo oscuro vino hacia mí desde el frente. Sentí un golpe violento en el pecho. Sólo mucho después comprendí que era el brazo de Macht que intentaba agarrarme antes de caer por el borde del bulevar. Después, entramos en otra nube. Antes de poder decirle nada a Virginia sufrí otro choque. El dolor fue terrible. En mi vida había experimentado nada semejante. Por algún motivo desconocido, Virginia había caído por encima de mí, yendo a parar más allá. Ahora estaba tirando de mis manos.

Intenté levantarla para que me soltase, porque su presa me dolía, pero estaba falto de respiración. En lugar de discutir, intenté complacerla. Me arrastré hacia ella. Sólo entonces me di cuenta de que no tenía nada debajo de mis pies: ni puente, ni camino, ni pista rodante... nada.

Estaba al borde del bulevar, sobre el borde arruinado del lado superior. Debajo de mí no había más que algunos cables enrollados y, mucho más abajo, una pequeña cinta que debía ser un río o una carretera.

Habíamos saltado a ciegas a través del gran abismo, y yo había caído a tiempo de chocar con mi pecho contra el borde superior del camino.

El dolor no importaba.

Dentro de un momento acudiría el médico-robot para repararme.

Una mirada a la cara de Virginia me recordó que no había médico-robot, ni mundo, ni Instrumentalidad, nada más que viento y dolor. Ella gritaba. Tardé unos instantes en captar las palabras.

—¡Fue culpa mía, querido, fue culpa mía! ¿Estás muerto?

Ninguno de los dos sabía exactamente qué significaba estar «muerto», porque la gente siempre se iba a la hora señalada, aunque sí sabía que significaba el cese de la vida. Intenté decirle que estaba vivo, pero ella se acercó más a mí y continuó arrastrándome lejos del borde del abismo.

Utilicé mis manos para sentarme.

Ella se arrodilló a mi lado y me cubrió el rostro de besos.

—¿Dónde está Macht? —logré articular al fin.

—No le veo —murmuró ella, mirando atrás.

Intenté mirar a mi vez.

—No te muevas —susurró Virginia—. Volveré a mirar yo.

Valerosamente, fue hacia el borde del bulevar en ruinas. Miró hacia abajo, atisbando por entre las nubes que pasaban junto a nosotros tan rápidamente como el humo succionado por un ventilador.

—¡Ya le veo! —exclamó de pronto—. Oh, qué gracioso. Como un insecto en un museo. Está gateando por los cables.

Esforzándome con las manos y los pies, me aproximé a ella y miré hacia abajo. Allí estaba Macht, un punto móvil a lo largo de un hilo, mientras los pájaros revoloteaban a su alrededor. Parecía un cable poco seguro. Tal vez experimentaba ya todo el «miedo» que necesitaba para ser feliz. Yo necesitaba comida, agua y un médico-robot.

Pero no tenía ninguna de estas cosas.

Luché para levantarme. Virginia quiso ayudarme, pero lo conseguí antes de que llegase a tocarme la manga de la chaqueta.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Al Abba-dingo —dije—. Allí arriba puede haber máquinas amigas. Aquí no hay más que frío y viento, y aún no han encendido las luces.

—Pero Macht... —Virginia frunció el ceño.

—Tardará varias horas en llegar hasta aquí. Nosotros ya estaremos de regreso.

Obedeció.

Una vez más continuamos por la izquierda del bulevar. Le ordené que me asiese por la cintura mientras yo iba golpeando los postes, uno a uno. Seguramente debía de haber un aparato reactivador para los pasajeros del camino.

Tuve éxito a la cuarta prueba.

Una vez más, el viento hizo volar nuestras ropas al elevarnos por el bulevar Alfa Ralfa.

Casi nos caímos cuando el bulevar torció a la izquierda. Logré equilibrarme, sólo para virar hacia el otro lado.

Y entonces nos detuvimos. Allí estaba el Abba-dingo.

Un camino alfombrado de objetos blancos: botones, varillas y bolas informes del tamaño de mi cabeza.

Virginia estaba a mi lado, muy callada.

¿Del tamaño de mi cabeza? Aparté un objeto con el pie, y entonces lo supe, lo supe con toda certeza, supe qué era. Era gente. Las partes internas de las personas. Nunca las había visto. Y aquello del suelo, aquello debía de ser una mano. A lo largo del muro había cientos de objetos parecidos.

—Vamos, Virginia —murmuré, intentando hablar con firmeza y ocultando mis pensamientos.

Me siguió sin rechistar. Sentía curiosidad por los objetos del suelo, aunque no pareció reconocerlos.

Por mi parte, estaba contemplando el muro.

Y al final las encontré: las pequeñas puertas del Abba-dingo. Una decía: METEOROLÓGICA. No en la Antigua Lengua Común, ni tampoco en francés, pero aun así pude comprender que tenía algo que ver con el comportamiento del aire. Apoyé mi mano contra la puerta. Esta se volvió translúcida, dejando ver a su través una escritura antigua. También unos números cuyo significado se me escapaba, y por fin:

—Se acerca un tifón.

Mi francés aún ignoraba qué quería decir «se acerca», pero «tifón», era,

sin duda, una gran perturbación de la atmósfera. Deja que las máquinas climáticas se ocupen de este asunto, pensé. No tenía nada que ver con nosotros.

—Esto no nos sirve —dije desolado.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber ella.

—Que habrá perturbaciones en el aire.

—Oh... Esto no nos incumbe, ¿verdad?

—Claro que no.

Probé la otra puerta, donde ponía COMIDA. Cuando la tocó mi mano se oyó un chasquido dentro del muro, como si vomitara todo el torreón. Se abrió un poco la puerta y surgió un hedor horrible. Luego, la puerta volvió a cerrarse.

La tercera puerta proclamaba AYUDA, y al tocarla no ocurrió nada. Tal vez fuese como un aparato cobrador de impuestos, de los tiempos antiguos. No reaccionó a mi contacto. La cuarta puerta era mayor y estaba parcialmente por abajo. Arriba, el nombre de la puerta era PREDICCIONES. Eso estaba claro para todo el que supiera francés antiguo. El nombre de abajo era más misterioso: INTRODUCE AQUÍ EL PAPEL, decía, y no lo entendí.

Probé con la telepatía. No sucedió nada. El viento silbaba a nuestro alrededor. Algunas bolas de calcio rodaban por el pavimento. Volví a probar, esforzándome por aferrar ideas largo tiempo perdidas. En mi cerebro penetró un alarido que no parecía pertenecer a un ser humano. Eso fue todo.

Tal vez todo aquello me había trastornado. No sentía «miedo», pero estaba inquieto por Virginia.

Ella continuaba mirando al suelo.

—Paul —preguntó—, ¿no es una chaqueta de hombre lo que hay entre esos objetos?

Una vez yo vi un antiguo aparato de rayos X en un museo, por lo que comprendí que aquella chaqueta todavía rodeaba el material que había constituido la estructura interna del hombre. No tenía bola, de modo que estuve seguro de que el hombre estaba *muerto*. ¿Cómo había ocurrido tal cosa en los viejos tiempos? ¿Por qué dejó que ocurriese tal cosa la Instrumentalidad? Ah, sí, la Instrumentalidad siempre había prohibido este

lado de la torre. Tal vez los contraventores habían hallado su castigo de una manera que no podía comprender.

—Mira, Paul —exclamó Virginia—, puedo meter mi mano aquí.

Antes de poder impedirlo, metió la mano en la ranura abierta que decía INTRODUCIR AQUÍ EL PAPEL.

Gritó.

Tenía la mano atrapada.

Intenté sacársela de allí, pero ni se movió. Virginia empezó a gemir por el dolor. De pronto, la mano quedó libre.

Unas palabras estaban grabadas a cortes en su piel. Me quité la túnica y le envolví la mano con ella.

Mientras sollozaba a mi lado, aparté de nuevo la túnica de su mano. Entonces vi las palabras.

«Amarás a Paul toda tu vida», afirmaba el escrito.

Virginia permitió que volviera a vendarle la mano y levantó el rostro para besarme.

—Valía la pena —murmuró—. Oh, sí, valía la pena, Paul. Y ahora, intentemos bajar de aquí. Ya lo sabemos todo.

—Estás segura de saberlo todo, ¿verdad? —insistí, besándola a mi vez.

—Naturalmente —sonrió a través de sus lágrimas—. La Instrumentalidad no pudo maquinar esto. ¡Oh, qué aparato tan listo! ¿Es un dios o un diablo, Paul?

Por entonces aún no había estudiado estas dos palabras, de modo que, en lugar de contestar, la acaricié. Dimos media vuelta para marcharnos.

En el último, instante me di cuenta de que yo no había probado en PREDICCIONES.

—Un momento, querida. Permite que rasgue parte de la túnica.

Aguardó con docilidad. Desgarré un fragmento del tamaño de mi mano, y luego recogí uno de los objetos del suelo. Podía ser la parte delantera del brazo. Luego fui a meter la tela en la ranura, pero al dirigirme a la puerta vi que un pájaro enorme estaba posado allí.

Con la mano traté de ahuyentar al pájaro, pero me graznó. Incluso pareció amenazarme con sus chillidos y su afilado pico. No conseguí apartarle.

Probé con la telepatía.

«¡Soy un hombre verdadero! ¡Márchate!»

La obtusa mente del pájaro se limitó a contestarme con un «¡no no no no no!»

Le pegué con tanta fuerza que aleteó hasta el suelo. Luego se enderezó entre los blancos objetos del pavimento y, abriendo las alas, dejó que el viento lo impulsase.

Metí la tela en la ranura, conté hasta veinte, y la retiré.

Las palabras eran claras, pero no entendí el significado.

«Amarás a Virginia veintiún minutos más.»

La dichosa voz de Virginia, tranquilizada por la predicción, pero aún quejumbrosa por el dolor de su mano, me llegó como desde muy lejos.

—¿Qué dice, cariño?

A propósito, dejé que el viento se llevase el escrito. Virginia lo vio volar.

—¡Oh! —exclamó defraudada—. ¡Lo hemos perdido! ¿Qué decía?

—Lo mismo que el tuyo —mentí.

—Pero las palabras, Paul, ¿qué decían?

Con amor, con el corazón roto y tal vez con un poco de «miedo», volví a mentir al susurrarle dulcemente:

—Decía: «Paul siempre amaré a Virginia.»

Su sonrisa fue radiante. Su bella figura quedó recortada contra el viento. Una vez más, era la deliciosa Menerima que yo había visto en nuestro bloque cuando éramos niños. Y era algo más también. Era mi nuevo amor de nuestro mundo nuevo. Era mi *mademoiselle* de la Martinica. El mensaje era estúpido. Ya sabíamos por la ranura de la comida que la máquina estaba estropeada.

—Aquí no hay agua ni comida —rezongué.

En realidad, había un gran charco de agua cenagosa cerca de la barandilla, pero había pasado por encima de los elementos de las estructuras humanas del suelo, y no me atreví a bebería.

Virginia era tan feliz que, a pesar de su mano herida y la falta de agua y de comida, echó a andar vigorosa, alegremente.

«Veintiún minutos —me dije a mí mismo—. Han transcurrido unas seis horas. Si nos quedamos aquí, correremos mil peligros.»

Empecé a descender briosamente por el bulevar Alfa Ralfa. Habíamos hallado el Abba-dingo y seguíamos con vida. No pensaba que estuviese «muerto», ya que esta palabra carecía de significado para mí.

La cuesta era tan pronunciada que trotábamos como corceles. El viento soplaba en nuestras caras con fuerza increíble. Esto era, *viento*, pero me fijé en la palabra *vent* sólo cuando hubo terminado todo.

No pudimos divisar toda la torre, sólo el muro al que nos había conducido la corriente de aire. El resto estaba oculto por nubes que pasaban como harapos, envolviendo la pesada estructura.

El cielo estaba rojo por un lado y amarillento por el otro.

Empezaron a caer encima grandes gotas de agua.

—¡Las máquinas climáticas están estropeadas! —le grité a Virginia.

Quiso contestarme, pero el viento se llevó sus palabras. Repetí mi comentario. Ella asintió con la cabeza, cariñosamente, aunque el viento le azotaba el rostro y los goterones que caían mojaban su atavío dorado. Bah, nada importaba. Se cogió de mi brazo. Me sonrió mientras seguíamos descendiendo, agitando los brazos para impedir una caída. Sus ojos pardos estaban llenos de vida y confianza. Vio que la contemplaba y me besó en la parte superior del brazo sin perder el paso. Era mi chica para la eternidad y lo sabía.

El agua de lo alto, que más adelante supe que se llamaba «lluvia», caía cada vez con más fuerza. De pronto, arrastró a los pájaros. Uno muy grande aleteaba vigorosamente contra el viento aullador y consiguió situarse delante de mi cara, aunque su velocidad aérea era de muchos kilómetros por hora. Graznó ante mí y después se lo llevó el viento. Tan pronto como hubo desaparecido, otro chocó contra mi cuerpo. Lo miré, pero también se lo llevó el aire rápidamente. Sólo capté un eco telepático de su torpemente: «¡no no no no no!»

No... ¿qué?, pensé. No hay que confiar mucho en los consejos de un pájaro.

Virginia volvió a cogerme del brazo para obligarme a parar.

La obedecí.

Al frente teníamos el borde ruinoso del bulevar Alfa Ralfa. Unas nubes

amarillentas pasaban por la brecha como peces venenosos en un vagabundeo inexplicable.

Virginia empezó a gritar.

No podía oírla, de modo que me incliné hacia ella. Así, su boca rozaba mi oído.

—¿Dónde está Macht? —gritaba.

Cuidadosamente, la llevé al lado izquierdo del camino, donde la barandilla concedía cierta protección contra el viento feroz y contra el agua de lo alto. Ya no podíamos distinguir nada muy lejos. La obligué a arrodillarse y lo hice a su lado. Las gotas de agua azotaban nuestras espaldas. La luz que nos rodeaba tenía un matiz amarillento, casi negro.

Aún veíamos, pero no mucho.

Deseaba quedarme sentado al amparo de la barandilla, pero ella me dio con el codo. Quería que localizásemos a Macht. Esto se hallaba más allá de mis fuerzas. Si Macht había hallado un refugio estaba a salvo, pero si aún seguía en los cables, el vendaval no tardaría en llevárselo y Maximilien Macht ya no estaría. Habría «muerto» y sus partes interiores se blanquearían en el suelo.

Virginia insistió.

Nos arrastramos hacia el borde.

Llegó un pájaro, como una bala, directamente contra mi cara. Me ladeé. Un ala me rozó el rostro. Me pinchó la mejilla como una aguja al rojo vivo. No sabía que las plumas fuesen tan duras. Todos los pájaros, pensé, deben de tener estropeados sus mecanismos de metal si chocan contra las personas en Alfa Ralfa. No era un modo apropiado de comportarse con las personas.

Al fin llegamos al borde, arrastrándonos sobre el estómago. Intenté hundir las uñas de mi mano izquierda en el material semejante a piedra de la barandilla, pero era muy liso y no ofrecía asidero, aparte de la estría de adorno. Con el brazo derecho rodeaba a Virginia. Arrastrarme de esta manera me resultaba muy penoso, porque aún tenía el cuerpo dolorido por el golpe contra el borde del camino que había sufrido mientras subíamos. Al ver que vacilaba, Virginia continuó avanzando.

No vimos nada.

Nos rodeaba una profunda penumbra.

El viento y el agua nos azotaban como puños.

La túnica de Virginia tiraba de ella como un perro preocupado por su amo. Yo quería hacerla retroceder hacia el amparo de la barandilla, donde podríamos aguardar a que cesara aquella perturbación aérea.

Bruscamente, la luz brilló a nuestro alrededor. Era una demostración eléctrica, que los antiguos llamaban *relámpagos*. Más adelante descubrí que esto sucede con frecuencia en las zonas que se hallan fuera del alcance de las máquinas climáticas.

La brillante y fugaz luz nos dejó distinguir un rostro blanco que nos miraba. Colgaba de los cables que había un poco más abajo. Tenía la boca abierta, por lo que debía de estar chillando. Nunca supe si su expresión demostraba «miedo» o una gran felicidad. Pero estaba muy excitado. Se apagó la luz brillante y me pareció haber oído el eco de una llamada. Buceé en mi mente telepática sin encontrar nada. Sólo el monótono y apagado «¡no no no no!» de un pájaro obstinado.

Virginia se apretujo contra mí. Después se retorció. Le grité en francés. No pudo oírme.

Entonces, la llamé con mi mente.

Alguien más estaba allí.

La mente de Virginia llameó hacia mí, llena de revulsión.

—¡La joven gata! ¡Va a tocarme!

Volvió a retorcerse. De pronto tuve el brazo derecho libre. Vi el resplandor de una túnica dorada sobre el borde, aun con tan débil luz. Proyecté mi mente y capté su grito:

—¡Paul! ¡Paul! ¡Te amo! ¡Paul..., ayúdame!

Los pensamientos se esfumaron cuando su cuerpo cayó.

El otro ser era C'mell, a la que habíamos conocido en el corredor.

«Vine a buscaros —pensó para sí—. A los pájaros, ella no les importaba.»

«¿Qué tienen que ver con todo esto los pájaros?»

«Tú los salvaste. Tú salvaste a sus crías, cuando el hombre pelirrojo los estaba matando a todos. Todos nosotros estábamos inquietos por lo que nos haríais cuando fueseis libres. Lo descubrimos. Algunos sois malos y matáis otras formas de vida. Otros sois buenos, y las protegéis.»

«¿Esto es ser bueno y malo?», pensé. Tal vez no debí descuidarme. Las personas no tienen por qué saber luchar, pero los homúnculos sí. Se criaron en medio de las batallas y sirvieron a través de las perturbaciones. C'mell, siendo una mujer-gata, me golpeó en la barbilla con un puño como un émbolo. No tenía anestesia, y la única forma (gata o no gata) en que podía llevarme por los cables, en medio del tifón, era manteniéndome inconsciente y relajado.

Me desperté en mi habitación. Me encontraba muy bien. A mi lado estaba el médico-robot.

—Ha sufrido un shock. Ya he hablado con un subcomisario de Instrumentalidad —explicó—, y puedo borrarle los recuerdos del último día, si así lo desea.

Mostraba una expresión complacida.

¿Dónde estaba el vendaval? ¿Y el aire que chocaba como rocas contra nosotros? ¿Y el agua de lo alto que caía al no controlarla ninguna máquina climática? ¿Dónde estaban la túnica dorada y el rostro ansioso y asustado de Maximilien Macht?

Pensé en todo esto, mas el médico-robot, como no era telépata, no lo captó. Le miré fijamente.

—¿Dónde está mi verdadero amor? —grité.

Los robots no pueden burlarse, pero aquél lo intentó.

—¿La joven-gata desnuda con el cabello llameante? Se fue en busca de unas ropas.

Volví a mirarle con fijeza.

Su cerebro-máquina producía unos pensamientos repugnantes.

—Debo añadir, señor, que ustedes, las «personas libres», cambian muy de prisa...

¿Quién discute con una máquina? No valía la pena contestarle.

Pero, ¿y la otra máquina? Veintiún minutos. ¿Cómo funcionaba? ¿Cómo

pudo saberlo? Tampoco quise discutir con la otra máquina. Debía de tratarse de un aparato antiguo, muy poderoso... empleado tal vez en las antiguas guerras. No tenía intenciones de averiguarlo. Algunas personas podían llamarlo dios. Yo no le di ningún nombre. No necesitaba el «miedo» ni me proponía volver nunca más al bulevar Alfa Ralfa.

Pero escucha, corazón mío, ¿cómo podrás volver a visitar nunca más el café?

Entró C'mell y el médico-robot se marchó.

PUESTA DE TIERRA Y EL LUCERO DE LA TARDE

Isaac Asimov

Otro banquete del pintoresco club de los Black Widowers, con su consabido menú de intriga y deducción, servido por nuestro viejo amigo Asimov.

Emmanuel Rubin, cuya última novela de misterio estaba constituyendo un éxito, levantó su copa y dejó que sus ojos brillaran genialmente a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—La novela de misterio —aseveró— tiene unas reglas que, rotas, la convierten en un fracaso artístico, sin importar el éxito que pueda conseguir en el mercado.

Mario Gonzalo, cuyo último corte de pelo dejaba al descubierto su nuca, dijo, al parecer sin dirigirse a nadie.

—Siempre me ha divertido el escritor que describe lo que garabatea en el papel como arte. —Miró complacido la caricatura que estaba haciendo del invitado de aquel mes al banquete de los Black Widowers.

—Si lo que usted hace es la definición del arte —dijo Rubin—, retiro toda conexión del término con el oficio de escritor. Una cosa a evitar, por ejemplo, es el argumento estúpido.

—En ese caso —dijo Thomas Trumbull sirviéndose otro panecillo y untándolo generosamente de mantequilla con gesto de glotonería—. ¿No está usted en desventaja?

Rubin dijo suavemente:

—Por argumento estúpido entiendo aquel en que la solución aparece en cuanto un investigador estúpido dice algo que sabe y que no tiene razón alguna para ocultar.

Geoffrey Avalon, que había dejado un hueso mondo sobre su plato, como último vestigio del trozo de asado que poco antes estuviera allí, dijo:

—Pero ningún profesional avezado caería en eso, Manny. Lo que se hace es establecer alguna razón para evitar la pregunta o la explicación.

—Exacto —convino Rubin—. Lo que yo he escrito es esencialmente una historia corta si uno se mueve en línea recta. El problema, al ser la línea tan recta, es que el lector conocerá el final cuando yo todavía estoy por la mitad. Así que lo que tengo que hacer es ocultar una evidencia vital y hacerlo de forma que no elabore una trama estúpida a causa de ello. Así que me invento una razón para ocultar esa evidencia, y para hacer que la razón para ello sea plausible debo construir una estructura de soporte a su alrededor. Y así termino haciendo una novela. Una estupenda novela. —Su escasa barba tembló de satisfacción.

Henry, el camarero perpetuo de los Black Widowers, retiró el plato de Rubin con la acostumbrada corrección. Sin volverse, Rubin preguntó:

—¿Tengo razón, Henry?

Henry repuso suavemente:

—Como lector de novelas de misterio, señor Rubin, encuentro más satisfactorio que se me proporcione información y no ser lo suficientemente inteligente como para darme cuenta.

—Acabo de leer una novela de misterio —dijo James Braque, con su voz baja y grave de fumador— en la que todo descansaba sobre el hecho de que el personaje número uno era el número dos, puesto que el uno había muerto. En seguida lo descubrí, ya que en la lista de personajes al principio del libro no figuraba el número uno. Aquello me arruinó la novela.

—Sí —dijo Rubin—, pero eso no fue culpa del autor. Algún idiota puso esa lista de personajes. Una vez escribí una narración que publicaron acompañada de una ilustración que a nadie se le ocurrió mostrarme antes de que se publicara. Aquella ilustración destruyó el misterio.

El invitado había estado escuchando todo aquello en silencio. Su pelo era lo suficientemente claro como para considerarlo rubio y tenía una onda tan perfecta que parecía dudoso que fuera natural. Volvió su rostro enjuto, pero cordial hacia Roger Halsted, su vecino, y dijo:

—Perdone, como Manny Rubin es mi amigo, sé que es escritor de novelas de misterio. ¿Lo es el resto de ustedes también? ¿Es ésta una asociación de escritores de misterio?

Halsted, que estaba contemplando con sombría satisfacción el trozo de

pastel Selva Negra que habían colocado ante él como postre, apartó su atención del plato con alguna dificultad y dijo:

—En absoluto. Rubin es el único escritor de misterio que hay aquí. Yo soy profesor de matemáticas, Drake es químico, Avalon abogado, Gonzalo es pintor y Trumbull un experto en códigos que trabaja para el gobierno.

»Pero, por otra parte —continuó—, todos tenemos interés por esta clase de cosas. Nuestros invitados tienen a veces problemas que sacan a colación. Misterios. Y hemos tenido bastante suerte...

El invitado se echó hacia atrás con una breve carcajada.

—No hay nada de eso. Misterio, asesinos, la terrible mano surgiendo de detrás de la cortina... No hay nada de eso en mi vida. Todo en mí es muy normal, muy monótono. Ni siquiera estoy casado —rió de nuevo.

El invitado había sido presentado como Jean Servais, y Halsted, que había atacado el pastel con vigor y que, en consecuencia, sentía en su interior un calor amistoso, dijo:

—¿Le importa si lo llamo John?

—No le golpearía si lo hiciese, pero le ruego que no lo haga. No es mi nombre. Llámeme Jean, por favor.

Halsted asintió.

—Lo intentaré. Puedo arreglármelas con ese sonido «jh», pero hacerlo apropiadamente nasal es otra cosa, «Jhohng» —dijo.

—Pero si lo hace muy bien, formidable.

—Usted habla muy bien el inglés —dijo Halsted, devolviendo el cumplido.

—Ser europeo requiere un talento lingüístico —repuso Servais—. Además, he vivido en Estados Unidos casi diez años. Supongo que todos ustedes son americanos. El señor Avalong, de todas formas, tiene algo de inglés.

—Me parece que le gusta tener aspecto de inglés —dijo Halsted, y añadió con cierto placer oculto—. Es «Avalon», acentuado en la primera sílaba y nada nasal al final.

Pero Servais rió.

—Ah, sí. Lo intentaré. Cuando conocí a Manny le llamé «Roobang» con

acento en la última sílaba y una fuerte nasalización. Me corrigió vigorosamente y en muchas ocasiones. Es un tipo puntilloso.

La conversación era un tanto acalorada, ya que se había entablado una disputa sobre los méritos relativos de Agatha Christie y de Raymond Chandler. Rubin guardaba un significativo silencio, como sí conociese a un autor mejor que estos dos y no lo mencionara por modestia.

Rubin pareció aliviado cuando, muy avanzado el café y con Henry dispuesto para servir el subsiguiente coñac, le llegó el momento de golpear el vaso de agua con la cucharilla y decir:

—Cálmense, cálmense, caballeros. Ha llegado el momento de que nuestro invitado pague por su cena. Tom, es todo suyo.

Tom frunció el ceño y dijo:

—Si no le importa, señor Servais —pronunciando claramente la última s—, no voy a hacer una exhibición de mi acento francés, para no hacer el ridículo como mi amigo Manny. Dígame, ¿cómo justifica usted su existencia?

—Bueno, pues muy fácilmente —respondió Servais con amabilidad—. Si yo no existiese, ustedes no tendrían un invitado hoy.

—Por favor, no nos inmiscuya; responda en términos más generales.

—En general. Bien. Construyo sueños. Diseño cosas que no se pueden hacer, cosas que quizá nunca veré, cosas que tal vez no existirán.

—Muy bien —dijo Trumbull con expresión malhumorada—. Usted es un escritor de ciencia ficción, como el amigo de Manny, como se llama... Asimov.

—No es mi amigo —puntualizó Rubin con voz meliflua—. Le ayudo de vez en cuando, cada vez que se queda estancado en algún punto científico elemental.

Gonzalo preguntó:

—¿Es ese que dijisteis una vez que siempre llevaba consigo la Enciclopedia Columbus porque su nombre figuraba en ella?

—Ahora está peor —dijo Rubin—. Ha sobornado a alguien de la Británica para que incluya su nombre en la decimoquinta edición y últimamente lleva todos los volúmenes con él adonde quiera que va.

—La decimoquinta edición... —empezó Avalon.

—Por el amor de Dios —dijo Trumbull—, ¿dejaréis hablar a nuestro invitado?

—No, Trumbull —dijo Servais, como si no hubiese habido ninguna interrupción—, no soy escritor de ciencia ficción, aunque de vez en cuando la leo. Leo a Ray Bradbury, por ejemplo, y a Harlan Ellison (dijo esto nasalizando ambos nombres). No creo que haya leído nunca a Asimov.

—Se lo diré —murmuró Rubin—. Le encantará.

—Pero —continuó Servais— supongo que ustedes me llamarían ingeniero de ciencia ficción.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Trumbull.

—No escribo sobre colonias lunares: las diseño.

—¡Las *diseña*!

—Sí. Y no sólo colonias lunares, aunque ésa es nuestra principal tarea actualmente. Trabajamos en todos los campos del diseñador imaginativo para industrias privadas. Hollywood, incluso la NASA.

Gonzalo preguntó:

—¿Piensa usted realmente que la gente puede vivir en la Luna?

—¿Por qué no? Depende de lo que el hombre quiera hacer. El entorno de la Luna puede ser condicionado hasta quedar igual al de la Tierra en determinadas áreas subterráneas, excepto por la gravedad. Debemos contentarnos con la gravedad lunar, que es un sexto de la nuestra. Aparte de esto, sólo necesitaríamos suministros de la Tierra y una ingeniería inteligente. Y ahí es donde entramos mi socio y yo.

—¿Pertenece usted a una sociedad?

—Sí... mientras mi socio siga siendo mi socio, por supuesto.

—¿Van a separarse?

—No, no. Pero discutimos sobre pequeños detalles. El tiene una mala temporada. Pero no, no nos separaremos. Estoy decidido a tener paciencia. Por supuesto, yo tengo la razón, pero sería una pena que perdiese lo que pudiera ganar...

Trumbull se hizo atrás en su silla, cruzó los brazos y dijo:

—¿Puede usted decirnos a qué se refiere la discusión? Podríamos

expresar nuestras preferencias, inclinándonos por usted o por su socio.

—No sería una elección difícil, señor Trumbull, de verdad —dijo Servais—. Las cosas están así: estamos diseñando una colonia lunar completa, en todos sus detalles. Es para una compañía cinematográfica y pagan bien. Harán uso de ella en un gran espectáculo de ciencia ficción que están preparando. Naturalmente, diseñamos más de lo que pueden usar, pero la idea es que, si lo que quieren es una película detallada y completa —y, por otra parte, la quieren lo más científicamente perfecta que sea posible—, al disponer de tanto material pueden escoger el que prefieran usar.

—Apuesto a que lo estropearán —dijo Drake, pesimista—. No importa cuánto cuidado ponga usted. Le darán una atmósfera a la Luna.

—Oh, no —dijo Servais—. No después de seis alunizajes. No tenemos por qué temer ese error. Aun así estoy seguro de que cometerán errores. No les será posible simular bien los efectos de la baja gravedad, y las exigencias del rodaje producirán algunos contratiempos.

»Pero no podemos hacer nada para evitarlo. Nuestro trabajo es proporcionarles un material lo más imaginativo posible. Mi punto de vista es el que ustedes oirán en unos momentos: planeamos una ciudad, que se encontrará adosada a la pared interior de un cráter. Esto es inevitable porque el argumento lo requiere así.

»De todas formas, nosotros podemos escoger la apariencia y la situación del cráter, y mi socio, tal vez porque es americano, va hacia las cosas obvias con una rectitud típicamente americana. Quiere usar el cráter Copérnico.

»Dice que es un nombre familiar, que si la ciudad se llama Copérnico, eso sólo ya nos situará en la Luna. Aventuras exóticas y todo eso. Todo el mundo conoce el nombre del astrónomo que situó el Sol en el centro del sistema planetario y es un nombre que suena importante.

»A mí, por el contrario, esto no me impresiona. Vista desde Copérnico, la Tierra está suspendida muy alta en el cielo, y permanece allí inmóvil. Como todos ustedes saben, la Luna siempre muestra la misma cara a la Tierra, de forma que desde cualquier punto de la Luna se ve siempre la Tierra situada en el mismo lugar del firmamento.

Gonzalo dijo de pronto:

—Si lo que quiere es que la ciudad lunar esté en la otra cara de la Luna, de forma que la Tierra no aparezca en el cielo, es que está usted loco. El público, sin duda alguna, querrá ver la Tierra allí.

Servais levantó la mano con gesto de asentimiento.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero la Tierra está siempre ahí. Es casi como si no estuviera. Uno se acostumbra demasiado a ella. Yo escogí un emplazamiento más sutil. Quiero que la ciudad esté en un cráter situado en el límite de la cara visible. Desde allí, por supuesto, se verá la Tierra en el horizonte.

»Consideren las implicaciones de esto. La Luna no conserva exactamente la misma posición con respecto a la Tierra. Se mueve ligeramente hacia adelante y hacia atrás. Durante catorce días se aproxima a nosotros, y durante otros catorce retrocede. Esto se conoce como “libración” (se detuvo como para asegurarse de que lo pronunciaba correctamente en inglés) y se produce porque la Luna no describe en torno a la Tierra un círculo perfecto. Entonces, si instalamos Bayhee en el cráter de ese nombre, la Tierra no sólo estará en el horizonte, sino que se moverá en un ciclo de veintiocho días. Apropiadamente situados, los colonos lunares verán la Tierra salir y ponerse, lentamente por supuesto. Esto se presta a la explotación imaginativa. Los personajes pueden situarse, por ejemplo, en una puesta de Tierra, y las diferentes posiciones de la Tierra pueden indicar el paso del tiempo y acrecentar el suspense. Son posibles también algunos efectos especiales impresionantes. Si Venus está cerca de la Tierra y ésta se halla en cuarto creciente, Venus mostrará entonces su luz más brillante, y cuando la Tierra se ponga, puede quedar Venus en su pequeño cuarto creciente.

—Puesta de Tierra y el Lucero de la tarde. ¡Santo Dios! —exclamó Avalon.

Gonzalo preguntó:

—¿Hay en realidad algún cráter que se llame Bayhee?

—Ciertamente —repuso Servais—. En realidad es el cráter más grande que puede verse desde la Tierra. Tiene 290 kilómetros de diámetro... 180 millas.

—Suena como un nombre chino —comentó Gonzalo.

—¡Francés! —corrigió Servais solemnemente—. Un astrónomo francés de ese nombre era alcalde de París en 1789, en el tiempo de la Revolución.

—No era muy buen tiempo para ser alcalde —dijo Gonzalo.

—Así lo comprobó él también —dijo Servais—. Fue guillotinado en 1793.

Avalon dijo:

—Estoy completamente de su parte, señor Servais; su propuesta tiene mayor amplitud. ¿Cuál fue la objeción de su socio?

Servais se encogió de hombros, con un gesto más francés que todo lo que había dicho y hecho hasta entonces.

—Tonterías. Dijo que había demasiadas complicaciones para el equipo de la película. Dijo que confundirían las cosas. También aduce que la Tierra se mueve tan despacio que pasarían días hasta lograr que su globo se elevara completamente sobre el horizonte, y más días para que volviera a ocultarse tras él.

—¿Y es eso cierto? —preguntó Gonzalo.

—Sí que lo es, pero ¿qué importa? Será igualmente interesante.

Halsted dijo:

—¿Y no pueden hacer que la Tierra vaya más de prisa? Al fin y al cabo es una obra de ficción.

Servais se mostró disconforme.

—No resultaría tan bien. Mi socio dice que eso es exactamente lo que harán los del equipo que rueda la película. Y esta alteración de un hecho astronómico sería un fracaso. Se muestra muy violento, respecto a este asunto, encontrando defectos a todo, incluso al nombre del cráter, que según él es tan ridículo que no consentirá que aparezca en nuestro proyecto. Nunca habíamos tenido discusiones como ésta, parece un loco.

—Recuerde, usted dijo que cedería.

—Bueno, tendré que hacerlo —dijo Servais—, pero no estoy satisfecho. Claro que él está pasando una mala racha.

Rubín observó:

—Ya lo ha dicho usted dos veces, Jean. No he visto nunca a su socio, de manera que no puedo juzgar la situación. ¿Por qué está pasando una mala

racha?

Servais meneó la cabeza:

—Hace un mes o poco más su esposa se suicidó. Tomó pastillas para dormir. Mi amigo era el más devoto de los maridos, muy cariñoso. Naturalmente, esto fue terrible para él, y ahora ya no es el mismo.

Drake tosió suavemente:

—¿No debería haber dejado el trabajo temporalmente?

—No me atrevo a sugerir que lo haga. El trabajo lo mantiene cuerdo.

—¿Por qué se suicidó ella? —preguntó Halsted.

Servais no contestó verbalmente, pero hizo un gesto con las cejas de tal forma que su expresión podía interpretarse de cualquier manera.

Halsted persistió:

—¿Estaba incurablemente enferma?

—¿Quién puede decir eso? —dijo Servais suspirando—. Por un tiempo, el pobre Howard... —se detuvo, incómodo—. No era mi intención mencionar su nombre.

Trumbull dijo:

—Usted puede decir cualquier cosa aquí. Cualquier cosa que se mencione en esta habitación es completamente confidencial. Nuestro camarero también, antes de que lo pregunte, es completamente de confianza.

—Bien —dijo Servais—. Su nombre no importa de todas formas. Se llama Howard Kaufman. Por otra parte, el trabajo ha sido muy bueno para él. Sin el trabajo está casi muerto. Nada es ya importante para él.

—Sí —dijo Trumbull—, pero ahora algo es importante para él. Quiere su cráter, no el de usted.

—Es verdad —dijo Servais—. He pensado en ello, me he dicho a mí mismo que es una buena señal. Se interesa por algo. Es un principio, y quizá sea la razón más poderosa por la cual yo deba ceder. Sí, lo haré. Está decidido. Lo haré. No hay razón para que ustedes, caballeros, decidan entre nosotros dos. La decisión está tomada y es a su favor.

Avalon frunció el entrecejo.

—Supongo que deberíamos continuar preguntándole a usted sobre su trabajo, y supongo también que no deberíamos irrumpir en una desgracia

privada. Aquí, en el Black Widowers, sin embargo, ninguna cuestión está vedada. No hay una quinta enmienda a la que apelar. No estoy satisfecho, señor, con sus comentarios sobre la infortunada mujer que se suicidó. Como hombre felizmente casado, me intriga la combinación de amor y suicidio. ¿Dijo usted que ella no estaba enferma?

—Realmente no lo dije —repuso Servais—. Me siento incómodo al discutir el asunto.

Rubin golpeó el vaso vacío que había frente a él con su cuchara.

—Privilegio de huésped —dijo vigorosamente.

Todos guardaron silencio.

—Jean —dijo—. Es usted mi invitado y mi amigo. No podemos forzarle a contestar preguntas, pero al ofrecerle nuestra hospitalidad le dejé bien claro que el precio era la tortura. Si ha sido culpable de un acto criminal, váyase ahora y no diremos nada. Si usted habla, e independientemente de lo que diga, tampoco diremos nada.

—Sin embargo, si se trata de un acto verdaderamente criminal —dijo Avalon— le aconsejamos que confiese.

Servais rió bastante inseguro. Dijo:

—Por un minuto, por un terrible minuto, pensé que me encontraba en una novela de Kafka, que sería juzgado y condenado por un crimen que me sonsacarían contra mi voluntad. Caballeros, no he cometido ningún crimen de importancia. Un billete de tren, un poco de imaginación creativa en mis impuestos, todo eso. Todo eso que según he oído es tan americano como el pastel de manzana. Pero si ustedes están pensando que yo maté a esa mujer y que quiero hacerlo pasar por un suicidio, por favor, quítenselo de la cabeza en seguida. Fue un suicidio. La policía no tuvo la menor duda.

—¿Estaba enferma? —preguntó Halsted.

—Muy bien, entonces, responderé. No estaba enferma que yo sepa, pero después de todo yo no soy doctor y no la examiné.

Halsted volvió a preguntar:

—¿Tenía hijos?

—No, no tenía hijos. Ah, señor Halsted, recuerdo que usted dijo antes que si sus invitados tenían problemas se traían a discusión, y yo le dije que no

tenía ninguno. Veo que ustedes han encontrado uno de todas formas.

Trumbull dijo:

—Si usted está tan seguro de que fue suicidio, es que, supongo, ella dejó una nota.

—Sí —dijo Servais—, dejó una.

—¿Y qué decía?

—No pude saberlo exactamente; no la vi. Por lo que dijo Howard, ella pedía disculpas por causarle aquella infelicidad, diciendo que, sin embargo, no podía continuar. Era bastante simple y les aseguro que satisfizo a la policía.

Avalon dijo:

—Pero si era un matrimonio feliz y no había enfermedad ni complicaciones con los niños, entonces... ¿había complicaciones con los niños? ¿Quería ella ardientemente tener un niño y su marido se negaba?

Gonzalo interrumpió.

—Nadie se suicida por no tener hijos.

—La gente se suicida por las razones más estúpidas —replicó Rubin—.
Recuerdo...

Trumbull gritó con furia estentórea:

—¡Maldición, muchachos! ¿Queréis continuar?

Avalon preguntó:

—¿Era la falta de hijos algo que le preocupaba?

—No, que yo sepa —dijo Servais—. Mire, señor Avalon, tengo cuidado con lo que digo, y yo no he dicho que fuera un matrimonio feliz.

—Usted dijo que su socio sentía devoción por su esposa —dijo Avalon gravemente—. Y usó la expresiva palabra «cariñoso» para describirlo.

—El amor —dijo Servais— es insuficiente si solamente afecta a una parte. Yo no he dicho que ella lo amase a él.

Drake encendió otro cigarrillo:

—Ah —dijo—, el argumento se pone interesante.

Avalon comentó:

—Entonces, usted piensa que eso tuvo que ver con el suicidio.

Servais parecía embarazado.

—Es más que una opinión. Sé que tuvo algo que ver con el suicidio.

—¿Nos contaría usted los detalles? —preguntó Avalon, saliendo de su habitual postura rígida para convertir esta pregunta en una cortés invitación.

Servais dudó. Luego dijo:

—Les recuerdo que me han prometido que todo es confidencial. Mary... Madame Kaufman y mi socio estaban casados hacía siete años y parecían un matrimonio bien avenido, pero ¿quién puede estar seguro en esta clase de asuntos?

»Había otro hombre. Es más viejo que Howard, y a mis ojos no tan guapo. Pero, repito, ¿quién puede saber cómo van las cosas en esta clase de asuntos? Lo que encontró en él no estaba realmente en la superficie.

—¿Cómo se lo tomó su socio? —preguntó Halsted.

Servais levantó la vista, enrojándose.

—Nunca lo supo. No creerán ustedes que yo se lo dije. No soy de esa clase, se lo aseguro. No soy de los que intervienen entre marido y mujer y, francamente, si se lo hubiera dicho a Howard no me hubiese creído. Me inclino a pensar más bien que hubiera intentado golpearme. Y entonces, ¿qué debía hacer? ¿Presentar pruebas? ¿Arreglar las cosas de forma que los sorprendieran en circunstancias inequívocas? No, no dije nada.

—¿Y él realmente no lo sabía? —preguntó Avalon claramente incómodo.

—No. La pareja era excesivamente precavida. Mi socio estaba ciego de amor. ¿Se hubiera enterado usted?

—El esposo es siempre el último en saberlo —dijo Gonzalo sentenciosamente.

—Si el asunto estaba tan cuidadosamente oculto, ¿cómo se enteró usted, Servais? —preguntó Drake.

—Puro accidente, se lo aseguro. Un increíble golpe de mala suerte para ella. Una noche salí con una chica. No la conocía bien y la velada no resultó. Estaba ansioso por quitármela de encima, pero antes —qué quieren que les diga, no hubiera sido caballeroso abandonarla— la llevé a su casa, que estaba en un extraño rincón de la ciudad, y cuando le había dicho ya adiós de la manera más correcta, me metí en un bar cercano para tomar un café y, en cierto modo, recuperarme, y allí vi a Mary Kaufman.

»Saltaba a la vista. Su marido, lo recordé inmediatamente, estaba fuera de la ciudad. Su actitud hacia el hombre... Les aseguro que hay una manera especial en que una mujer mira a un hombre que es completamente inconfundible y yo la vi entonces. Y por si todavía no estaba seguro, la expresión de su cara cuando levantó la vista y me vio fue de helada sorpresa.

»Dejé el bar inmediatamente, por supuesto, sin ninguna clase de saludos, pero el daño estaba ya hecho. Ella me llamó al día siguiente angustiadísima. La pobre, temerosa de que yo llevaría la historia a su marido, me dio una explicación totalmente inverosímil. Le aseguré que era un asunto que no me interesaba en absoluto, que era algo tan poco importante que ya lo había olvidado. De todas formas, fue mejor no haber visto la cara del hombre. Me hubiera quedado de piedra.

—¿Lo conocía usted? —preguntó Drake.

—Un poco. Se movía en nuestros círculos de una manera muy distante. Yo sabía su nombre, podía reconocerlo. No importaba, porque después de aquello no le volví a ver. Fue muy listo al quedarse lejos.

—¿Pero por qué se suicidó? ¿Tenía miedo de que su marido lo averiguase? —preguntó Avalon.

—¿Tiene uno miedo de eso en tales casos? —preguntó Servais levantando un poco el labio inferior—. Y si ella hubiera tenido miedo, hubiera terminado con el asunto. Oh, no, era algo mucho más común que eso, algo inevitable. En esta clase de asuntos hay problemas y riesgos que son grandes y que añaden un elemento de romance. Sé muy bien lo que digo, créanme.

»Pero el romance no es eterno, ni importa lo que digan los libros, y está destinado a acabar. Y tiende a acabarse por una parte antes que por la otra. Bueno, en este caso se acabó por parte del hombre antes que por la mujer. El hombre tomó la clase de medida que uno adopta algunas veces en este tipo de asuntos. Abandonó, se fue, desapareció. Y así, la dama se suicidó.

Trumbull se incorporó y frunció el ceño, hosco.

—¿Por esa razón?

—Le aseguro que fue por esa razón. Ya ha ocurrido otras veces. No supe de la desaparición del hombre hasta después. Después del suicidio fui en su

busca, sintiendo que, de alguna manera, era el responsable, y prometiéndome liberarle de este sentimiento rompiéndole la nariz. Siento un gran afecto por mi socio, ¿comprenden? Y sentía su sufrimiento; pero descubrí que el delicado amante se había marchado dos semanas antes y no había dejado ninguna dirección, no tenía familia y era muy fácil para él marcharse. Es un bellaco, me hubiera gustado ir tras él y..., pero mis sentimientos no eran lo suficientemente fuertes como para empujarme tan lejos... Y, sin embargo, me sentía culpable.

—¿Culpable? —preguntó Avalon.

—Se me ocurrió pensar que cuando los sorprendí —sin ninguna intención por mi parte, desde luego— los elementos de riesgo para el hombre aumentaron considerablemente. Él sabía que yo lo conocía. Pudo pensar que tarde o temprano aquello iba a salir a la luz y no quiso esperar el resultado. Si yo no hubiera entrado en aquel bar, ellos quizá estuvieran todavía juntos. Tal vez ella estaría aún viva. Quién sabe.

Rubin dijo:

—Eso es ir demasiado lejos, Jean. No se puede especular así con los hitos de la historia. Pero se me ocurre algo.

—Sí, Mannie.

—Después del suicidio su socio se volvió un hombre acabado. Nada es importante para él. Creo que usted dijo eso. Pero ahora discute con usted violentamente a pesar de que nunca antes lo había hecho. Pienso que algo debe de haber ocurrido además del suicidio. Quizá ahora él ha descubierto la infidelidad de su mujer y este pensamiento lo vuelve loco.

Servais meneó la cabeza:

—No, no. Si usted cree que yo se lo he dicho está totalmente equivocado. Admito que he pensado decírselo, de vez en cuando. Es difícil ver a mi querido amigo decayendo a causa de una mujer que, después de todo, no era digna de él. ¿No debo decírselo? Muchas veces me parece que sí, que incluso es mi obligación. Él se encararía con la verdad y empezaría una nueva vida. Pero entonces pienso que incluso ahora no me creerá, que nuestra amistad se romperá y que entonces estará peor que antes.

—No me interprete mal —dijo Rubin—. ¿No podría ser que alguna otra

persona se lo hubiese dicho? ¿Cómo sabe que era usted el único que conocía el asunto?

Servais pareció un poco desconcertado. Estuvo pensando y finalmente dijo:

—No, en ese caso, él me lo hubiera contado. Se lo aseguro. Y me lo hubiera contado lleno de indignación, diciéndome que iba a dar una paliza a aquel villano que se atrevía a corromper a su ángel querido.

—No —dijo Rubin—, quiero decir si le hubieran dicho que usted era el amante de su mujer. Incluso si él se hubiera negado a creerlo. ¿Se lo hubiera comentado a usted, dadas las circunstancias? ¿Y podría estar él completamente seguro? ¿No podría resultarle imposible evitar las riñas con usted, en ese caso?

Servais pareció todavía más desconcertado. Dijo lentamente:

—Por supuesto, no era yo. Nadie hubiera podido pensar eso. La mujer de Howard no me atraía en absoluto, ¿comprenden? —Agachó la cabeza y añadió con fiereza—: Deben ustedes aceptar el hecho de que les estoy diciendo la verdad sobre todo esto: no fui yo. No dejaré que sospechen de mí. Si alguien dijo que fui yo, sólo pudo hacerlo con malicia deliberada.

—Quizá fue así —sugirió Rubin—. ¿No habría podido ser el mismo amante quien hiciese la acusación? Atemorizado, quizá, de que usted lo delatase. Así, contando él la historia primero...

—¿Por qué habría de hacer eso? Está lejos, nadie le acusa ni le persigue.

—Quizá él no lo sepa.

—Perdón, señor. —La voz de Henry sonó suave, desde el lado del aparador—. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Ciertamente —dijo Rubin—. Y el extraño silencio que siempre sobrevenía cuando intervenía el callado camarero, cayó sobre ellos e hizo que se le oyera.

Servais parecía desconcertado, pero conservaba la compostura:

—Dígame, camarero.

Henry dijo:

—No estoy seguro, señor, de comprender la naturaleza de la riña entre usted y su socio. Seguramente ha habido complejas decisiones que tomar

antes de que sobreviniera el asunto de la colonia lunar.

—No sabe usted cuántas —convino Servais indulgentemente.

—¿Discutían usted y su socio sobre todos esos detalles, señor?

—No... —dijo Servais—. No reñíamos. Había discusiones, por supuesto. Es inútil creer que dos hombres con una fuerte voluntad y unas opiniones muy acusadas estén de acuerdo en todo, pero las cosas marchaban razonablemente bien y al final siempre llegábamos a un acuerdo. Unas veces yo me llevaba la mejor parte, otras veces él. Otras ninguno de los dos.

—Pero entonces —dijo Henry— surge esta discusión sobre la colonia, sobre la situación del cráter, y entonces todo es diferente. El ataca violentamente incluso el nombre del cráter. En este único caso no deja ningún lugar a la polémica.

—Ningún lugar en absoluto. Y tiene usted razón: solamente en este único caso.

Henry dijo:

—Entonces debo entender que en estos momentos, cuando, según el señor Rubin, su socio está irritado porque sospecha de usted, él es completamente razonable y civilizado acerca de cualquier punto delicado de ingeniería lunar y se muestra insoportablemente obstinado solamente en lo que se refiere al asunto de la ubicación, sobre si debe ser Copérnico o el otro cráter el emplazamiento de la colonia.

—Sí —dijo Servais con satisfacción—. Así es exactamente. Y ya sé lo que quiere usted decir, camarero. Es bastante ilógico suponer que se pelea conmigo solamente sobre la ubicación a causa del malhumor que le produce la sospecha de que yo le he puesto cuernos y que no me ataque a propósito de otro asunto cualquiera. Lo cual demuestra que no sospecha que yo le he hecho una mala jugada. Se lo agradezco, camarero.

—¿Puedo ir un poco más adelante, señor? —preguntó Henry.

—Por supuesto —dijo Servais.

—Al principio de la velada —dijo Henry— el señor Rubin fue tan amable de preguntarme mi opinión sobre las técnicas de su profesión. Se hablaba de la emisión deliberada de detalles o de testigos.

—Sí —dijo Servais—, recuerdo la discusión. Pero yo no omito

deliberadamente ningún detalle.

—Usted no mencionó el nombre del amante de la señora Kaufman.

Servais frunció el entrecejo.

—Supongo que no lo hice, pero fue deliberado. Es totalmente innecesario.

—Quizá lo sea —dijo Henry—. A menos que el nombre sea el de Bailey.

Servais se quedó helado; luego dijo ansiosamente:

—No recuerdo haberlo mencionado. *Dieu!* Ya veo lo que quiere decir, camarero. Si se me ha escapado sin que yo lo recuerde, es posible suponer que, sin haberme dado cuenta de ello, pueda haber dicho algo que condujese a Howard a sospechar...

Gonzalo intervino:

—Eh, Henry, no recuerdo que Jean nos diera ningún nombre.

—Ni yo tampoco —dijo Henry—. Usted no dio el nombre, señor.

Servais se relajó lentamente y luego frunciendo las cejas:

—Entonces, ¿cómo lo supo? ¿Conoce usted a esa gente?

Henry meneó la cabeza.

—No, señor, fue simplemente una ocurrencia derivada de la historia que usted contó. Por su reacción deduzco que el nombre es Bailey.

—Martin Bailey —admitió Servais—. ¿Cómo lo supo?

—El nombre del cráter en el que usted desea situar la colonia es Bayhee.

—Sí.

—Pero ésa es la transcripción fonética del nombre de un astrónomo francés. ¿Cómo se deletrea?

Servais dijo:

—B-a-i-l-l-y ¡Gran Dios! *Bailly*...

Henry dijo:

—... Que en la lengua inglesa se pronuncia como el frecuente apellido Bailey. Estoy seguro de que los astrónomos americanos usan la pronunciación inglesa, y que el señor Kaufman también lo hace. Usted escondió esa pieza de información porque no pensó en el cráter más que como Bayhee. E incluso prestándole atención usted oiría en su mente el sonido francés de la palabra, y no lo asociaría con Bailey, el apellido

americano.

—Todavía no comprendo... —empezó a decir Servais.

—¿Querría su socio situar una colonia lunar en Bayhee? ¿Querría que la colonia se llamase Bayhee después de lo que un Bailey le ha hecho?

—Pero él no lo sabía. No sabía lo que Bailey le había hecho —objetó Servais.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Porque hay un viejo dicho que afirma que el marido es el último en enterarse? ¿Cómo explica usted su irracional oposición en este punto preciso, e incluso su insistencia en que el nombre es horrible? Es esperar demasiado de la coincidencia.

—Pero si él lo sabía, no me lo dijo. ¿Por qué pelear por ello? ¿Por qué no explicarse?

—Supongo —dijo Henry— que él no sabe que usted lo sabe. ¿Deshonraría a su mujer muerta diciéndoselo a usted?

Servais se rascó la cabeza.

—Yo nunca pensé... ni por un momento.

—Hay algo más —dijo Henry tristemente.

—¿El qué?

—Cabe preguntarse cómo desapareció Bailey. Si su socio conocía la historia, cabe preguntarse, ¿está Bailey vivo? ¿No podría ser que el señor Kaufman, echando toda la culpa al hombre, se enfrentase a su mujer y le dijera que se había llevado a su amante lejos, incluso que lo había matado, pidiéndole a ella que volviese con él? Y como reacción por parte de ella, ¿no podía haber sobrevenido el suicidio?

—No —dijo Servais—, eso es imposible.

—Lo mejor es, entonces, encontrar al señor Bailey y asegurarnos de que está vivo. Es el único modo de probar que su socio es inocente. Quizá sea una tarea de la policía.

Servais se había quedado muy pálido.

—No puedo ir a la policía con una historia como ésta.

—Si usted no lo hace, quizá su socio, indignado por lo que ha hecho —si es que lo ha hecho—, tome finalmente la justicia por su mano.

—¿Quiere usted decir que tal vez se suicide? —susurró Servais—. ¿Cuál

es la alternativa en que me coloca, acusarlo a él ante la policía o esperar a que se mate?

—O ambas cosas —dijo Henry—. La vida es cruel.

HOMBRES-ARENA

J. T. McIntosh

Quienesquiera que fuesen aquellos misteriosos hombres-arena, lo que era indudable es que se trataba de arena... movediza.

La nave se disponía a efectuar un aterrizaje de emergencia.

Vic ignoraba de qué planeta se trataba y dónde estaba exactamente, pero esto no importaba porque tenían que aterrizar de todos modos. Sólo en el caso improbable de que alguien sobreviviera al aterrizaje serían importantes las condiciones de superficie.

A sus espaldas, Eileen estaba tarareando *Voi che sapete*, de *Las bodas de Fígaro*.

—¿Estarán listos a tiempo los tanques? —le preguntó él por encima del hombro.

—Ya lo están —repuso Eileen—. Claro que no creerás que los he puesto a punto debidamente. Sólo los he comprobado cinco veces.

Vic no contestó. Era a causa de un error cometido por Eileen que iban a estrellarse. Y no era que Vic se lo reprochase; era Eileen la que lo sentía. No estaba desesperada, pero sí había perdido la confianza en sí misma. Estaba constantemente a la defensiva, no porque fuera atacada, sino porque creía que debía serlo.

—Esta es la sexta vez —añadió ella.

—Está bien —asintió Vic—. Supongo que ahora ya estarán bien.

—Después de haber estado mal las cinco primeras.

Vic no replicó. Pero esto no era bueno para Eileen. Estaba saltando sobre su lecho de clavos.

—¿Vas a confiar tu vida a algo hecho por mí?

—Los tanques no tienen importancia —observó Vic—. Voy a apoyar mi cabeza en la falda de los dioses, no en la tuya. ¿Has tenido tiempo de echar un vistazo a ese planeta, entre tus seis comprobaciones de los tanques?

—Creo que podríamos vivir allí —fue la respuesta—. Pero no me hagas demasiado caso. Seguramente estaré equivocada, como de costumbre.

—¡Basta ya, Eileen! —exclamó Vic, mirándola.

Ella enrojeció, sabedora de que se comportaba como una necia, aunque incapaz de evitarlo.

—Será mejor que te metas en tu tanque —manifestó Vic—. Nos quedan unos tres minutos.

Eileen desabrochó su cinturón, se desabrochó también el primer botón de su chaqueta, y se detuvo.

—Aunque probablemente moriremos dentro de tres minutos —murmuró—, preferiría que no mirases mientras me quito la ropa, si no te molesta.

Vic se encogió de hombros y se concentró en los mandos. Por un cristal del tablero vio cómo Eileen se quitaba la ropa y se metía en uno de los dos tanques de choque. Estaba tarareando *Una voce poco fa*, de *El barbero de Sevilla*.

Para las mujeres, sólo había dos caminos en las naves espaciales. O bien tratar los besos como apretones de manos, y la copulación como besos, o fingir, cosa difícil, durante las veinticuatro horas del día, que no eran mujeres.

Era una idea interesante que si él y Eileen sobrevivían y el planeta era habitable, Eileen seguramente no podría seguir fingiendo que no era mujer.

Una voce poco fa cesó bruscamente cuando Eileen cerró su tanque.

Vic no aguardó mucho. Echó una última ojeada a los mandos, se desnudó, se metió en el tanque y se puso en la boca el tubo de respiración.

Un instante antes del choque, saldría el tubo de la boca y el contenido del tanque se convertiría en una especie de gelatina que actuaría como veinte mil cojines. Una vez todo en calma, lo cual acabaría por suceder, el tanque soltaría suavemente a Vic y Eileen, o lo que quedara de ellos, hacia la cabina de mandos, donde, con algo de suerte, habría aún algo de aire para respirar.

Los tanques de choque no tenían provisión de anestesia. Se había intentado, pero, dadas las circunstancias, hacía perder más vidas de las que salvaba. Vic estaba en su tanque con todos sus sentidos alerta, pese a que no podía oír, oler, ver ni gustar nada, mientras esperaba el choque.

Esperó mil existencias. El choque no iba a producirse.

Pasaron más días, más años, más siglos.

Y, al fin, cuando ya había desesperado de que la nave cayese en el planeta, saltó el tubo de su boca, y estalló el pequeño mundo de Vic.

Vic no tuvo tiempo de pensar. El telón se levantó como un cohete.

Estaba en una calle muy concurrida por otros cinco millones de personas, empujado, zarandeado y obligado a avanzar. Su primera impresión fue de calor, de carne desnuda, de colores brillantes y de gran extensión.

Ignoraba lo sucedido cinco minutos antes. No había cinco minutos antes. Su vida acababa de empezar allí... ¡pam!

No podía adivinar lo que era; hojalatero, sastre, soldado, marinero...

Se detuvo un segundo, tratando de orientarse. Pero sólo fue un segundo. Un hombre duro, de mucho peso, chocó contra él por detrás. Vic se tambaleó y casi cayó.

Recobró el equilibrio, se volvió y miró atrás, resentido.

Un hombrón desnudo hasta la cintura, con un látigo grueso, de feo aspecto, se le encaró.

—Andando, amigo —exclamó, blandiendo el látigo casi con dulzura—. La próxima vez te lo diré con esto.

Indicó su arma.

Vic estuvo tentado de decirle que se fuese a paseo, pero algo se lo impidió: el sentido común:

Un hombre que no existía cinco minutos antes no está en condiciones de discutir con la realidad. La realidad en forma de un enorme conductor de esclavos con un látigo en la mano. La realidad en *cualquier* forma.

Por otra parte, un hombre que no existía cinco minutos antes tampoco está en posición de discutir con la fantasía. Que esto era en definitiva aquella escena.

Era obvio que él se hallaba en una especie de sueño. Aunque todo lo que le rodeaba fuese real como parecía, él estaba sumido en un sueño... suyo o de otra persona.

Por ejemplo, el sueño de un productor de cine.

La gente tenía la tez bronceada, pero era técnicamente blanca. Llevaban muy poca ropa y no era la que Vic habría esperado. La calle estaba pavimentada con grandes losas. Las casas y edificios que la formaban eran grandes, limpias y blancas.

No había coches, carros ni animales, sólo hombres, mujeres y niños a pie, yendo todos en la misma dirección, dirigidos por docenas de corpulentos conductores de esclavos con látigos de amenazador aspecto.

Si bien cuanto rodeaba a Vic era real, no resultaba muy centrado. Toda la escena estaba desenfocada. Vic cerró los ojos fuertemente un par de veces y sacudió la cabeza con violencia, pero la escena se negó a quedar bien enfocada.

A sus espaldas, alguien iba tarareando *Stridono lassù*, de *Payasos*. Vic volvió la cabeza.

No la conocía. No sabía por qué se le había ocurrido que podía conocerla. Era muy bonita, pero en ella había algo más importante para él: era la única entre toda aquella inmensa multitud a la que veía bien enfocada. Era como una figura tridimensional contra un fondo en dos dimensiones.

Tridimensional era el término exacto. Iba ataviada como las otras mujeres, con retazos de tela que ocultaban las zonas del cuerpo que normalmente se ven en cualquier playa, y dejaba otras al descubierto que, incluso en una playa, se ocultan invariablemente.

Vic tuvo el pensamiento fugaz de que aquella ropa parecía destinada a otra raza con diferentes funciones físicas.

—¿Dónde estamos? —preguntó, retrocediendo para situarse junto a ella.

Ella dejó de cantar.

—No lo sé —contestó, turbada.

—Diablo, tienes que saber dónde estamos.

—Entonces, tú también —replicó ella—, y te agradeceré que me lo digas.

De este modo, Vic no iba a ninguna parte.

Lo que más anhelaba era detenerse y meditar. Estaba seguro de que si podía sentarse en algún sitio y considerar los acontecimientos, se acordaría de todo. Pero él y la joven seguían empujados hacia delante, y Vic no tenía deseos de pelearse con alguno de los capataces.

—¿Cómo te llamas?

—Allura —repuso ella. Hizo una breve pausa—: ¿Y tú?

Esto ya era algo.

—Oh..., Jack, supongo. Mira, allí tenemos nuestra oportunidad.

Al frente se veía un callejón, pasado el cual la muchedumbre se arremolinaba como olas. Vic asió a Allura por el brazo y la arrastró hacia el borde de una de dichas olas.

Al llegar a la entrada del callejón, la empujó hacia allí y ambos penetraron en él.

Se encontraron en un patio amplio y fresco. Vic se relajó satisfecho. Por primera vez desde que había llegado a aquel mundo soñado, tenía tiempo de pensar.

Pero antes perdió unos instantes.

—Este atavío que luces no sólo es indecente sino sumamente feo —observó.

Allura se examinó y se envaró, asustada. Ejecutó unos gestos frenéticos, que Vic interpretó como un intento de vestir con decencia. De pronto, Vic se dio cuenta de que no sabía cómo iba vestido. Bajó la mirada y experimentó una sorpresa tan grande como la de Allura.

Algo silbó en el aire, Allura chilló y dejó de preocuparse por todo lo que no fuera el dolor en su espalda. Dos segundos después, Vic también chilló cuando el látigo le cortó la carne. Ignoraba que pudiese chillar, pero sí podía. Saltó hacia atrás.

Allura había caído, sin pensar en nada más que en el lacerante dolor.

—En pie —ordenó el guardia, con voz neutra, sacudiéndola hasta obligarla a levantarse.

Menos preocupado por su herida que Allura, Vic se arrojó ferozmente contra el guardia.

No llegó a alcanzarle.

El telón se levantó como un cohete.

Vic estaba en Brooklyn, Nueva York, y sabía que nunca había estado

antes allí. Sin embargo, sabía exactamente lo que hacía.

Iba a ver a un tipo llamado Rudy Scheiner. Cuando le encontrara, se mostraría amistoso e inofensivo hasta que Scheiner le volviera la espalda, y entonces Vic le mataría por detrás.

Vic ignoraba por qué quería matar a Scheiner; no sabía nada, sólo que le mataría. Y ya era bastante. Sabía que tenía que hacerlo, cómo hacerlo, y que podía hacerlo. Aunque ignoraba los motivos, conocía la situación.

Vic intuía que no siempre había tenido tanta suerte.

Era un alivio que las cosas fuesen tan fáciles, tan directas. Claro, aquello no era real. No podía serlo. Nadie atraviesa una ciudad que no conoce, sin vacilar, hacia una casa que tampoco conoce para matar a un hombre al que no ha visto nunca.

Era una situación, nada más, una situación sin explicación, sin razón, sin motivo, sin consecuencia.

Vic subió en el ascensor y en el corredor torció a la izquierda. Vaciló delante del timbre del apartamento 47, inquieto por algo.

Por más que se esforzara, no recordaba nada de la entrada del edificio, del vestíbulo o del ascensor. Sacudió la cabeza con impaciencia. No estaba interesado en el edificio, en el vestíbulo ni en el ascensor; entonces, ¿por qué fijarse en ellos?

Apretó el botón y se abrió la puerta.

Abrió la boca y jadeó, como si no hubiese visto nunca a una mujer.

No pertenecía al cuadro. No debía estar allí. No había ningún papel para ella, ni directrices en el escenario. Era como encontrar una vendedora de cigarrillos en *Macbeth*.

Llevaba un informal, muy informal, pijama. Una pequeña chaqueta que parecía blanca, aunque en realidad no era bastante opaca para mostrar ningún color, atada por debajo de sus pechos; los pantalones eran del mismo tenue material.

Lo más inesperado era que la conocía.

Ella esperaba que él hablara.

—¿Está Rudy?

—No me habló de usted —respondió ella—. Yo vivo sola aquí.

—No podía decirle nada de mí —observó Vic cautelosamente—, porque no sabía que vendría a verle.

Ella se encogió de hombros y se hizo a un lado. Mientras la seguía por el salón hasta un balcón, la joven tarareaba suavemente *Du bist wie eine Blume*, de Schumann.

—Rudy está en el baño —explicó ella por encima del hombro—. No tardará.

Hablaba y actuaba como lo que evidentemente fingía ser: la amante de Rudy Scheiner. Pero Vic sabía que esto era tan falso como su contoneo, como su conducta, como su atuendo, como el nombre que diría si él se lo preguntaba...

—¿Cómo se llama? —inquirió Vic.

—¿Y usted? —replicó ella, dejándose caer boca abajo en un diván—. ¿Qué soy yo para usted?

—Una rosa con otro nombre, que no huele tan bien.

—Bueno, podría enmendarlo en caso necesario —empezó a decir ella, con resentimiento.

—¿En caso necesario de qué?

—Usted sólo me censura desde que...

—Desde que..., ¿qué? —la urgió Vic con el mismo resultado negativo.

—Me llamo Margo —se presentó ella sin amabilidad.

—Margo..., ¿qué? ¿Es muy difícil hallar otro nombre?

—Usted está loco —exclamó ella, volviendo la cara a otro lado, como terminando la charla.

Vic se le aproximó.

—Tal como están las cosas —murmuró—, me pregunto qué pasaría si...

Colocó las manos debajo del cuerpo de ella, por las costillas, y la levantó con facilidad, haciéndola girar al mismo tiempo. Luego, la asió por la cintura y sus labios se encontraron.

Sí, ella era real. De esto no había ni la sombra de una duda. La carne que él apretaba era cálida, seca, firme, y le hacía sentir lo que él deseaba.

Margo no luchó. Lo cual era una sorpresa. Si sabía algo de ella, era que luchaba cuando alguien pretendía besarla. Cuando *cualquiera* la besaba.

—Suéltame —susurró Margo, sus brazos y su cuerpo pidiendo exactamente lo contrario—. Suéltame. Rudy...

Vic la dejó con suavidad en el diván.

Tenía que convivir con aquella locura tridimensional. No era posible decir: «Esto no puede ser verdad, por tanto, no lo es y lo ignoro todo.» Vic ya había aprendido.

Además, nunca se puede saber exactamente qué realidad está mezclada con la fantasía. Un hombre que sueña, sabiéndolo, puede ser asesinado por otro que se halle de pie junto a su cuerpo dormido.

—¿Para qué quiere ver a Rudy? —inquirió Margo.

—¿Te importa?

—Tal vez... —repuso ella significativamente—, después.

Vaya, esto era interesante.

Vic no pudo reflexionar en ello, sin embargo, porque en aquel momento apareció Rudy, gordo, bajo, calvo...

No tenía rostro. Ni nada que lo sustituyese. Era simplemente una cosa en blanco, como un sobre sin dirección.

—Hola, Rudy —exclamó Vic yendo hacia él—. Tengo una cosa para ti.

Detrás de Vic, Margo tarareaba *Ich liebe dich*, de Grieg.

Como Rudy carecía de rostro, no existía ningún motivo para que Vic le matase por la espalda, como se suponía que era su obligación.

Vic no podía hacerlo, no obstante. En cambio, golpeó a Rudy en una sien con la culata de la pistola, y Rudy cayó silenciosamente al suelo.

Vic se volvió hacia Margo.

—Dijiste algo de después —le recordó.

—Tenías que matarle por la espalda —gruñó ella, extrañada.

—Pues no fue así. ¿Importa mucho?

Aparentemente, no. A Margo le importaba tan poco como a Vic un Rudy sin rostro. La joven ni siquiera miró a su supuesto amante.

Cuando Vic la cogió en sus brazos, la joven volvió a tararear *Ich liebe dich*, de Grieg.

* * *

No, estos asteriscos no significan lo de costumbre.

Vic tenía conciencia de que le habían robado, pero ignoraba quién y qué le habían quitado.

No sabía dónde había sido ni qué había estado haciendo, o si estaba haciendo algo.

Estaba caminando por un mundo muy caluroso, que quería ser Venus, pero que no lo era.

Sudando por efecto del calor húmedo, pegajoso, se dijo que el hombre que ve cosas que no existen está chiflado.

Por consiguiente, él lo estaba.

Se sentía completamente cuerdo, sudado, agobiado por el calor, cansado, pero completamente cuerdo. Le parecía que todo lo demás era una locura mientras él estaba cuerdo.

Aunque sabía que muchos locos piensan así, esto no era ninguna ayuda. No creía tener el cerebro desquiciado, por mucho que reflexionase sobre ello.

Bien, supongamos por un momento que estaba cuerdo. Un hombre cuerdo con una alucinación, si esto no era una verdadera contradicción, debería poder controlar las cosas. Debía conseguir que las cosas sucedieran como él quería, verlas como deseaba.

Vic se abrió paso por una barrera de hierbas humeantes y se encontró contemplando a una chica.

No supo si reír o llorar, pero comprendió que la situación reclamaba una de estas dos reacciones. La chica era bella, claro está, y llevaba, naturalmente, una blusa a listas y el más corto de los pantalones cortos.

—¡Gracias al cielo que te he encontrado! —jadeó ella—. La estación ha desaparecido. Las tarántulas gigantes están devorando...

—¡Por favor! —la interrumpió Vic—. Olvida a las tarántulas gigantes. Todas estas necedades puede que estén en la obra, pero tú no tienes por qué decirlas.

—Debí prever —se quejó ella—, que también me lo reprocharías.

—No te reprocho nada. Dije sólo que olvidases las tarántulas. ¿Cómo te llamas esta vez?

—¿Esta vez? —repitió ella.

—Bah, no importa. ¿Cuál es tu nombre?

—Carol Jones. Yo...

La cogió del brazo. Ella aún jadeaba y temblaba de miedo. No la censuró por ello. Naturalmente, no había tarántulas, pero Carol estaba aterrada ante esta idea, como puede estarlo una mujer ante un ratón inexistente.

—No importan las tarántulas —la tranquilizó él—. Si vienen hacia ti, yo haré ¡puff!, haré ¡pum!, y las ahuyentaré. Salgamos de aquí.

Carol estaba intrigada, asustada, a punto de huir.

—Suponiendo que estemos cuerdos —razonó Vic—, suponiendo al menos que yo esté cuerdo, cariño (no sé nada de ti, aparte de que eres real, aunque no puedo garantizar que estés cuerda), deberíamos ser capaces de ver nuestro camino a través de... de este... —calló un momento—. De esto. ¿Qué es? No es un sueño. No, no es un sueño.

Estudió la blusa a listas de la muchacha. Podía ver las listas azules, la trama de la tela, los hilos, el movimiento bajo la prenda. Los sueños no son así. No los sueños ordinarios.

—Supongamos... —reflexionó Vic—, supongamos que alguien nos está haciendo esto.

Ante estas palabras, la joven que estaba a su lado cambió lentamente, pero de forma definida. Parecía quedar iluminada por una luz, débil al principio y luego más potente.

—Sí —asintió Carol—, supongámoslo. Sería con algún propósito, ¿verdad?

—Es muy posible —concedió Vic.

—¿Un castigo? —sugirió ella—. ¿Por algo malo que hemos hecho?

—Por enésima vez —se exasperó Vic—, eso está olvidado por lo que a mí respecta. Tú cometiste un error, de acuerdo. Yo también, más que tú, porque he vivido más años. En este viaje no cometiste otras equivocaciones, y fue sólo mala suerte que...

No acabó la frase porque ya no sabía de qué hablaba. Ni Carol tampoco.

Hubo una pausa. La joven empezó a tararear *N'est-ce plus ma main, de Manon*.

—¿Qué otra cosa puede ser, si no es un castigo? —continuó Vic.

—¿Terapia?

—Pero hemos llegado a la conclusión de que estamos cuerdos.

—Pues... como una prueba... —añadió ella, pensativamente.

—¿Quién podría probarnos? ¿Probamos en qué, para qué?

No había salida. La idea de que estaban siendo probados parecía más razonable que las demás. ¿Pero quién les estaba probando, dónde, por qué, para qué y cómo?

No podían adivinarlo.

—Creo que no debemos esperar aquí —se inquietó ella—. Tengo la impresión de que ocurrirá algo. Algo que no nos gustará...

Al hablar miró por encima del hombro.

Gritó.

Cuando Vic miró en la misma dirección también sintió ganas de gritar, pero sólo asió a Carol por el brazo para impedirle huir. Ella forcejeó. Vic la rodeó con el brazo y la obligó a contemplar el horror del que deseaba escapar.

—Carol —la apremió—, no están ahí realmente. No es posible. Vuelve a mirar. Intenta...

Tuvo una inspiración.

—Carol, ¿de qué color son?

—Pardas... —susurró ella.

—¡Yo las veo azules! —exclamó él—. ¿Cuántas hay?

—Cuatro.

—Yo veo siete —dijo él—. ¿Qué altura tienen?

—Unos tres metros.

—Las mías, al menos cuatro. Carol, estamos en el mismo sueño, pero ni siquiera podemos ponernos de acuerdo. ¿Lo entiendes? Es...

—¡Pero siguen acercándose! —exclamó ella, abrazándose a él frenéticamente.

—No, no se acercan —la calmó él—. No en realidad. No pueden hacernos ningún daños, Carol.

Estaba equivocado. Las tarántulas gigantes los despedazaron y devoraron los pedazos.

El telón volvió a levantarse. Esta vez Vic llevaba unas prendas árticas, y caminaba por la nieve.

Cada vez sabía más. Estaba enterado vagamente de que se hallaba en otro de varios episodios fantásticos. Y aunque nunca recordaba nada de los otros, en cada ocasión sabía mejor lo que iba a suceder.

Lo estaban probando, examinando, tratando. Pero ignoraba quién o con qué propósito.

Sabía que la situación en que se encontraba cada vez era irreal, aunque con elementos reales en la misma.

Deseaba saber una cosa, que no sabía, y era si realmente existían los viajes espaciales, como creía. Si vivía en una Tierra en la que todavía no habían conquistado el espacio, debía suponer que lo examinaban hombres, psicólogos humanos.

En cuyo caso, tenía que estar loco.

Si los hombres, pese a todo, se habían aventurado hacia los planetas, hacia las estrellas, podía estar siendo examinado, probado, manipulado, analizado, por algunos seres extraños, que le hacían soñar.

Hombres-arena.

Seres inteligentes que podían hacerle ver lo que no existía y hacerle olvidar lo que querían que olvidase.

Bien, si ésta era la situación debía de haber un medio para vencerles. Tal vez pudiera controlar sus sueños.

Sobre aquel risco, se dijo, hallaría una nave espacial. Una nave pequeña que le llevaría lejos de aquel mundo.

Se la imaginó, grabándola en su mente, mientras caminaba.

Llegó al risco, tendió la vista... y allí estaba la nave, de acuerdo con lo imaginado.

En vez de triunfo, sintió dudas, incertidumbres.

¿Había fabricado él la nave o ya sabía que estaba en su sueño?

No estaba seguro. No estaba seguro de nada.

Además, si era una nave sólo podía hacer una cosa.

Descendió por la ladera, despacio, con cautela. Bastante antes de llegar a la nave, experimentó el súbito temor de que se disolvería cuando se acercara, o conservaría la misma distancia por mucho que anduviese.

No ocurrió nada de esto. Llegó a la nave, trepó a su interior por la escotilla, fue a la cabina de mandos y se puso el traje espacial.

Sin perder tiempo, se dispuso a despegar. Todo funcionaba perfectamente.

Media hora más tarde había despegado.

Dos horas después se hallaba en pleno espacio.

Sólo entonces comprendió cuán tonto había sido, qué fútil era lo que hacía.

Una nave construida en un sueño tenía que ser una nave soñada. No podía escapar en una nave fantasma, como un hombre no puede huir de su prisión fumando opio.

De nada servía, aunque pudiese hacerlo, controlar los sueños. Tenía que controlar la realidad.

Además, estaba la chica. No sabía su nombre, no recordaba su aspecto. Pero sabía que existía, y que se hallaba en el mismo conflicto que él.

Tenía que regresar en su busca.

¿Cómo despertaría de aquel sueño tan peculiarmente realista?

¿Cómo descubrir la verdad cuando se está en un ambiente que uno sabe que es irreal?

Vic tuvo una idea. Dio una vuelta por la nave.

No halló nada sorprendente. Por otra parte, admiró varias cosas maravillosas.

Los tubos para la circulación del aire en una nave que casi siempre operaba sin gravedad, y por tanto, sin densidad, eran la obra de muchos años de experimentación. El control de la humedad no sólo era sumamente eficaz, sino asombrosamente sencillo: un laberinto de condensación a cuyo lado parecería enorme y complicado el sistema de enfriamiento de un coche. Cada asidero se hallaba precisamente donde era necesario, como si generaciones de astronautas hubiesen recorrido la nave en caída libre ajustándolos uno a uno en donde más se necesitaban, cada uno en su debido lugar, ni un milímetro

más ni uno menos.

Nadie podía haber diseñado tal nave a menos que conociese íntimamente otra igual.

Ciertamente ningún no humano, por muy inteligente que fuese, podía haber imaginado aquello.

Y, no obstante, los vuelos espaciales, aunque no aquella nave, eran una realidad. Vic había podido imaginarse aquella nave porque conocía otras muy reales.

Y era muy probable que la teoría de Vic fuese acertada, que estuviese siendo probado en sueños por unos hombres-arena no humanos, en un mundo desconocido.

Entonces, la joven debía de ser otro miembro de la tripulación, otra prisionera de los hombres-arena.

Pero ¿qué podía hacer él? Probablemente, los dos se hallaban dentro de unos tanques presurizados en cualquier sitio, mientras se imaginaban caminar por la nieve, despegando en una nave y todas las demás cosas estúpidas que habían hecho en los otros sueños.

—Supongo que podéis oírme y comprenderme —razonó Vic en voz alta—. Sé que aún estoy en la superficie de vuestro mundo. Sé que también hay una joven...

Calló. No ocurrió nada. Parecía una locura hablar en voz alta, solo en una nave a un millón de kilómetros en pleno espacio.

Lo más natural era que los hombres-arena averiguaran lo que él y la chica sabían y los destruyesen... o, si conocían un método apropiado, los guardaran en escabeche hasta que volvieran a necesitarlos.

—Vuestra raza y la mía no tienen nada en común —continuó Vic, sin saber si era verdad—. Soltadnos y contaremos a nuestra raza lo que sabemos *ahora* de vosotros. No aguardéis a que sepamos más, porque entonces no nos soltaréis nunca.

La nave espacial retembló. Alguien que controlaba el sueño se había estremecido. Vic tuvo que dominar una inquietud momentánea antes de continuar.

No continuó. De repente, con toda claridad, comprendió que no hablaba a

los hombres-arena. Hablaba al vacío.

Era como hablar por un teléfono con la línea cortada. No es necesario que suene un clic para saber que no hay línea.

Aunque no era que le hubieran cortado la comunicación. Nunca había estado conectado. No servía de nada hablar en voz alta a los hombres-arena.

Este pensamiento le angustió. Si no lograba hablar con los hombres-arena...

Se hallaba en una nave que no existía. Si la nave era falsa, también lo era su impresión de estar en pleno espacio. Por tanto, empezó a inquietarse ante la idea de que la nave pudiera disolverse a su alrededor.

Antes que otra cosa, deseó no estar en el espacio... en el espacio real o imaginario.

Maniobró en los mandos, poniendo rumbo hacia la ruta recorrida. ¡No podía distinguir ningún detalle del planeta al que regresaba! ¡Era un planeta sin rostro!

Brusca, y brevemente, Vic salió de los sueños. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

No veía nada, no sentía, no oía nada. Durante un instante de terror pensó que la nave se había disuelto a su alrededor, dejándole en el vacío.

Casi instantáneamente, sin embargo, comprendió que respiraba aire. Y al prestar atención, oyó su propia respiración. Más aún, oyó otra respiración.

Era como estar en un cine durante un descanso. Tal vez los sueños se habían salido del carrete.

De pronto, comprendió lo más importante de todo aquello.

Por primera vez conocía todo lo ocurrido. Recordaba la secuencia de la esclavitud, el episodio de Brooklyn, la estúpida escena de Venus, el despegue en la nieve... Sabía que Allura era Margo y Carol. Sospechaba que era alguien más, no Allura, ni Margo ni Carol.

Deseaba pronunciar su nombre, sabedor de que ella estaba muy cerca, en la oscuridad. Pasó diez frenéticos segundos intentando recordar su verdadero nombre.

De pronto ya fue tarde. Volvió la cabeza. Brilló una luz y se sintió arrastrado hacia ella.

Al instante sintió éxtasis y agonía, un éxtasis insoportable, una insoportable agonía. Era algo más que físico, y, sin embargo, y al mismo tiempo, groseramente animal. En su violencia era hermoso y aterrador, en su serenidad era infinitamente deseable, pero devastador, ardiente.

Era todo el éxito de una forma de vida que se abre paso eternamente hacia cimas más altas, era todo el fracaso de una forma de vida encadenada a una existencia animal.

Era sexo.

Eran todas las mujeres que habían vivido y amado, y todos los hombres. Eran todos los partos, todos los deseos de procrear. El amor más noble y elevado que haya nunca existido estaba allí, y también el sadismo más bajo, más horripilante.

En este sueño no existía el tiempo. Al momento, Vic amó a todas las mujeres que podía amar, a todas las mujeres que estaban allí para ser amadas. Las poseyó a todas porque no era Vic, era todos los hombres.

Amaba a todas las mujeres y estaba celoso de todas ellas, de todos los hombres. Odiaba a algunas y a algunos, y en un vislumbre cegador comprendió que el amor y el odio se dan la mano, como caras opuestas de una misma moneda.

También estaba presente la perversión, la fealdad que toma bella la normalidad.

Y aún en medio del sexo tan fuerte, tan dulce, tan puro, tan penoso, tan perverso, comprendió, acaso por vez primera, cuántas más cosas había en la vida aparte del sexo.

Toda aquella vasta y frenética escena era sólo una mínima parte de un cuadro mucho mayor. Lo supo por la importancia de las cosas que buscaba y no podía encontrar.

Sabía una cosa. Fuera quien fuese el responsable de aquel sueño, era una obra maestra.

Empezaba a desvanecerse, y Vic intentó asirse al sueño, intentó no soltarlo...

Fracasó.

Alguien estaba tarareando *Gretchen am Spinnrade*. Al menos, esto le pareció, pero al prestar más atención, el canto se desvaneció.

Fue depositado suavemente en el suelo de la cámara de control.

Por el rabillo del ojo divisó una intensa actividad. Volvió la cabeza.

Una joven desnuda intentaba frenéticamente no estarlo. Al subirse los pantalones, se le escapaba la chaqueta, y cuando intentaba asir ésta antes de que volase por la cámara, los pantalones volvían a descender. Acabó por sujetar los pantalones, dejando volar la chaqueta.

—Calma —murmuró Vic—. También yo llevo el traje con que nací.

Esto no pareció consolar a Eileen, la cual intentó volverse de espaldas a él, pero tardó treinta segundos al menos, antes de organizarse, atrapar la chaqueta y ponérsela.

Por entonces, Vic había tenido tiempo de comprender la diferencia entre esta escena y sus sueños.

Menos preocupado que Eileen por su desnudez, rodó cuidadosamente sobre sí mismo y se vistió.

—¡Nos dejan marchar! —dijo con incredulidad—. ¡Nos dejan marchar!

Eileen, por estar ya vestida, podía prestar atención a otras cosas.

—Quizá —opinó—. Veamos si queda combustible y si funcionan los motores.

Vic ya sabía que Eileen era Allura, Margo y Carol. No era tan bonita como cualquiera de aquéllas, pero lo sería si lo intentaba.

Se acordaba de los sueños y también de su existencia anterior hasta el aterrizaje forzoso. Pero desde entonces sólo estaban los sueños. No había visto ni un centímetro cuadrado del planeta, no había visto ni por asomo a un solo habitante.

—Debemos de haber aprobado el examen —murmuró—. O bien, hemos fracasado de tal modo que han decidido que somos inofensivos. ¿Qué

recuerdas, Eileen?

—Recuerdo que el desastre fue culpa mía —replicó ella en tono bajo—. Lo había olvidado temporalmente.

—Diantre, nunca lo olvidarás, ¿eh? —exclamó Vic—. Padeces un complejo de culpabilidad. Bah, esto ya no importa. Hay cosas más importantes.

—¿Más importantes? —repitió Eileen con escepticismo.

—Seguro, y antes de llegar a la cuestión de lo que nos ha ocurrido, hay que solucionar otra.

De pronto la cogió en sus brazos.

Había esperado que Margo forcejease y no lo hizo. Eileen tampoco se opuso. En realidad, cobró vida en sus brazos, como Galatea.

Luego inspeccionaron la nave. Vieron que los daños habían sido de suma importancia, lo cual no les sorprendió en absoluto, y que habían reparado la astronave como si fuese nueva.

Como nueva... no, mejor. Lo habían reparado todo exactamente como estaba antes. Lo que sugería que los hombres-arena eran buenos mecánicos, pero no necesariamente unos científicos inteligentes.

—Cuando estropeo una nave —rezongó Eileen—, lo hago a fondo. Por lo visto, sólo quedó un cinco por ciento de nosotros, después de chocar.

Vic volvió a tomarla en sus brazos. De forma borrosa, comprendía los sentimientos de culpabilidad de la joven.

Lo mejor que Vic podía hacer por ella era enseñarle que su destino en la vida era ser una mujer deseable, no una astronauta supereficiente.

—Pero no comprendo las pruebas —murmuró Vic, abrazando aún a Eileen—. ¿Qué diablos pudieron deducir en esas situaciones de nuestras reacciones a las mismas? Nuestro papel en ellas no era muy importante, puesto que no teníamos otra alternativa...

—Suponiendo que fueran pruebas —observó Eileen, sin tratar de zafarse del abrazo—. Ignoramos cómo nos probaría una raza extraña. Lo que para ellos puedan ser pruebas, tal vez no nos lo parezcan a nosotros.

—Cierto —asintió Vic—. Ciertamente, no parecían probarnos. Se trataba de situaciones fijas, casi estáticas, no situaciones problemáticas.

Volvieron a la sala de mandos sin dejar de hablar.

Tan pronto entraron, Vic divisó algo que habían pasado por alto: un pedazo de papel sujeto a la pared. Lo arrancó.

Estaba en inglés, en una escritura rara, pero legible.

Recorriéndolo con gran rapidez, Vic leyó con voz monótona:

No quisimos que nos vierais..., no somos de vuestra raza..., aunque nos llamaríais humanoides... creíamos que vuestra raza y la nuestra tenían poco en común, pero estábamos equivocados. Nuestros procesos mentales son semejantes.

Vic dejó de leer en voz alta, a fin de recorrer la nota con más rapidez.

—¿Qué más dice? —le instó Eileen con impaciencia.

—Por lo visto, desde el principio quisieron reparar la nave y dejamos marchar —explicó Vic, intentando seguir leyendo, en tanto explicaba lo ya leído—. No nos pusieron a prueba; poseen un medio para introducir cosas en la mente, para que ésta funcione como un disco de gramófono. Cuando nos encontraron estábamos inconscientes, y así nos mantuvieron mientras efectuaban las reparaciones...

—O sea que no querían que soñásemos, ¿eh? ¡Esto es imposible!

Debemos disculparnos por el desdichado error... Debimos adivinar que vuestras mentes podían traducir conceptos que nosotros creíamos que no entenderíais en otros que sí podíais comprender.

Volvió a callar y siguió leyendo.

De pronto se echó a reír.

—Sí, tienen razón..., nuestras razas son diferentes. Nunca se les ocurrió destruimos o perjudicarnos siquiera. Simplemente, nos mantuvieron a salvo mientras reparaban la nave. Esta carta es una disculpa por la tortura mental que podamos haber sufrido.

—¿Los sueños?

—No lo eran.

—¿Pues qué eran?

—Mientras reparaban nuestra nave —explicó Vic lentamente—, nos llevaron a una..., bueno... —leyó de nuevo—: *...a lo que vosotros llamaríais una galería de arte.*

EL CIRCUITO CRIB

Miriam Allen de Ford

He aquí el viejo tema de la hibernación enfocado desde un ángulo insólito, y con un desenlace como para quedarse —nunca mejor dicho— helado.

Abrió los ojos lentamente; los párpados parecían pesarle. Todo lo que pudo ver fue un resplandor blanco, difuso, en el que se movían vagamente dos figuras humanas.

Cerró los ojos de nueva.

Una voz masculina dijo:

—¿Bien ahora?

Una voz de mujer le contestó:

—Un poco más.

Algo duro y frío presionó sus sienes. Se durmió. Cuando despertó otra vez era de día. Repentinamente lo recordó todo. No estaba en la cápsula por cuya protección había pagado todos sus ahorros. Estaba echada en una especie de cama, y posiblemente aquello fuera la habitación de un hospital, a pesar de que por los instrumentos dispuestos en la larga mesa parecía más bien un laboratorio. Las dos figuras estaban ahí otra vez y ahora pudo verlas claramente: un hombre y una mujer cubiertos sólo por túnicas blancas que les llegaban a mitad del muslo. Los dos eran de mediana edad, el hombre estaba muy bien rasurado y era completamente calvo; el grisáceo pelo de la mujer era ralo y corto. Sonreían con mucha seguridad.

Esta vez fue la mujer quien dijo:

—¿Bien ahora?

Alejandra trató de responder, pero no pudo. La invadió un miedo angustioso; quizá el cáncer había llegado a su garganta. La mujer apoyó una mano en su brazo.

—No tenga miedo, puede hablar, sólo débil.

Con esfuerzo articuló un murmullo.

—¿Estoy bien? —preguntó—. ¿Me han curado?

—Por supuesto. No levante hasta pueda.

Exhaló un largo suspiro. El terrible riesgo había valido la pena. En un estallido casi histérico, se extendió en un largo balbuceo de explicaciones.

La mujer sacudió la cabeza, sonriendo todavía.

—Nosotros sabemos. Tenemos archivo.

—¿En qué año estamos? ¿Puedo levantarme y vestirme?

De pronto se dio cuenta de que estaba desnuda bajo una sábana de material brillante.

—¿Qué sucede? ¿Dónde estoy? ¿Hay forma de que pueda encontrar un lugar para vivir y tener un trabajo y...?

—¡Sh!

—¿Sedante? —preguntó el hombre.

—No necesario. Sólo reacciona. ¿Puedes entenderla?

—Difícil.

—Llama a IBIS. Ellos tendrán alguien.

El hombre giró hacia la pared y manipuló un pequeño proyector. En pocos segundos la pared se iluminó y apareció la cara de un hombre viejo, macizo y rígido.

—IBIS —dijo.

—Hola —respondió la mujer—. Tenemos un caso de deshibernación aquí. Problemas habla-tiempo. ¿Tiene —husmeó entre unos papeles que estaban cerca de ella en la mesa— especialista siglo veinte?

—Bien —dijo el hombre de la pantalla—. Espere. —Pulsó un botón a su lado: un intercomunicador, dedujo Alejandra.

El hombre habló brevemente, luego se volvió de nuevo hacia ellos.

—Mandan esta tarde... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Gracias por avisar.

—Gracias a usted.

La luz de la pared se extinguió.

—Poca comida ahora... leche sintética. Pídelo caliente. —La mujer dio instrucciones al hombre. Aparentemente ella era el médico, él el enfermero.

Ella sonrió otra vez.

—¿Quiere buen bocado comida?

—¡Oh, sí! —Un recuerdo horrendo de los últimos días pasó por su memoria... la agonía, los medicamentos, el suero, hasta que todo pudiera estar listo para ella.

—Así, usted queda hasta esta tarde suficientemente fuerte para hablar. Duro para usted entender nuestro habla, duro para nosotros, también.

—Si al menos usaran otro lenguaje... —insinuó tímidamente Alejandra—. Yo hablo dos o tres. ¿O es sólo pronunciación distinta por la diferencia temporal? Ustedes hablan inglés, ¿no?

—«Mercan»... —dijo la doctora con firmeza—. ¿Usted inglés isla? Tenemos enfermera inglés isla, si quiere...

—¡Oh, no! Yo soy americana también. Sólo pensé...

—Espere. Especialista habla-tiempo viene tarde. Sólo coma y descanse.

El enfermero reapareció con una bandeja en la que había un pequeño jarro de metal plateado por cuyo pico asomaba un tubo flexible. Tocó un botón y la almohada se levantó. Acomodó una servilleta de plástico alrededor del cuello de Alejandra —¿estaba todavía allí la cicatriz? No sentía dolor— y sostuvo el recipiente mientras ella, tras interrogarlo con la mirada y comprender las señas que él le hacía, introducía el tubo en su boca.

—Sorba —dijo él.

Era tibio y reconfortante, y lo tomó ansiosamente.

La doctora reapareció. Alejandra sacó el tubo de su boca para llamarla.

—Una pregunta solamente. ¿Qué es IBIS?

—Oficina Internacional de Investigación del Lenguaje —fue la respuesta—. Volveré.

Una puerta se abrió en la pared delante de ella y desapareció. Alejandra terminó la —¿como se llamaba?— leche sintética y el hombre retiró el jarro. Trajo agua tibia, levantó la sábana y la limpió a ella. Alejandra sintió que se ruborizaba. Él no pareció notarlo. Oprimió un botón y las cortinas ocultaron la luz del día.

—Duerma ahora —le dijo, y también él salió por la puerta invisible, llevándose el equipo de limpieza.

¿Qué era aquello, un mundo asexuado? ¿O sería que ella era ya un viejo y gastado esqueleto incapaz de despertar en un hombre admiración ni deseo? Trató de ver su cuerpo bajo la sábana. Pero debían de haber añadido un sedante en la bebida, pues en medio minuto estaba dormida de nuevo.

El experto de IBIS era joven —casi de su misma edad, veintiséis, supuso— y bien parecido, a pesar de que también él estaba perdiendo lo que había sido una viril cabeza de terso y ondulado cabello. Y no vestía más que zapatos de algún material plástico y una pequeña bolsa colgada del hombro.

La doctora lo trajo aproximadamente media hora después de que Alejandra despertara.

—Doctor Loren Watts —lo presentó y se fue.

—Y usted es Alejandra Burton —dijo él sonriendo. Tenía una agradable voz de barítono.

Alejandra lo miró sorprendida.

—A estas alturas suponía que todos ustedes tendrían números en lugar de nombres —dijo.

Él rió.

—Todos tenemos números, un número que obtenemos al nacer y que encierra todas nuestras conexiones oficiales, pero también tenemos nombres, como usted. Quizá yo sea un lejano descendiente suyo —sugirió él.

—No, no puede ser; nunca tuve ningún hijo.

—Perdóneme. Debería haber leído su historial primero, pero no hubo tiempo... ¿Estoy hablando correctamente? ¿Le suena a usted bien?

—Sólo un poco rígido y formal.

—¡Ah, sí! Debe de ser... que he aprendido su pronunciación sólo en viejos libros de poesía rimada. Debe decirme cuándo me equivoco. Por supuesto, éste no es mi lenguaje habitual.

—¿Por qué tan enorme cambio?

—Mi querida señorita, hay tanta diferencia en la pronunciación del inglés (a pesar de que ahora nosotros llamamos «Mercan» a nuestro dialecto) entre Eliot y Gardner, nuestro genial poeta contemporáneo, como la que había entre Chaucer y Eliot.

—Chaucer murió en 1400. ¿Quiere decir que han pasado 500 años

desde... desde mi propia época?

—Estamos a 16 del quinto mes (usted diría aproximadamente 10 de mayo, calculo). Ahora tenemos un calendario de 13 meses... y éste es el año 2498.

Sintió vértigo. ¿Cómo iba a encajar ella en una época tan avanzada? Pero todo lo que dijo fue:

—¿Les ha tomado tanto tiempo encontrar una cura para el cáncer?

—¿Era ése su problema? Debió de ser grave, para matarla tan joven. Hemos encontrado curas para ciertos tipos de cáncer hace tiempo, pero aparentemente no para el que usted sufrió.

—Ya veo... Dígame, ¿hay muchos de nosotros? Quiero decir, gente que, siendo de mi propia era, fuera hibernada y ahora haya sido reanimada. ¿Podría ver a alguno de ellos y conversar sobre cosas y averiguar cuáles permanecen iguales y cómo puedo adaptarme a mi nueva vida?

El doctor Watts pareció inquietarse.

—No posible —dijo volviendo repentinamente a su lenguaje habitual. La mayoría de ellos, no más que trabajos accesorios...

—¿Quiere decir que no pudieron ser revividos?

Él hizo un gesto rehuyendo la mirada expectante de Alejandra. Ella advirtió que usaba lentes de contacto y recordó que también los llevaban los demás que había visto tanto personalmente como en la pared-pantalla.

—Por lo tanto... ¡Oh! ¿No hay nadie más?

—Algunos... —murmuró él.

—¿Puedo?

—Burton, yo estoy aquí para enseñarle nuestro modo de hablar, y para avanzar en mi propio conocimiento de la pronunciación de su tiempo. No soy competente para discutir otros temas.

—No es de su competencia discutir... —murmuró ella.

—¿Qué? ¡Oh! Gracias.

De repente se sintió agotada.

—Me temo que debería descansar un poco más —dijo—. Usted vendrá otra vez, ¿no?

—Estaré aquí mañana por la mañana. ¿Llamo a su doctora ahora?

—Si quiere... ¿Cuál es su nombre, por cierto?

—No la conozco, pero ella se lo dirá. —Se levantó para salir.

—Sólo una pregunta más... no, se la haré a ella cuando venga. Hasta la vista.

—Hasta la... ¿es eso una frase coloquial?

—Sólo significa hasta que nos veamos nuevamente.

—Comprendo. Gracias. Adiós.

—Digamos sólo hasta luego. —Pero la puerta invisible se había cerrado ya tras él.

El nombre de la doctora era Harris. Hizo gran cantidad de pruebas clínicas que Alejandra no conocía, eludiendo conversar sobre cualquier tema; además de la dificultad para entenderse, se había vuelto cortante, y Alejandra conjeturó que habría estado hablando con el doctor Watts. Con ello se abstuvo de hacerle la pregunta que había insinuado a Watts. ¿Por qué, en el siglo XXV, la gente parecía ser nudista? De todos modos, ya había aventurado una explicación por sí misma: estaban en mayo, tiempo cálido y, además seguro que en invierno las casas tenían calefacción suficiente como para poder vestir de aquel modo. Aquella sociedad, seguramente muy pragmática, debía de cubrir hasta los espacios abiertos para protegerlos del frío cuando fuera necesario; pero además sólo usarían vestimenta con un criterio estrictamente utilitario: zapatos para caminar, sombreros contra el sol y chaquetas sanitarias o túnicas para trabajos tales como cirugía o química. Ella debería habituarse a usarlos. Lo sexual debían tenerlo totalmente controlado.

Pero eso sería lo de menos. Lo realmente importante era cuánto tiempo le llevaría recuperarse y en qué trabajaría. En general, las personas, al someterse a hibernación dejaban dinero invertido de un modo seguro; así, aun tratándose de una pequeña suma, para el tiempo en que fueran reanimadas habría acumulado interés suficiente como para proveerlas de una cómoda renta. Pero Alejandra Burton, desesperada con la idea de morir a los veintiséis años, había invertido hasta el último centavo en el proceso de congelamiento y conservación de sus restos; era pobre. Y dudó mucho de que en el año 2498 hubiese alguna posibilidad para una experta operadora en computación. Probablemente habían superado ya aquello.

La doctora Harris estaba demasiado ocupada —y quizá poco dispuesta ahora— como para ser molestada, al menos hoy. El doctor Watts vendría al día siguiente y quizá pudiera obtener alguna información de él.

Pero fue evasivo de nuevo.

—No es mi campo —dijo—. Soy únicamente un filólogo. Fuimos afortunados al tener con usted la primera oportunidad; hay una docena de departamentos en CRIB y tenemos que esperar turno.

—¿CRIB?

—Es donde está usted ahora, en el anexo del hospital de CRIB, la Junta de Investigación de Reanimación Criol.

—¿Criol? Ah, sí, de criogenia. —Se sintió intranquila. ¿Una «oportunidad» con ella por parte de doce departamentos? Entonces ¿cuándo y cómo comenzaría su nueva vida?

Se estaba fortaleciendo con rapidez. Las comidas, a pesar de los ingredientes sintéticos y de las verduras probablemente cultivadas en forma artificial, eran nutritivas, si bien bastante insípidas. En dos días la doctora Harris logró que se incorporase y caminara por el balcón de su habitación. Desde allí no veía otra cosa que edificios sin ventanas.

Las diarias lecciones con Watts continuaron, pero era evidente que él estaba sacando mucho más de ella que lo que la instruía en el modo de entender y hablar «Mercan». En efecto, cuando después de una semana la doctora Harris le dijo que tenía que comparecer ante un jurado al día siguiente, agregó que Watts haría de intérprete si fuera necesario.

Había dos mujeres y tres hombres en la Junta. La invitaron a sentarse en una silla de forma extraña —las de ellos también lo eran—, con Watts a su lado, y tomaron asiento a su alrededor. El presidente, un hombre prácticamente calvo como la mayoría, de escasos cabellos blancos, abrió la sesión.

—Primero explicamos —dijo—. Luego usted pregunta, nosotros contestamos.

No sacó mucho en limpio de la «explicación», aun contando con la ayuda de Watts. Lo que entendió la estremeció de miedo. Como Watts le había contado, ella pasaría de un departamento de CRIB a otro, y cada uno le haría

un estudio y la investigaría en relación con su propia especialidad. Pero eso sonaba más a «tratamiento» que a empleo; nadie mencionó sueldo o dónde viviría.

¿Todavía era ésta su ciudad? Parecía muy diferente, por lo que pudo apreciar desde su balcón. ¿Era ella todavía un ciudadano? ¿Tenía algún derecho o protección? Pero esperó su turno para hacer preguntas y escucho en silencio.

—Cada rama de CRIB —concluyó el presidente— se ocupa de formar su jurado, de alojarla y trasladarla al próximo lugar «asignado».

Al menos, gracias al doctor Watts, era inteligible.

—¿Bien? —preguntó a los otros miembros del tribunal, y todos asintieron.

—Ahora usted quizá preguntas.

Alejandra trató de mostrarse segura.

—Lo primero que deseo saber —dijo despacio y claramente— es acerca de los otros.

—¿Otros?

—Los otros casos de deshibernación. Debe de haber algunos, o no tendrían estas instalaciones. ¿Dónde están ahora? ¿Puedo conocerlos y hablar con ellos?

El presidente miró confundido a Watts y éste tradujo.

—No muchos —dijo cautelosamente el presidente—, y usted la primera de época lejana. El tiempo de ellos no el suyo. ¿Qué querría hablar ellos?

—Si bien nuestros pasados pueden ser o no los mismos, nuestro presente es el mismo, y yo deseo encontrarme con aquellos que hayan experimentado ya cómo son nuestras vidas.

Una vez más el doctor Watts hizo de intérprete y esta vez tropezó con el «presente», hasta que se dio cuenta que Alejandra no había estado hablando de regalos.

El presidente evitó la mirada de Alejandra.

—CRIB no se montó sólo para esto... no, no. Sólo diez lejanos curados y revividos antes usted, ningún mercan o inglés salvo usted. —Hizo un gesto para cortar la interrupción de Alejandra—. Y —añadió— seis de ellos

revividos incompletos.

—¿Incompletos? ¿Cómo?

—Cuerpos curados y restaurados, pero congelamiento no suficientemente pronto. Cerebros mucho tiempo privados oxígeno... mentes perdidas... idiotas.

—¡Oh!

Alejandra emitió un sonido entrecortado. Mejor no preguntar qué había sido de ellos; fuera lo que fuese, estarían muertos, Se esforzó por conservar el dominio de sí misma.

—Eso deja cuatro —dijo desesperadamente—. ¿Dónde están? Hablo varios idiomas.

—Tres todavía completando circuito CRIB sus propios países. Uno terminó.

—¿Y?

El presidente se volvió hacia el doctor Watts.

—Cuénteles así entienda —ordenó—. Debe entender. —Se extendió en una larga explicación de la cual sólo captó unas pocas palabras siniestras. Una frase críptica, «op pop», se repetía con frecuencia... Watts parecía alguien a quien habían ordenado hacer lo imposible.

—El presidente Venable quiere decir... el presidente Venable es un científico muy destacado. Todo el Jurado es altamente calificado... Les aflige causarle a usted una desilusión. Le explicaré mejor. Usted es culta e inteligente, lo sé por nuestra relación. Estoy seguro de que podemos contar con su sensibilidad... Usted comprenderá.

»La nuestra es una sociedad compleja, superorganizada, pero armoniosamente dinámica. Imagino que nuestro nivel intelectual general está muy por encima del que tuvieron en toda su... su antigua era. Cuando nos enfrentamos con... con obstáculos para nuestro planificado progreso, tenemos que tratarlos objetivamente. Y la única forma de encarar los múltiples (¿es ésa la palabra?) problemas de nuestro sistema social es estableciendo y ajustándonos estrictamente a una regla de población óptima.

Entonces era eso «op pop».

—No podemos permitir agregados no previstos. Debe haber nacimientos,

por varias razones; igualmente muertes. Sus casos de reanimación llegaron imprevistamente. No podemos aceptar otras personas. Usted no puede volver atrás, por supuesto, pero no es justo esperar de nosotros la destrucción de una de nuestras ciudades o que neguemos a nuestro propio pueblo el derecho a tener descendencia, para acomodar extranjeros de un período de desarrollo científico muy inferior.

—¡Eso es falso! —gritó Alejandra—. Nosotros también somos humanos, tenemos un derecho.

—Ustedes no tienen derechos, sólo privilegios que no podemos convenir en mantener. No quiero ser brutal, pero debo ser sincero. Reconozco (y sólo cito al presidente Venable) que algunas generaciones atrás nuestros antecesores cometieron un grave error. Por supuesto que siempre hemos conocido la existencia de cápsulas de almacenamiento con fichas completas prendidas en cada una de ellas. Pero la práctica de hibernación cesó unos 200 años atrás. En esa época, la gente había empezado a darse cuenta de lo que la hibernación significaría para sus descendientes, y se declaró ilegal.

»Lo que nuestros antecesores deberían haber hecho era rehusarse a tratar o a reanimar a cualquiera de ustedes. Pero los fisiólogos y gentistas protestaron vehementemente, y su organización, que se volvió hegemónica en el gobierno del mundo dos o tres generaciones después de su tiempo, estableció un compromiso y aseguró su mantenimiento.

»Al descubrir las curas para varias enfermedades —incluyendo senilidad — de las que morían, se les permitió reanimar especímenes selectos..., excuse la palabra, pero así es como nos vemos obligados a llamarlos..., pero con la condición de que fueran mantenidos aislados y sujetos a investigación científica. CRIB, con todas sus ramas: biológicas, histórica, social y de mantenimiento, ya existía, y se le encargó este trabajo.

»Es duro, duro para nosotros tanto como para ustedes. Algunos pueden ser nuestros propios antepasados directos. Hasta ahora, como el doctor Venable le ha contado, además de todo eso hemos intentado reanimar sólo a cinco en total, incluyéndola a usted; fueron restablecidos mental y físicamente. En cada caso hemos tenido que explicar la situación en uno de los “criols”, como hemos dado en llamarlos, pero finalmente lo han entendido

y han aceptado las condiciones bajo las cuales podemos dejar que continúen viviendo. Esperamos ahora que también usted lo comprenda y acepte.

»De lo contrario, no teníamos otra alternativa que enviarla a la muerte que usted hubiera tenido por su enfermedad.

Alejandra clavó sus uñas en la palma de su mano en un frenético esfuerzo por no desmayarse. Un miembro del jurado, mirándola atentamente, pulsó un botón y apareció un robot trayendo una especie de esfera de vidrio; despedía un olor acre que la envolvió. Alejandra tosió, parpadeó y finalmente se levantó desfallecida.

—Cuénteme la verdad exacta, doctor Watts —dijo directamente—. Entiendo lo que ha dicho, no puedo estar de acuerdo, pero comprendo su punto de vista. Usted ha omitido algo.

—¿Qué?

—Cuando nosotros —simples animales de laboratorio— hayamos completado el circuito, cuando cada rama de CRIB nos haya estudiado y registrado sus descubrimientos, ¿qué nos pasará entonces?

Se hizo silencio. Luego Watts dijo de mala gana:

—No hay lugar para ustedes. Son sometidos a eutanasia.

Venable, aprobando sus palabras, murmuró:

—Será dormida. No duele.

—¡Odio esto! —gritó una mujer del tribunal, repentinamente. Es cruel. Deberíamos haberlos dejado muertos a todos.

Estupefacta, Alejandra notó cómo, bajo un estado emocional, la descuidada pronunciación de la mujer había resultado clara.

—Es la ley. Nosotros no la hicimos, pero debemos obedecerla.

—Entonces —continuó aquella mujer— deberíamos ocultárselo y dejar que piensen que cuando termine el circuito CRIB tendrán una vida como la nuestra.

Hubo un murmullo agitado entre los otros miembros del tribunal.

—¡Inmoral! —objetó uno de los hombres. El presidente alzó su mano.

—¡Por favor! ¡Orden! Lo discutiremos en otro momento. —Se volvió hacia Alejandra—. Se levanta la sesión. Váyase ahora. Watts lleva usted de nuevo habitación.

Sin poder dormir esa noche, ya en su cama del hospital, Alejandra reflexionó sobre cualquier forma de escapar.

¿Suicidio? Sería absurdo, cuando era precisamente la muerte lo que trataba de eludir. Tampoco había posibilidad de echarse atrás, de ser congelada nuevamente; en la actualidad ya no se hibernaba a nadie, y aun cuando lo hicieran, ella hubiera sido la última persona tomada en consideración. Por un rato jugó con una fantasía: Loren Watts se enamoraba de ella, él la salvaría, la sacaría de allí y la escondería. Pero aquello tampoco tenía sentido; su razón le decía que él estaba interesado en ella por meras razones filológicas, y aun cuando se enamorara sólo conseguiría arruinar su carrera con cualquier intento de salvarla, o simplemente con cualquier protesta.

¿Escaparse, salir del hospital de alguna forma y tratar de perderse en la ciudad? ¿Cómo, sin dinero, sin oportunidad de ganarlo e incapacitada para hablar de modo comprensible?

Entonces... ¿sólo rendirse como habían hecho los otros, conformarse, someterse y completar el circuito como un conejillo de Indias y luego, como cualquier otro animal de laboratorio, dejarse liquidar cuando no tuviera utilidad? Cada fibra de su ser se rebelaba contra aquello.

Cuando ya desesperaba de hallar una solución, asomó la primera tenue idea de un plan.

«Si tuviera algo, si ideara algo, cualquier cosa, con la cual poder negociar...»

¿Qué? Las diferentes ramas de CRIB intentarían obtener de ella toda la información acerca de su época y examinar física y mentalmente en profundidad sus propias posibilidades de información. Su experiencia en técnica de computación sería un juego de niños en el siglo XXV.

Las bastantes débiles facultades psíquicas que había tenido no le servirían ahora. No le sirvieron más que para prevenirla ligeramente acerca de los problemas que tendría aquí.

La pesadilla de aquel mundo de 2498 era estremecedora.

Si pudiese hallar alguna forma de llegar a la gente del siglo XX... No la había. Aparentemente, viajar a través del tiempo era todavía un sueño.

«Hubiera sido mejor —pensó Alejandra amargamente— haber muerto de cáncer en 1970, como sin duda hubiera sucedido, y terminar aquello.»

¿Sería diferente si, como otras personas, hubiera sido lo bastante rica como para invertir cierta cantidad de dinero que, por algún milagro de acumulación de intereses, le preparara una fortuna para cuando fuera descongelada? Todos le habían aconsejado que no destinara hasta el último centavo a la hibernación y su mantenimiento; hasta el mismo Instituto de Criogenización se mostraba reticente ante su insistencia. «No», les había dicho, «debo estar bien de nuevo, soy joven, no tengo a nadie a quien dejar mis ahorros, y puedo hacer de mi vida lo que quiera». Por lo tanto, allí estaba, en un mundo tan extraño para ella como si viniera de otro planeta, a pesar de que posiblemente fuera aquélla su ciudad natal. Y las calles no eran sus calles habituales, y si ellos usaban dinero, ningún dinero suyo se hubiera conservado tantos años, y aunque se conservara sería lo mismo.

Estaba decidida con respecto a algo: si lograba llegar a un acuerdo con ellos no sería para asegurarse un nuevo tiempo de vida yendo de una rama del CRIB a otra, indefinidamente. Tanto si debía resignarse a morir como si debía encontrar un modo de vivir libre, como cualquier ciudadano de aquel nuevo mundo.

¿Pero cómo?

Y entonces se le ocurrió una idea. Era absurda, jamás podría llevarla a cabo. No podría haberlo hecho ni siquiera en su época. Pero no se le ocurría ninguna estratagema mejor. Por lo tanto, era eso o nada.

Comenzó a planearlo.

Por más mecánica, inflexible y austera que fuese aquella sociedad del siglo XXV, sus miembros todavía eran seres humanos. Sus emociones debían estar reprimidas, pero existían. Ningún super yo existe sin un yo.

—¿Cuánto tiempo más estaré en IBIS? —preguntó a Watts en la sesión siguiente.

—Aproximadamente una semana más, pienso. Luego iré a HIP, al Proyecto de Investigación Histórica.

—¿Todas las ramas me retendrán el mismo tiempo?

—¡Oh, no! Cuando llegue a las ramas físicas, psicológica y genética,

tardará semanas, quizá meses. Los programas de investigación intelectual como IBIS y HIP no pueden llevar tanto tiempo; depende del valor que tengan para nosotros los conocimientos del sujeto, y no es probable que tengan mucho, a excepción de las diferencias de lenguaje.

—Comprendo.

En consecuencia, ahora ella sabía que debía llevar a cabo su intento de escapar mientras estuviera bajo la investigación de HIP. Sólo estas ramas denominadas «intelectuales» de CRIB estarían posiblemente manejadas por investigadores humanos; el examen físico indudablemente lo harían máquinas.

Eso significaba que en el momento de su traslado de IBIS debía estar preparada para hablar y entender «mercan». Se dedicó intensivamente a aprenderlo en los diálogos con Watts, sin importarle cuan fuertemente trató él de inclinar la balanza a su favor. Hacia el fin de semana pudo entender la mayor parte de las conversaciones en las que tomaba parte y de las que casualmente oía a los médicos, enfermeras y robots parlantes que se encontraban en el hospital; incluso pudo hacerse entender bastante bien por ellos.

El doctor Watts ordenó su traslado sin entusiasmo; indudablemente, no estaba seguro de que ella no pudiera ya serle útil. Cualquier sueño referido a su persona era sólo eso: un sueño. Como nunca había visto a otro miembro del equipo de IBIS, supuso que en todas las ramas también le sería asignado un solo investigador.

Fue trasladada a HIP de noche, entre desconcertantes series de indicaciones y escaleras, rampas y ascensores. Al llegar, encontró una diferencia: fue alojada en una habitación con baño y le informaron que recibiría sus comidas cuando las ordenara operando un selector de menú bastante complicado. Una bandeja con comida asomó en la pared. La comida estaba servida en un plato caliente, tenía un gusto extraño y parecía sintética. También los artilugios de la cama y el baño tenían características peculiares: debería familiarizarse con ellos. La dejaron sola por el resto de la noche, y finalmente fue inducida a dormir hasta que un campanilleo la despertó y una voz desde una rejilla en la pared anunció que un miembro de HIP llegaría en

quince minutos.

El investigador de HIP, para alivio de Alejandra, era una mujer. No sólo le resultaba difícil acostumbrarse al nudismo general, sino que el plan que había concebido debía de ser más fácil de llevar adelante sobre la base de un contacto mujer a mujer.

—Soy la doctora Ann Mayhew —se presentó la historiadora.

Era joven, bien parecida y tenía la actitud decidida de todos los científicos que Alejandra había conocido. Llevaba una especie de computador portátil cuyo funcionamiento era inexplicable para Alejandra a pesar de todos sus conocimientos de cibernética.

—Usted está de acuerdo con su ficha, muy capacitada para su era —dijo la doctora Mayhew.

Alejandra se crispó ante el tono ligeramente protector, pero no era el momento de provocar disputas.

—Comenzaré, por lo tanto, por preguntarle acerca de varios puntos de discusión de la historia del siglo XX.

—No estoy segura —empezó cuidadosamente Alejandra, pronunciando las palabras como Watts le había enseñado— de estar capacitada para responder a sus preguntas en términos que signifiquen algo para usted.

—¿Por qué no?

—Porque en mis días dependía mucho de... bueno, problemas extraños.

—¿Extraños? ¿Eso significa...?

—Externos, puede decirse periféricos. Nosotros estamos, estábamos guiados muy ampliamente, aunque subconscientemente, por motivaciones que no surgían de la lógica o de la razón sino del sentimiento puro, a menudo de emociones irracionales que nosotros mismos conocíamos como tales, pero de las que no podíamos liberarnos.

—¡Increíble! ¿Quiere usted decir que admitían comportarse de ese modo en su actuación nacional o internacional?

—Eso me temo.

La doctora Mayhew guardó silencio. Parecía perpleja, como si no supiera cómo seguir desde un punto que encontraba incomprendible. Alejandra esperó. Finalmente la historiadora dijo cautelosamente:

—Está en lo cierto, será difícil. Pero lo intentaremos. Por ejemplo...

—¡Espere! —gritó de pronto Alejandra. Se sintió un poco mareada; existían todas las posibilidades de que en pocos minutos se la interrumpiera y se ordenara liquidarla como mentalmente incapaz. Pero era ahora o nunca. Se dio ánimos a sí misma.

—Antes de comenzar, dígame una cosa: ¿quiere la historia oficial o la verdadera?

—¿Quiere decir que no es la misma?

—Por supuesto que no. Le conté que nos dejábamos llevar mucho más por el sentimiento que por la razón. Existía algo que llamábamos desconfianza. En otras palabras, quienes estaban en el poder a menudo mentían al público porque temían que de contar la verdad el resultado fuera el pánico, quizá el caos total, si no se detenía a tiempo.

La doctora Mayhew frunció el entrecejo. Alejandra, al notarla desconcertada, cobró ánimos.

—Después de su era —dijo Mayhew lentamente— hay un hiato. No estoy autorizada a darle detalles, por temor a influenciar su propio informe. Pero hubo... una catástrofe, y luego un período de lo que usted llama caos. Duró más de un siglo, luego fue gradualmente controlado, seguido de un desarrollo progresivo, hasta llegar al gobierno perfecto que tenemos hoy.

Alejandra disimuló una sonrisa irónica. Semejante presunción merecía ser destruida.

—Entonces —continuó la historiadora— hay huecos en nuestro conocimiento de la última parte del siglo XX y primera del XXI. Las primeras lagunas son de cuando usted vivía. Por eso estamos complacidos de tener un buen caso, como usted, de la última parte de su era.

—El tiempo en el que viví primero.

—Cuando vivió primero, si prefiere; ése es el período acerca del cual quiero preguntarle. Pero ahora usted dice que había dos clases de historia, la oficial y la real. Eso es difícil de creer, pero si es cierto, entonces, por supuesto, queremos la historia real. Pero, dígame, ¿cómo pudo usted saber lo que se ocultaba al resto de la gente? De acuerdo con su ficha, era una simple ciudadana, programadora de computadoras.

Alejandra respiró profundamente.

—Bueno —dijo con gravedad—, yo tuve otra ocupación, también era un trabajo. En un sentido, era un agente secreto.

—¿Un espía?

—No exactamente. Fui probada y descubrieron que tenía fuertes poderes psíquicos. Por lo tanto fui aislada para llevar a cabo negociaciones con aquellos que *realmente* decidían. —Ella había tenido poderes de esa naturaleza, aunque no fueran tan poderosos como ahora decía—. Eso hizo que me eligieran para hibernarme, luego de descubrir que tenía un cáncer inoperable. Sería la primera agente en morir, y me dieron un mensaje para comunicar al futuro.

La doctora Mayhew hizo un gesto de desdén.

—¡Poderes psíquicos! Sé lo que quiere decir con eso, pero no tiene sentido. Es como si me hubiera dicho que era usted una bruja.

—Las autoridades de mi tiempo no pensaban así. Ahora he perdido mi poder; me dijeron que el congelamiento lo anularía (mejor decir eso, fuera o no verdad, para evitar que le exigieran una demostración). Pero era capaz de comunicarme con nuestros verdaderos gobernantes.

—¿Quiénes eran?

Alejandra conservó la expresión inalterable y la voz firme.

—Extraterrestres.

La doctora Mayhew la miró fijamente.

—¡Oh, vamos! ¿Qué es esto? ¿Un truco? Está haciéndome perder el tiempo, joven; si sigue así informaré que es inútil para nosotros y la pasaré a los examinadores físicos. Después de eso... la eutanasia.

—Extraterrestres —repitió Alejandra firmemente.

El corazón le latía con fuerza.

—¿Ha oído alguna vez hablar de OVNIS?

—Engaños; sus propias autoridades lo investigaron y lo declararon así.

—Para el público. En realidad sabían que existían y que eran autómatas enviados al espacio en naves nodrizas tripuladas. Descubrieron (todo esto era mantenido en el mayor secreto) que los observadores no podían comunicarse con nosotros por medio de sonidos ni del habla.

»Por lo tanto a alguien se le ocurrió que debían tratar de comunicarse por telepatía. Buscaron gente con poder telepático, y yo fui sólo una entre los muchos reclutados. Juré no revelar nada, y aún no estoy segura de poder hacerlo.

—No sea estúpida. No olvide que está absolutamente en nuestro poder.

—Es eso exactamente, doctora Mayhew. Lo que aprendí afecta más al tiempo actual que al mío; se me dio un mensaje para difundirlo, pero bajo ciertas condiciones.

»Ellos (nuestros observadores) advirtieron lo que ustedes llaman catástrofe. Puedo imaginar que fue inevitable. Habían esperado llegar a nosotros a tiempo para reeducarnos, pero concluyeron que era demasiado tarde.

»En consecuencia, todo lo que pudieron hacer fue abandonar esa idea y enviar un mensajero al futuro, del único modo posible, para estar seguros de que no sucedería más. Y yo soy ese mensajero. Como le conté, me eligieron porque sería el primer agente en morir. Pero no puedo difundir mi mensaje si soy un simple espécimen de laboratorio al que se eliminará cuando termina su utilidad. Debo tener derecho a vivir mi segunda vida como un ciudadano común de vuestra sociedad. Para estar seguros de eso, bloquearon mi memoria hasta que se cumpliera esa condición.

La doctora Mayhew rió, pero su risa era ligeramente chillona.

—Muy inteligente, Burton. Felicidades; fue un buen intento, pero semejante a los de los casos que curamos y reanimamos y luego destruimos. Y ellos no nos dijeron una palabra sobre mensajes. Pronto exploraremos la galaxia y entonces obtendremos cualquier información por nosotros mismos.

Conservando la calma, Alejandra reflexionó.

—Yo no dije —respondió tranquilamente— que todos nosotros fuéramos mensajeros, dije que yo lo era. Usted misma dijo que vengo de más atrás que cualquier otro que hayan reanimado. Es muy posible que los seres extraterrestres sabotearan a todos los demás sujetos hibernados en mi tiempo, para asegurarse de que sólo yo sobreviviría. Y probablemente supieran que no podrían esperar a que ustedes hicieran un viaje espacial. Porque mi mensaje es una advertencia de mayores catástrofes aún, y no puedo

comunicarlo sino a vuestros conciudadanos.

Se hizo un largo silencio. Entonces intervino la historiadora:

—Para ser franca, no la creo. No creo en la existencia de poderes psíquicos especiales, pero soy sólo un miembro del cuerpo de HIP. Suspenderé el interrogatorio. Será llamada nuevamente antes de que se reúna el jurado completo. Mientras tanto, la mantendremos aquí como huésped nuestra.

«Como su prisionera», pensó Alejandra. No obstante, las cosas estaban en marcha. Ahora, si pudiera dominar la situación...

Ganaba tiempo de todos modos... Tiempo para perfeccionar su historia y hacerlo lo suficientemente bien como para engañarlos.

Porque era una historia, por supuesto.

No sabía nada acerca de OVNIS excepto lo que había leído en los periódicos. Cualquiera podía ser hibernado siempre que tuviera el dinero para pagarlo. Nunca había habido «agentes». No tenía ningún mensaje de nadie para nadie. Sólo quería seguir viviendo como cualquier individuo libre en el mundo en el que había despertado. Todo, comprendió, dependía o bien de que aquella sociedad altamente racionalizada poseyese todavía alguna debilidad humana, o bien de que sus miembros fueran capaces de sentir curiosidad, credulidad, temor, superstición incluso. Si no había nada de eso, estaba perdida. Si lo había, debía urdir algo que los forzara a hacer un trato con ella.

Los miembros del Jurado eran los mismos que antes, con Venable como presidente, excepto una cara nueva y una ausente, la de la mujer que protestara en favor suyo. A estas alturas, Alejandra estaba acostumbrada a la desnudez general, incluyendo la propia. Lo que ella aún encontraba desconcertante era el hecho de que todos —al menos los adultos, puesto que no había visto niños— parecían usar lentes de contacto, de modo que era imposible calcular sus expresiones.

Todas las lentes eran de un azul metálico, a pesar de que el color de la piel no combinara con ello (en esta época había pocas diferencias raciales sobre la Tierra).

Por lo tanto, si bien la mirada de Venable debería intimidarla, no la

afectaba. Pero tampoco podría leer simpatía en sus ojos...

—Tenemos el informe de Mayhew; usted habló con ella —empezó gravemente—. Explíquese.

—Le conté —dijo Alejandra enérgicamente— que tenía poderes psi en mi vida anterior, que había sido usada por el gobierno para comunicarme con...

—Sabemos todos eso —la interrumpió el presidente con impaciencia—. No es necesario repetirlo. Ella ya le dijo que era absurdo insistir con la historia y que, como enferma mental, la destruiríamos después del examen. Esta es su última oportunidad para explicarse. ¿Se retracta?

—Me atengo a mi historia.

Con voz apagada, el presidente dijo:

—Burton, no somos ignorantes. Podemos entender sus esfuerzos para retardar su fin, quizá escapara Confiese haber inventado esa historia y olvidaremos lo que nos contó. Será mejor eutanasia que destrucción.

Aquello era como un interrogatorio policial de su tiempo. Pensó Alejandra con amargura; intimidación y engaño para obtener la confesión. Pero a pesar de todo continuaría luchando, ya que no tenía alternativa.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó audazmente—. Sea o no verdad me matarán. Por lo tanto, no tiene objeto mentirles. Mi historia es verdadera.

Era el último intento. Si pudiera convencerlos...

Pero no pudo.

—Admiro su coraje, Burton. Buen intento —dijo Venable secamente—. Llévela de nuevo a HIP —ordenó a un asistente.

Había luchado y perdido.

Alejandra tenía sólo un mes más de vida. Luego, la segunda muerte. Estaba en la mitad de su examen en GAP —Programa de Asesoramiento Genético— cuando los extraterrestres, perdiendo finalmente la esperanza de que su advertencia llegara a los obstinados terráqueos, invadieron la Tierra y barrieron a los humanos que la contaminaban, antes de repoblarla con una raza superior.

La última cosa que tuvo tiempo de advertir fue que su mentira no era tal

mentira, que había tenido poderes psi mucho más fuertes de lo que pudiera imaginar, y que los extraterrestres, que habían estado observando el comportamiento humano desde el siglo XX, habían guiado su inútil defensa en un último intento de evitar la invasión.

DESMANTELAMIENTO

Ron Goulart

Si hubiera que definir esta narración en dos palabras, cabría decir que se trata de un relato de «ortopedia-ficción». Aunque también de política, claro, ya que todo es política, incluso la ortopedia.

No comprendían los garabatos en las paredes, extraños y deformes, dibujos casi infantiles hechos con carbón.

Bueno, con varitas de neomadera quemada.

Estoy seguro de saber qué es lo que estaba haciendo Bil allí debajo. Sin embargo, nunca me he ofrecido a contarlo. No hay nadie a quien pudiera beneficiar con ello.

A Bil no, ciertamente. Y a Carla no creo que le importe.

Conocimos a Bil y Carla en el verano de 2018, poco después de que nos mudáramos a las Comunidades Apacibles. O mejor dicho, yo los conocí entonces. A mi mujer se le había ordenado que perdiera veinte kilos antes de que pudiéramos ser aceptados por la escogida comunidad. Se pasó mucho tiempo de nuestras primeras semanas en las Apacibles enfurruñada en el solarium de nuestra casa de tres habitaciones. A mí no me importaba, yo no tenía ningún problema con ella. La prefería robusta.

Yo no admitía esto delante de los paraterapistas de la comunidad, ni siquiera delante de cualquier médico robot, pero me gustaba que mi mujer estuviera allí, bajo el toldo azul, envuelta en toallas de licra y llevando el mayor tiempo posible aquellas gafas rojas. Ella era mayor que yo, lo que significaba que nos ordenarían mudarnos de las Apacibles en un período de tres años. Era una de las mejores comunidades para gente de 31 a 36 años en aquel sector de Conecticut. Yo era unos meses mayor de 31 años.

En mi segundo fin de semana en la comunidad, cuando volvía en la plataforma del baño obligatorio para hombres de 31 a 32 años, me encontré por primera vez con Bil Wilky. Él estaba agachado justamente delante de mí, tanteando el césped con su mano derecha, que era excesivamente rosada. Era

un tipo larguirucho con el pelo de diferentes colores.

Casi caí sobre él, puesto que yo estaba con la cabeza vuelta observando un partido obligatorio de dobles para mujeres de 33 a 34 años que tenía lugar en una pista cubierta de tenis. Una de las mujeres, alta y con el pelo rojo, parecía tan robusta como lo había sido mi mujer.

—Perdóneme —dijo Bil cuando choqué con él. Tenía una sonrisa que cruzaba su cara en momentos inesperados—. Estaba buscando mi oreja.

—¿Oreja? —Al agacharme junto a él me di cuenta de que había un espacio liso y en el lado izquierdo de su cabeza.

—Uno de nuestros nuevos modelos —dijo él— obtuvo una clasificación muy buena en el *Vista y Sonido* del pasado mes. Trabajo para la Partz Inc.

Yo había pensado usar los ahorros mutuos disponibles para los conductores en un Amtrak. Partz Inc era uno de los almacenes en la lista.

—¿Tienen que usar ustedes sus propios productos? —le pregunté.

—Ellos no insisten, lo que hacen es pedir voluntarios. —Sonrió más ampliamente—. Yo siempre me presto voluntario. Actualmente esta cosa funciona mucho mejor de lo que lo hacía mi verdadera oreja, pero tiene tendencia a caerse. La recepción es realmente impresionante. Oigo cosas que nunca oí antes. No es que estuviera ansioso de oír como se aparean los mosquitos o...

—Ahí está —dije señalando.

—No, no es la mía. Es una oreja de señora. ¿Ve cómo está perforada? Toqué la oreja con las yemas de los dedos.

—¿Deberíamos llevar esto a la patrulla?

—No. Déjelo estar, es la regla, recoger solamente las propiedades perdidas que nos pertenecen. Ah, ahí está la mía. —Recogió la oreja del césped y la adhirió a su cabeza.

—El enchufe es lo que está un poco desgastado. Al instalarse las orejas Partz se horada el cráneo y se enchufa la oreja.

Hacía dos años que yo había tenido un accidente con la Amtrak, a resultas de lo cual tenía dos rodillas falsas, de forma que no me gustaba hablar de piezas de repuesto. Últimamente mi mujer se había empeñado en conseguir una nariz Partz. Le dije a Bil mi nombre y lo que hacía.

—Usted vive en la Calle 26-A, ¿no?

—Nos mudamos hace un par de semanas.

—Creo que le vi en la última reunión obligatoria del bloque. Yo ya había hablado con las diez personas nuevas obligatorias y me fui antes de llegar a usted.

—Me han dicho que necesito otro compañero para la velada obligatoria de cerveza en el bar del bloque. ¿Está usted libre?

—Sí. Se lo notificaré al encargado social del bloque 26 y me reuniré con usted el jueves de 9,15 a 10,15.

Así fue como nos hicimos amigos. Bil tenía 33 años. Trabajaba para la Partz desde hacía más de siete. En 2016 lo habían transferido a la división de Nueva Inglaterra, pidiéndole que se pusiera al frente de un departamento de Acreedores. Bil estaba a cargo de un equipo de recuperación, que incluía a un tipo con habilidad telemagnética. Este tipo no era muy eficaz con las cosas pesadas, como las piernas o los brazos, pero podía recuperar una oreja o un ojo desde una distancia de un metro y medio. Bil trabajaba en los casos más duros. Los deudores más inteligentes. Mientras que su personal recorría los sectores residenciales de New Bridge port y New Haven recuperando camiones enteros de miembros, más algún corazón o pulmón ocasionales, Bil perseguía a los más recalcitrantes.

La primera noche que fuimos juntos a tomar nuestras dos jarras de cerveza, Bil acababa de localizar a una bailarina de Hartford 3 que se negaba a pagar la pierna derecha que Partz le había colocado.

—Esa maldita pierna es lo que le permite vivir —me dijo—. En cierta ocasión decidió desprenderse de su pierna y colocarse una pierna Partz. Partz Inc, le diseñó una nueva, y ella se convirtió en una estrella. Era primera bailarina con el Newton Civic Ballet, hasta que se nos escapó. La encontré viviendo con un bailarín de zapateado.

—¿Cómo recuperó usted la pierna?

—Oh, hay diferentes modos —sorbió su cerveza, con los ojos fijos en el fondo de la jarra.

—Eso es lo que quiero decir. ¿Cómo lo hacen en este caso particular?

—Golpeándolos. La golpeé a ella y al bailarín de zapateado. Desprendí la

pierna y la guardé en el depósito de mi vehículo aéreo.

—¿Qué hará cuando vuelva en sí, con solamente una pierna?

—Siempre les dejo una muleta —dijo él—. No se puede ser sentimental. Esa chica llevaba un atraso de seis meses en su pago. Tratándose de una pierna de primera clase como la suya, eran 6.000 dólares lo que nos debía. —Bebió un poco más de su cerveza—. Ya no ponen más aditivos en esta cerveza. —La terminó y pidió la segunda—. Lo que es peor es la recuperación de un corazón. Entonces hay que quitar el corazón Partz, pero sustituyéndolo por uno de segunda mano, pues de lo contrario, según el Acta de órganos vitales de 2012, se consideraría un crimen. Si tuviera usted que desprender corazones mientras un familiar del paciente está golpeándole con... Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Cómo le va a su esposa?

Fue un deudor moroso llamado Rutherford quien más contribuyó a lo que al final le ocurrió a Bil. Rutherford, un artista bien entrado en los cuarenta, había estado eludiendo a la Partz durante cinco años. Pocas semanas después de que yo conociera a Bil, su compañía tuvo noticias de que Rutherford, con su mano derecha de 400.000 dólares sin pagar, estaba en el área de Nueva Inglaterra. A Bil se le ordenó concentrarse en el caso. No lo vi en unas cuantas semanas. El encargado social cambió mi noche de cerveza, trasladando al jueves, de 9,15 a 10,15, el obligado encuentro sexual entre mi esposa y yo.

Cuando volví a encontrar a Bil en el almuerzo obligatorio mensual, él sonreía.

—¿Cómo va su caso? —le pregunté.

—Estoy descubriendo cosas muy extrañas. Espere, déjeme ver si puedo obtener un permiso para tomar nuestro almuerzo en el patio del Country Club.

Cuando estuvimos fuera, bajo una cúpula naranja, pregunté:

—¿Qué clase de cosas raras?

—Bueno. Ese Rutherford ha escrito libros muy extraños.

—Nunca oí hablar de ellos.

—Nunca han sido publicados. Encontré unas cintas grabadas en uno de sus estudios-escondite. No pude atraparle, pero estuve lo suficientemente

cerca de ello como para apoderarme de sus efectos, cintas grabadas, dibujos, pinturas. —Sonrió, con la pálida cara teñida de naranja—. ¿Le dije alguna vez que en un tiempo yo quise ser artista? No. Probablemente no. Ni siquiera Carla lo sabe. Lo pasé realmente bien mirando aquellos cuadros. Por supuesto los ha pintado con una mano por la cual todavía nos debe 256.000 dólares, pero eran cuadros importantes. Había estudios de niños jugando en la... bueno, dejemos el asunto.

—Bueno, yo no sé exactamente que...

—No importa, usted ya tiene suficientes problemas.

Así que no supe nada sobre aquellas cosas extrañas. No entonces.

Tuve una conversación más con Bil. Fue un día o dos antes que se las arreglara para localizar a Rutherford. Por lo que él me dijo entonces, por lo que puede sacar a Carla, y por lo que obtuvo de una fuente que no voy a mencionar, pude confeccionar, principalmente para mi propia satisfacción, un esquema de lo que habían sido las últimas semanas de Bil.

—¿Cree usted que Rutherford sabe de lo que habla? —preguntó Bil mientras dábamos nuestro paseo obligatorio de después de la cena, esa noche.

Un artista que huye probablemente exagera.

—No lo creo. —Bil sacó un cigarrillo y lo encendió con el mechero incorporado en su mano derecha artificial—. Los detalles de lo que Rutherford dice en esas grabaciones... todo concuerda.

—¿Qué dijeron sus superiores cuando les entregó las grabaciones?

—No he hecho eso aún.

—Pensé que tenía que darle a la Partz...

—Ellos no saben todavía que tengo todas esas cosas. Yo quiero a pesar de que a Carla le moleste, escucharlo todo unas cuantas veces más.

Uno de los ladrillos del suelo se iluminó, mostrando la hora 7,42 cuando lo pisé.

—¿Cuál es exactamente su teoría?

—Es más que una teoría —insistió Bil—. ¿Sabe?, antes de que Rutherford comprara la mano enseñaba en el Danbury Middle College. Cogió

el hábito de la investigación, un don para profundizar y un conocimiento profundo sobre cómo obtener los hechos. Incluso puede obtener información de los computadores del gobierno. —Deteniéndose, dijo luego—: He estado encargándome del departamento de deudores todo este tiempo y nunca había tenido noticia de que hubiese un grupo sobre mí.

—¿Otro grupo?

—Un grupo que tiene la responsabilidad de los casos realmente complicados. También se encarga de personas de las que se sospecha que son agitadores.

—Parece algo inventado por Rutherford.

—No. He podido hacer una pequeña comprobación en Partz de que está diciendo la verdad.

—¿Por qué no han perseguido ellos a Rutherford entonces?

—Por una razón. Ellos no saben cuánta información tiene Rutherford sobre ellos —dijo Bil—. Por lo que yo he... bueno, hemos llegado al final de nuestro período de paseo.

Salió del sendero enladrillado a la rampa que lo conduciría a su casa. Nunca lo volví a ver después de aquello.

Al final de la semana logró atrapar a Rutherford en una comunidad Megavitamínica de Greater Waterbury. El artista se hacía pasar por un realizador de tatuajes religiosos, y cuando Bil lo encontró en su tienda subterránea no había ningún cliente allí.

—Ah, ha venido usted con unas cuantas horas de retraso —dijo el hombre—. Me voy a la Argentina Reconstruida. Todos mis papeles están listos y estoy esperando...

—Usted debía haber pagado sus plazos mensuales. Ignoró todas las advertencias que Partz le envió —dijo Bil consultando el Manual Partz de procedimientos.

—Escuche, quizás...

Bil usó la porra.

Rutherford cayó tambaleándose sobre su iluminada mesa de dibujo con

un manojo de letras mayúsculas debajo de su mano de 400.000 dólares.

Bil podría haber intentado hablar con Rutherford más de lo que lo hizo, para preguntarle sobre lo que sabía del lado oculto de las operaciones de Partz, pero cuando vio al hombre allí, pienso, lo golpeó casi en seguida para no tener que escucharlo.

Bil había estado con Partz un largo tiempo, quizá pensara que podía continuar. Mientras menos supiese, más fácil le sería continuar allí.

Cuando empezó a desprender la mano, Bil advirtió los dibujos. Había una carpeta llena de ellos apoyada en la pata de la mesa. Los recogió y los miró. Si hubiera sido capaz de dibujar así ya no habría...

Apartando los dibujos recogió la mano artificial. La sostuvo en sus manos en vez de ponerla en el saco especial que llevaba consigo. En lugar de esto la puso al borde de la mesa.

Entonces desprendió su propia mano artificial y la sustituyó por la de Rutherford.

A donde fue a continuación no lo sé. Probablemente hizo uso de los papeles de Rutherford para salir del país.

Él y Carla no eran muy felices juntos. Carla era demasiado delgada para mi gusto, pero no creo que éste fuera uno de los problemas de Bil con ella. En todo caso no le importó dejarla atrás.

Si se fue a la Argentina Reconstruida o no es difícil, por lo menos para mí, de determinar. Se estableció, unas pocas semanas después de dejar Connecticut, en un pueblo de México 3. Allí dedicó su tiempo a dibujar y pintar. La mano Partz de 400.000 dólares, en caso de que ustedes no hayan visto una demostración de ella, puede dibujar y pintar en unos quinientos estilos diferentes. Al parecer los intentó todos. Realizó bajo la influencia del ambiente mexicano, una serie de murales al estilo de Ribera en su sala de estar, también una docena de paisajes al estilo de Cézanne, algunos retratos a la manera de Renoir, seis estudios de Corot de edificios y puentes, bocetos de animales al estilo de Buzino, varias docenas de Picassos de diferentes períodos, algunos dibujos a la pluma de Henry Kley y en los estilos de George Grosz y Milton Gross.

La mano lo hacía muy feliz. Una chica, una expatriada noruega que

trabajaba en diseño de muebles, dice que siempre estaba sonriendo durante aquellas primeras semanas de experimentación.

Entonces Partz, que hacía mucho tiempo que había encontrado al inconsciente Rutherford y que lo había interrogado, descubrió dónde se escondía Bil.

Al principio fueron educados, cursando un telegrama para comunicarse con él. Cuando recibió el requerimiento de volver a su oficina, Bil se fue, dejando la mayor parte de su trabajo detrás, y se adentró en el sur en la jungla de México 4.

Empezaron a hablar con él a continuación. Tal como Rutherford había establecido, Partz podía hacer cosas que la mayoría de la gente no advertía.

Cuando su oreja le habló, Bil estaba sentado en la baranda de su cabaña al borde de la jungla, pintando a la manera de Rousseau lo que veía ante él.

«Vuelve a casa, Wilky. Es una orden», le decía la oreja. «Si no atiende esta advertencia nos veremos forzados a...»

Desenchufó la oreja, la arrojó hacia el verde follaje y siguió pintando.

Nada ocurrió durante unos cuantos días.

El mal funcionamiento empezó cuando volvía de nadar en una laguna en la jungla detrás de su casa. Cuando salió de la jungla a la hierba quemada de un pequeño claro, empezó a sentir un intenso dolor en su rodilla derecha, la rodilla que no era suya. Era una de los 2.017 modelos que Partz Inc. había sugerido a toda su gente que probase. Bil, dando gritos, trató de entrar corriendo en su cabaña. El dolor, zigzagueando arriba y abajo por sus piernas, que hacía que los dedos de sus pies se contrajesen y que sus muslos temblasen, era excesivo. Cayó en tierra.

Se levantó. Volvió a caer.

Se arrastró dentro del dormitorio y, usando un cuchillo, se desprendió de la rodilla. El dolor cesó.

Esto era exactamente lo que Rutherford había mencionado en sus grabaciones. La gente de Partz que podía causar dolor y cosas peores a cualquier distancia. Rutherford daba, como otros ejemplos de su trabajo, realizado frecuentemente a requerimiento de la Oficina de Seguridad Nacional, el aparente suicidio del rey Norberto de la Suecia Alta, el fatal

accidente alpino del agitador de la Liga de las Naciones Gnordling y la inexplicable muerte del presidente Frates de Nuevo Brasil.

Eso era todo. Ahora Bil estaba seguro.

A la mañana siguiente su pie derecho empezó a palpar. Había desarrollado también, para sorpresa de Bil, la facultad de hablar.

«Podemos darle solamente unas cuantas opciones, Wilky; ¿continuará usted rehusando a volver a casa? ¿Debemos...?»

Se desatornilló el pie y lo arrojó, a través de la ventana, hacia la jungla.

—Nunca debía permitirles que sustituyeran tantas partes de mi cuerpo con esa chatarra suya.

Cojeando por la habitación con solamente un pie y una rodilla completa, estuvo hablando consigo mismo. El único medio de permanecer allí y hacer lo que quería, el único medio de escapar de los dolores y las incomodidades que le enviaban, era desprenderse de todas las adiciones Partz que había en él. Librarse de ellas.

Pero ni siquiera aquello era suficiente. Podían usar las partes para localizarle, así que debía primero dismantelarse a sí mismo y luego irse. Desgraciadamente había dos adiciones que no podía quitarse: una era el regulador impolatando en su corazón, y la otra era la mano que había quitado a Rutherford. No tenía sustituto para el corazón y no estaba dispuesto a perder la mano.

No he podido, y no estoy en condiciones de arriesgarme, ver los partes médicos de Bil. En consecuencia no estoy seguro de cuántas piezas de su cuerpo habían sido sustituidas durante el tiempo que estuvo en la Partz Inc.

Le llevó varios días cruzar la pequeña franja de jungla hacia su siguiente destino. Una crónica dice que llegó a la ciudad en una pequeña silla de ruedas. La parte inferior de su cuerpo había quedado atrás. Es probable que sea una exageración, puesto que es seguro que tenía por lo menos una pierna suya.

Bil, con sus pequeños ahorros, alquiló una choza de paredes encaladas, y continuó dibujando y pintando. El control remoto de la gente de Partz lo

encontró de nuevo, por supuesto, y comenzó a mandarle dolores a la mano de 400.000 dólares. Aguantó por dos días. Dos días completos de aullidos, y contorsiones y sonrisas fuera de lugar, y también de dibujar. Al final tuvo que rendirse y desprender la mano.

Lo que ocurrió en los siguientes días no lo sé muy bien. No con detalle. Es posible que la Partz le enviara alguna advertencia final. Sabían que Bil conocía todo lo que Rutherford había averiguado. Tenían sobradas pruebas de que Bil no era ya leal a la compañía. Le enviaron un ataque al corazón.

Bil fue encontrado muerto, tendido sobre el suelo de piedra. Había extraños, deformes e infantiles dibujos en las paredes encaladas. En su mano izquierda, que era suya, apretaba una varita de oscurecida madera que había cogido del fogón.

No comprendieron los dibujos. Yo sí.

Bil se había encariñado con la idea de que era un artista. Incluso después de abandonar la mano de 400.000 dólares continuó en ello. Aquellos dibujos en la pared eran su obra.

VISITA DE INSPECCIÓN

Ted Thomas

Un viejo tema de Edgar Poe (el manicomio regentado por locos) en versión alucinógena y distorsionado hasta la paradoja.

James Blakeman experimentó una revulsión y volvió a leer la carta. ¿Un grupo así? ¿Y en un momento como aquél? Se levantó y fue hacia la ventana. Desde allí contempló todo el conjunto del atractivo centro de rehabilitación criminal, de dos plantas, un monumento de cemento, ladrillo, acero y cristal. Y sin embargo, aquel grupo venía a destruirlo. No, él no podía permitir tal cosa.

Volvió al escritorio y leyó la lista de nombres.

El senador Guy Reardon, de Mississippi, presidente del Comité de instituciones penales (presentado a reelección); el congresista Hanley Carter, de Iowa, presidente del Comité de la Cámara para la rehabilitación criminal (presentado a reelección); el juez Charles Bonadio, del Tribunal de pleitos de ley común, Pennsylvania (presentado a reelección); el doctor Henry Bellingham, presidente de la Universidad de Michigan; la doctora Gladys Callahan, presidenta de la Universidad femenina de Illinois; el senador Richard Otter, del estado de Kentucky (presentado a reelección); y la lista continuaba por el estilo. Jefes de canales televisivos, presidentes de cadenas de periódicos y revistas. Quince en total, los contrincantes más enconados que podían encontrarse contra el sistema de rehabilitación Tinkerton. ¿Cómo habían conseguido el permiso para efectuar esta visita?

James Blakeman se frotó su maltrecho estómago y se reafirmó su acostumbrada disciplina personal. Era hombre habituado a enfrentarse con sus propios problemas, pero comprendió que para éste necesitaba ayuda. Apretó el botón de comunicación, se identificó y pidió que le pusieran con el secretario, para una emergencia.

Sin preámbulos, el secretario dijo:

—Acabo de enterarme de lo de la visita de inspección, Jim. Supongo que me llama por esto.

—Sí. ¿Cómo diablos empezó todo? ¿Quién dio el permiso?

—Nadie. El grupo senatorial lo dispuso todo en secreto y nos envió la noticia con el tiempo justo. Quieren pillarnos desprevenidos.

—Oh, bien... —murmuró Blakeman—. Si no tienen permiso oficial, ¿por qué no nos negamos a la visita?

—Imposible. Personalmente, opino que han elegido este momento esperando precisamente que nos dominase el pánico y no les dejásemos visitar el centro, para luego aplastarnos durante su propaganda electoral. No se retire, Jim, mientras intento hacer algo. ¿Todo normal por el centro?

—Sí. Puedo acompañarles en la visita de inspección rutinaria. No me gusta, pero no veo otra solución.

Se produjo una pausa, y luego el secretario preguntó:

—Jim, ¿verdad que hay cierto peligro en estas visitas? Son un poco arriesgadas, ¿eh?

Blakeman estuvo a punto de negarlo, pero había algo en el tono de voz del secretario que le hizo vacilar.

—Pues... tal vez —repuso lentamente.

—Hum... —gruñó el secretario—. Bueno, le llamaré pronto. Nos queda una hora.

Blakeman apretó el botón desconectador y llamó a sus supervisores. Entraron rápidamente, con expresión preocupada. Blakeman comprendió que la recepcionista ya debía de haberles puesto al corriente de lo que sucedía.

—Supongo —empezó Blakeman— que la mayoría de ustedes saben que viene un grupo a realizar una visita de inspección con vistas a abolir el sistema Tinkerton. Tendremos que ser pacientes con ellos y esforzarnos para hacerles comprender el sistema con todas sus ramificaciones.

Todos se miraron entre sí, frunciendo el ceño. Sabían tan bien como Blakeman que, si perdían las elecciones, el centro sería abolido. El doctor Arnold, el más humorístico del personal de profesionales, exclamó:

—Bueno, podríamos fumigarlos con gas trunkton, mientras recorren un corredor de control.

Sonrió, y los demás le imitaron. El doctor Arnold siempre estaba de broma. Pero James Blakeman no sonrió. Por espacio de cinco minutos, alguien ya había pensado dos veces en remedios increíbles.

—Deseaba asegurarme de que estaban ustedes al corriente —manifestó Blakeman—. Avisen a sus subordinados respectivos. Ellos son pocos, por lo que los llevaremos a todos en un solo grupo. De modo que sólo tendremos que molestarnos una sola vez. ¿Alguna pregunta?

No había ninguna por hacer, y se marcharon.

La luz del intercomunicador parpadeaba cuando Blakeman volvió a su escritorio. Era el primer ayudante del presidente, que entabló la conversación diciendo:

—¿Puede oírnos alguien?

—No, señor Atkins.

A Blakeman le pareció que el ayudante estaba angustiado.

—Tendrá que permitir la visita, doctor Blakeman. Por lo demás, sólo tengo el deber de destacar la enorme importancia de la situación. Actualmente están en juego las próximas elecciones. Cualquier error por nuestra parte y las perderíamos. Está en juego mucho más que nuestra futura expansión. Todo lo que usted haga será debidamente apreciado por la administración. Si maneja bien la situación, seguramente podrá contrarrestar algunas de las ideas preconcebidas por esos «benefactores de la humanidad». Por lo tanto, le deseamos suerte, Blakeman.

Este respondió cortésmente, pero cuando desconectó la comunicación empezó a meditar. ¿Por qué la primera pregunta respecto al carácter confidencial de la comunicación? Como tenía que dar varias órdenes, dejó de cavilar y continuó telefoneando.

Llamó a la sección de mantenimiento para comprobar la parte doméstica, y al personal del parque para asegurarse de que todo iba bien. Habló con la sección de síntesis, el personal de los corredores de control, el departamento de la administración de neotidina y la sección de represión. Luego se paseó por su despacho pensando en otras órdenes para el personal y efectuó más llamadas. Después, con media hora de antelación, llamó la recepcionista para anunciar la llegada de los visitantes, que aguardaban ya en el vestíbulo.

Tan pronto como apareció Blakeman, el senador Reardon avanzó hacia él.

—Blakeman, estoy seguro de que ya le han dado instrucciones para que nos enseñe solamente el lado bueno de esta operación que usted dirige, pero le advierto que nos proponemos visitar también todo lo podrido y repugnante. No queremos una visita rutinaria.

Blakeman trató de dominar su ira.

—Nosotros lo enseñamos siempre todo, contestamos a todas las preguntas y no tenemos nada que ocultar.

—No veo —intervino el profesor Oberton— cómo puede justificar un centro basado en las drogas alucinógenas como éste en un momento en que uno de los principales problemas del país es el abuso de drogas y narcóticos.

Hubo un coro de «Sí» y de «Ni yo tampoco» en el grupo.

—Por favor —observó Blakeman, levantando una mano—, no deseo discutir con ustedes. Empecemos la visita y ustedes podrán ir formulando sus preguntas. Los expertos de cada sección explicarán todo lo que aquí se hace —vaciló, pero se vio obligado a añadir—: y creo que cuando hayamos terminado, todos ustedes tendrán una idea mucho mejor de lo que pasa aquí.

Tan pronto como lo dijo comprendió que había sido una equivocación. Vio los rostros de expresión pétrea, que sólo mostraban hostilidad.

Un ayudante se acercó a Blakeman.

—Estamos listos, doctor.

—Sígueme, por favor —invitó éste, contento de rehuir la tensión que había creado—. Les ruego que formen un solo grupo. En algunas de las zonas podrían estar llevándose a cabo tratamientos sedantes.

—Peligrosas, ¿eh? —exclamó el senador Reardon—. Pensaba que aquí todo iba suave como la seda. Y ahora usted admite que esto es peligroso.

Blakeman frunció el ceño e iba a replicar violentamente, pero el ayudante vino en su ayuda.

—Es importante que recuerden que esto es un centro de rehabilitación criminal, particularmente para individuos que han cometido crímenes en un momento de pasión. No obstante, aquí no hay ninguna de las seguridades normales, como altas tapias, ventanas con barrotes o guardias armados.

Nosotros hacemos toda la medicación. Unas zonas son centros médicos, pero no hay nada que lo indique. Por eso hay que tener cuidado en las visitas.

Blakeman les hizo pasar por una puerta doble.

—Esta es la zona de recepción, donde los pacientes son interrogados por primera vez. Fíjense en la ausencia de escritorios y de todo cuanto podría recordar un consultorio. Hemos intentado que esto parezca más bien un salón confortable.

—¿Por casualidad —inquirió la doctora Callahan— es éste uno de los centros médicos que usted mencionó?

—En efecto —asintió el ayudante, a quien iba dirigida la pregunta—. Aquí administramos una medicación incipiente en forma de gas inodoro. Llega por conductos, en cantidades bien controladas, y pasa por esos pequeños agujeros que ven en el techo, junto con el aire acondicionado. Este gas sólo provoca una leve euforia. El médico que atiende al enfermo también lo aspira, pero, como lo sabe, puede cumplir su tarea sin obstáculos.

—¡Vaya! —refunfuñó el senador Reardon—. ¿Cómo podemos saber que ahora no nos están gaseando ustedes?

—Oh, no, no pueden estar seguros —reconoció Blakeman—, pero tampoco les haría daño alguno. Al fin y al cabo, nosotros también lo aspiraríamos.

—Salgamos de aquí —gritó un representante de televisión—. ¿Qué viene ahora?

Blakeman asintió y los condujo a una amplia estancia provista de pantallas en las paredes.

—Después de ser admitido, al paciente se le destina una habitación. En ésta se aumenta la medicación y...

—Un momento —le atajó el sociólogo, doctor Oberton—. ¿Qué buscan exactamente en el primer interrogatorio? ¿Qué criterio siguen para admitir a un paciente?

—Cuando el paciente llega aquí. Nos limitamos a comprobar lo que ya sabemos. Normalmente, aceptamos a los pacientes que sólo han cometido un crimen con violencia; no aceptamos al tipo de criminal reincidente, aunque ciertas modificaciones del sistema Tinkerton también podrían ayudarles.

Aceptamos a los pacientes que al menos experimentan ya alguna sensación de culpa. Y, en realidad, esto les ocurre a la mayoría. Por ejemplo, aquí — oprimió un botón y se iluminó una pantalla, dejando ver a un hombre que estaba sentado en una butaca, en una estancia muy agradable— tenemos a nuestro último paciente.

El grupo se inclinó hacia la pantalla.

—¡Vaya, si es Francis Herdliy! —exclamó el juez Bonadio.

Un poco asustado, el grupo contemplaba la imagen del hombre que últimamente había sido condenado por un sádico crimen contra la hija de un vecino.

—Está bajo sedantes —explicó el ayudante—. El gas trankton se emplea en esta sala en concentraciones altas. Su mente está... tranquila. No piensa en nada. Por el momento, sus ideas están muy diluidas.

—Quiere decir que le han vaciado la mente —masculló el senador Reardon—. Le han convertido en un vegetal. Y hacerle semejante cosa a un ser humano es terrible. En realidad, era mejor matarle. Oh, apague esto. ¡Es... es repulsivo!

Los demás componentes del grupo se estremecieron, asintiendo.

—Déjenos ver algunas otras pantallas —pidió el doctor Oberton—. Deseo ver si todos están igual.

Blakeman fue oprimiendo botón tras botón, y las respectivas pantallas mostraron a los pacientes sentados en cómodos sillones, mirando al vacío, con la misma expresión en todos ellos.

—Vegetales insensibles —rezongó el juez.

—¡Repugnante! —murmuró uno.

—Una afrenta a la dignidad humana —proclamó otro.

—Ya lo sabía —gruñó un tercero.

—Ahora descansan después de la última experiencia —explicó el ayudante—, a fin de prepararse para la siguiente. Este período de tranquilidad es necesario. A medida que transcurre el tiempo, disminuimos la concentración de gas trankton para cada paciente, lo cual les permite reflexionar un poco más sobre su más reciente experiencia. Esto es lo que va fomentando la repugnancia contra el crimen en cada individuo. Como ven, el

meollo del sistema Tinkerton es que trata a cada persona por separado, lo cual le induce a someterse al tratamiento individual. Su crimen constituye su propio castigo, para expresarlo de alguna manera. De modo que...

—El gas... ese trunkton que emplean —quiso saber el doctor Bellingham—, ¿es venenoso?

—Oh, no. No en la concentración que usamos.

—Pero ustedes emplean diferentes concentraciones.

—Oh, sí. De este modo controlamos la profundidad de la recuperación.

—¿Es pues, venenoso en altas concentraciones?

—Bueno..., en altas concentraciones todo es venenoso.

—No quiera jugar conmigo. ¿Mataría con una concentración muy elevada?

—Pues...

—¡Vamos, hable!

—Sí.

—Los miembros del grupo se miraron entre sí significativamente.

—El trunkton —explicó Blakeman— sólo deja al paciente en un estado tratable y sugestionable. Más adelante, cuando le aplicamos la neoetidina, arrostra la experiencia. Y entonces...

—¡Pero ustedes emplean un gas letal con estas personas! —arguyó el doctor Bellingham.

—Oh, por favor —suplicó Blakeman—. Ahora mismo están ustedes exhalando un «gas venenoso». El anhídrido carbónico es venenoso en una concentración del diez por ciento.

—Vuelve a burlarse de nosotros, doctor Blakeman, y esto no me gusta. Sigamos con la visita; quiero ver el resto de la institución.

Blakeman dio media vuelta y abrió la marcha hacia la sala de juegos. Los supervisores de la misma explicaron que las respuestas de los pacientes a los juegos y crucigramas constituían una medida de la profundidad del control del trunkton. Pasaron a las salas de ejercicios, los comedores, las duchas, las salas equipadas con televisión y las salas de lectura. Y luego fueron al ala de experimentos.

—Como ven, estas salas están almohadilladas. Pero sólo como medida de

precaución, ya que ninguno de nuestros pacientes ha sufrido nunca un ataque de violencia, Todo es mental. Nuestros psiquiatras habían primero con el paciente para asegurarse de que está sosegado. Después, le inyectan la neoetidina. Su efecto dura una hora, tras la cual los pacientes vuelven a sus habitaciones. Y nada más.

La última frase de Blakeman se extinguió en medio del silencio general y deseó no haberla pronunciado. El ayudante y el supervisor le miraron asombrados.

—Bien, cuéntenos esta experiencia —pidió lentamente el senador Reardon.

Blakeman le hizo una seña al supervisor.

—Alucinamos al paciente. Este revive su crimen, en todos sus detalles, como si lo estuviese cometiendo. El tiempo se acelera, de forma que todo pasa en tres cuartos de hora, si bien a él le parece que todo ocurre en el tiempo que realmente sucedió.

—¿Cuál es la finalidad de esto? —quiso saber la doctora Callahan, con voz estridente.

El supervisor se sobresaltó y se limitó a mirarla, por lo que fue Blakeman quien respondió:

—Cuando el paciente ha revivido varias veces su crimen, empieza a aborrecerlo. En realidad, aborrece cualquier forma de violencia. De este modo queda rehabilitado permanentemente.

—Es la cosa más terrible que he oído en mi vida —observó el congresista Carter.

—¿Tienen alguna idea del tanto por ciento de éxito que se obtiene con los demás métodos? —preguntó Blakeman rápidamente—. Casi cero para este tipo de criminales. Las cárceles y asilos sólo sirven para endurecerlos más. Con el sistema Tinkerton nosotros conseguimos un cien por cien de éxitos.

Los miembros del grupo no le escuchaban. Estaban estupefactos, meneando la cabeza de acuerdo con sus propios pensamientos.

—¿Cuántas veces les obligan ustedes a hacer un «viaje»? —preguntó el congresista Carter.

—Nosotros no llamamos «viaje» a nuestros experimentos —repuso

envaradamente el supervisor.

—No importa cómo los llamen, pero se trata de un «viaje» con una droga alucinógena como cualquier otra... que en nada se diferencia, por ejemplo, del L.S.D. Insisto: ¿cuántos viajes hacen?

—Cuatro experimentos por día —aclaró el supervisor.

—*Cuatro al día...*

Las cabezas de los miembros del grupo se irguieron, las bocas abiertas, los ojos desorbitados.

—¡Esto es terrible!

—¡Les lavan el cerebro!

—¡Medieval!

—¡Intolerable!

Blakeman levantó la mano.

—Por favor, damas y caballeros. Estos pacientes reviven cuatro veces al día su crimen en forma acelerada. En un período comprendido entre dos semanas y tres meses quedan totalmente rehabilitados. Y no se les perjudica en absoluto. Ni el frankton ni la neoetidina les dañan en modo alguno. Su inteligencia continúa inalterada. Su capacidad y conocimientos siguen intactos. Pueden...

—La neoetidina —le interrumpió el senador Reardon— también es un veneno, ¿verdad?

—Usted ha empleado el adverbio «también» en forma provocativa —le acusó Blakeman—. No, no es un veneno. Ni ejerce efectos secundarios. Oh, sí, después de tomar la dosis se oye un campaneó fuerte en los oídos, que desaparece completamente al cabo de unos segundos.

El doctor Oberton blandió un dedo ante Blakeman.

—¿Ese «campaneó» no significa un daño al cerebro?

—En modo alguno. No en este caso. Es simplemente una manifestación breve e inofensiva de la droga psicotomimética.

Todos los componentes del grupo callaron. Algunos murmuraron entre sí, y el senador Reardon y el juez Bonadio conversaron en voz baja. Blakeman iba a protestar, pero apareció otro ayudante que le llevó aparte.

—Al teléfono, señor. Es el presidente.

Blakeman, muy sorprendido, se hizo repetir el mensaje y luego se volvió hacia el grupo.

—Perdónenme unos instantes. Se ha presentado un asunto urgente.

Se dispuso a marcharse.

—Un momento, Blakeman —le detuvo el senador Reardon—. Por ahora no tiene que atender otro asunto más urgente que éste, créame. Y aún nos quedan bastantes preguntas...

—Formúlenselas a mis ayudantes. Volveré inmediatamente.

Mientras salía, varios miembros del grupo aún pedían que se quedase.

Ya en su despacho, apretó el botón.

—Diga, señor presidente.

El familiar rostro le miró.

—¿Qué tal va la visita de inspección, doctor Blakeman? —le preguntó el presidente.

—No muy bien, señor —Blakeman sacudió la cabeza con pesimismo—. Se muestran tremendamente hostiles y me he dado cuenta de que han venido ya con una decisión adoptada, por lo que puedo hacer muy poco para hacerles cambiar de idea. Ni siquiera escuchan lo que les decimos.

El presidente asintió y meditó brevemente.

—Bien, lo siento. Con los problemas sobre las drogas de nuestra juventud en todo el país, temo que un informe desfavorable de este grupo influiría enormemente sobre nuestros votantes en las urnas. Bien, supongo que *usted* ya no puede hacer nada. Gracias, doctor Blakeman.

La pantalla se ensombreció.

Blakeman vio cómo se desvanecía en la pantalla aquel semblante de triste expresión e, inesperadamente, surgiendo del pasado, se le apareció otro rostro... otra cara con los mismos ojos sombríos, la misma expresión dolida. Blakeman contempló la fantasmal imagen que flotaba ante él, contuvo la respiración y sintió que se le agarrotaba la garganta.

¿Cuántos años habían transcurrido?

Su padre sólo le había formulado un ruego:

—Hijo, mañana necesitaré tu ayuda en la tienda.

Pero el joven Blakeman estaba demasiado atareado y le negó la ayuda

secamente.

Cuando su padre dio media vuelta, le atacó la trombosis. Su padre cayó muerto con la misma expresión dolida en los ojos. La misma expresión dolida que acababa de desvanecerse en la pantalla.

Blakeman luchó por recobrar el aliento y presionó sus puños contra los ojos.

Esta vez ayudaría.

Se irguió, respiró profundamente y salió al pasillo para reunirse con el grupo.

Antes se detuvo delante de la puerta de cristales que le separaba de la sala donde los miembros del grupo estaban discutiendo en voz alta. Alargó la mano hacia el panel de control del gas trunkton en la pared y quitó la válvula de seguridad. Con la mano en la manilla de control del flujo, miró de nuevo al interior de la sala, viendo a su ayudante, a su supera visor y a los miembros del grupo... y vaciló. Sí, también ellos morirían.

Sin embargo, el sacrificio no sería demasiado grande, ya que se trataba de hombres devotos a su labor, que ya habían arriesgado la vida en muchas ocasiones.

Vaciló casi otro minuto, sólo el tiempo suficiente para ahuyentar de sus oídos el estrepitoso campaneó, y de pronto giró la palanca hasta su máxima abertura.

CÓMO FUNCIONAN LAS COSAS

Ron Goulart

Una divertida parodia sobre las intrigas políticas y otros chanchullos, que muy bien podría titularse «Cómo funcionan las personas».

El teléfono tenía ojos rosados y orejas de conejo. José Silvera volvió a cogerlo, marcando los números disimulados entre las barbas de vinillo. El videófono instalado en el estómago del teléfono-conejo se encendió una vez más y apareció el descomunal autómata conmutador-oso de felpa, que dijo:

—Ya has recibido tu ración diaria de cuento telefónico. Pequeño, por favor, no seas glotón. Cuelga en seguida, o me veré obligado a hablar de ti a Doc Wimby.

Silvera, un hombre corpulento, de anchos hombros, de treinta años recién cumplidos, dejó el teléfono-conejo sobre la mesa-calabaza.

—No soy un muchacho. Soy José Silvera, escritor independiente. Estoy aquí, en la Escuela de la Colina Mecánica de Doc Wimby, como redactor, para escribir una serie de libros educativos y de aventuras para niños. En este instante intentaba telefonar a Willa de Aragon en Ciudad Abandonada número 14. Willa Aragon es una encantadora e ingeniosa escritora a quien conocí recientemente en el planeta Murdstone. Ella desempeñaba aquí, en Jaspár, el empleo de escritora antes de mi llegada, Doc Wimby dice que abandonó el puesto de un modo brusco, para ir a residir a una comuna urbana a algunos cientos de kilómetros de este lugar. El número telefónico de su comuna es Rabuja 6-8091.

El oso mecánico, suspiró.

—Oh, pequeño travieso, está bien, telefona. Pero sólo una vez. No vayas a decir a Doc Wimby que te consiento estas cosas: creerá que te estropeo.

La pantalla se oscureció, y una vez comenzó a recitar: «Cuento de hadas telefónico número 106, la prestigiosa Escuela de la Colina Mecánica de Doc Wimby, cursos del 1 al 6. Había una vez un rey y una reina a los que sólo les

faltaba una cosa en el mundo para ser completamente felices. El rey era joven, apuesto y rico; la reina, de un natural tan bondadoso y gentil como...»

Silvera interrumpió la comunicación y, dejando el auricular en la oreja izquierda del teléfono-conejo, se levantó de la silla-cisne-bote en cuyo respaldo estaba sentado y dio una vuelta por la habitación. El sol de mediodía resplandecía fuera de las ventanas con forma de corazón, desde donde se divisaban altos árboles verdes y onduladas colinas más allá de la hilera de hermosas cabañas que circundaban los alrededores. Se paseó cerca de la rosada máquina de escribir audífono que Doc Wimby había puesto a su disposición, y se inclinó mirando la página inconclusa del capítulo en que trabajaba.

—ABC, ABC —decía la calmosa máquina de escribir rosada—. ¿No sería maravilloso, niños y niñas, aprender el abecedario? ¿Y cómo creéis que empieza? ABC, ABC. ¿Os sentís capaces de repetirlo?

Desconectó la máquina de escribir y se dirigió a la salida, cubierta con unas cortinas.

El teléfono-conejo sonó.

«Eso que suena es el teléfono, niños y niñas. Suena así, y cuando lo hace trae noticias y mensajes importantes. Teléfono. T-e-l-é-f-o-n-o.»

Silvera apartó el auricular de su sitio.

—¿Sí?

En la pantalla apareció un hombre de aspecto serio, bastante alto, con un traje blanco de una sola pieza. Usaba lentillas de color amarillo pálido y fumaba tabaco en una pipa de cerámica.

—Buenos días, José. ¿Ha desayunado?

—No —contestó Silvera—. ¿Cómo puedo hacer una llamada al exterior, Doc Wimby?

Wimby sonrió con seriedad.

—Bien, José, lamento enormemente que nos encontremos tan escasos de espacio y hayamos tenido que alojarle en una de las cabañas-dormitorio de los alumnos del primer curso. Pero lo pasará bien. Las llamamos «cabañas divertidas».

—Sí, lo sé —contestó Silvera—. Anoche pasé dos horas con una de sus

computadoras-azafata. Conozco la historia de su escuela, sus objetivos y el número de alumnos. Conozco incluso los planos de todos los pisos, comprendidos los de la planta secreta.

Doc Wimby señaló:

—Aquí no hay nada semejante a una planta secreta, José. La computadora que se lo ha dicho bromeaba. ¿Qué máquina fue?

—No recuerdo —dijo Silvera—. ¿Qué hay de la llamada con el exterior?

—¡Diablos! Preferimos no alentar a nuestros alumnos del primer curso con llamadas afuera. De modo que todos los teléfonos están ajustados para evitarlo. Si su llamada es de suma importancia, puede subir al recinto de los maestros. Allí hay unos teléfonos estupendos y modernos.

—Quiero ponerme en contacto con la señorita Aragon —dijo Silvera—. Cuando mis agentes me proporcionaron este empleo, me dijeron que ella lo había ocupado antes y que de pronto lo dejó.

—Sí, y bastante bruscamente, por cierto. De acuerdo. Conoce a la joven, ¿no?

—Si, la conozco. Creo que se fue para unirse a una comuna.

—Así es. Precisamente al mediar el capítulo 6 de «Los gemelos mecánicos visitan una dinamo» —dijo Doc Wimby, sonriendo todavía con seriedad. En cuanto al propósito de mi llamada, José, quería comunicarle cuánto me satisface el trabajo que ha hecho en los dos días que lleva aquí. En tan poco tiempo ha terminado dos libros de la colección. Nuestra sección de publicaciones es una parte esencial de nuestra organización. Estoy muy contento de poder contar con alguien de su capacidad. Como sabe, pagábamos sólo 1.500 dólares a la señorita Aragon por cada libro de los gemelos mecánicos. Creo que realmente vale la pena pagar cada centavo de los 500 dólares que sus agentes pidieron más. Esas escenas en que describe la vertiginosa caída en el abismo son maravillosas y brillantes. Y además educativas, que es el objetivo de nuestro departamento en la editorial de la Escuela de la Colina Mecánica. Mostramos a los jóvenes lectores el modo en que funcionan las cosas, entreteniéndolos a la vez.

Silvera dijo:

—¿Y está usted seguro de que la señorita Aragon vive en Ciudad

Abandonada número 14?

—Sí. Por lo menos eso es lo que sé —contestó el alto y serio propietario de la escuela—. ¡Ah! Una cosa más, José. En la medida en que su trabajo se lo permita, me agradecería que se diera una vuelta por el baile de esta noche.

—¿Baile?

—Sí; es sábado. Probablemente estuvo tan atareado luchando con la máquina de escribir que perdió toda noción del tiempo. Esta noche es nuestro gran baile de Graduación del tercer curso. También habrá adultos. Y nos divertiremos.

Silvera asintió.

—Si hoy termino *Los gemelos mecánicos visitan una fábrica de hot-dogs*, quiero comenzar *Los gemelos mecánicos visitan un astillero*.

—Otro libro, otros 2.000 dólares, ¿eh? —dijo Doc Wimby—. Debe hacer algún hueco en su horario para distraerse. Y que coma bien.

Doc Wimby desapareció de la pantalla del videófono.

Arriba y al lado del caballo-mecedora, un derrengado autómatas esmaltado de blanco gritó:

—¿Ves, ves? Mira lo que te dice Doc Wimby, mal chico.

Silvera recogió su túnica y exclamó en voz alta:

—Subiré al recinto de los maestros.

—Presiona un servomecanismo en su cavidad matriz y podrás comerte un sabroso tazón de gachas de soja y tres graciosas barritas que saben a chocolate —le dijo un gordo camarero autómatas—. Has revuelto todo mi interior con tu impetuosa impaciencia. A la mayoría de los niños, en el territorio de Rabuja, les gusta que se les meza sobre las rodillas y se les alimente con la cuchara. ¿Cuál es la ventaja de contar con padres que te mimen si uno no se concede algunos lujos? ¡Hum! Creo que hay gachas en mi reflector parabólico y está cayendo pseudomiel en mis resortes de tensión.

—Tómalo como una experiencia más.

Silvera salió de la cabaña.

La muchacha rubia, alta y desnuda, dijo:

—¡José Silvera! ¡Qué coincidencia! Hace pocos minutos un cura te denunciaba por la televisión.

—¿Ah, sí?

—A propósito, soy J. Joanna Hopter, por si has olvidado que nos presentaron el otro día durante tu rápido paseo por la escuela. Yo enseñé del 1 al 10.

—¿A los niños de uno a diez años? —preguntó Silvera, de pie en el umbral de la cabaña de la joven.

La pequeña casa de madera se hallaba precisamente a la entrada del recinto de los maestros. Silvera se había detenido en la primera cabaña para preguntar por un teléfono que funcionara. De la cabaña salía vapor, que se arremolinaba en torno a la esbelta joven.

—No. Los números del 1 al 10. Dirijo los reconocimientos en vuestra guardería —se sumergió nuevamente en la espesa niebla—. Hago mucho uso de los títeres. Se ha demostrado que son muy eficaces para la enseñanza y comprensión de los números entre los niños de tres años que provienen de la clase media superior —deslizó un títere en cada mano y los sostuvo a la altura de su pecho—. Aquí están: éste es Uno el Conejo y éste Tres la Abeja.

Silvera señaló el vapor.

—Antes de preguntarte por lo que busco, ¿hay algo que funciona mal ahí dentro?

J. Joanna golpeó su bonita frente con Tres la Abeja.

—Se me olvidó decírtelo cuando llamaste a la puerta. Sí, iba a avisar a nuestra computadora de mantenimiento. Me temo que mi sauna se ha estropeado. ¿Sabes repararla?

—Probablemente —contestó Silvera—. ¿Funciona tu videófono y está en contacto con el exterior?

—Sí, ¿por qué? —la linda muchacha rubia desnuda entró en su cabaña—. Pasa, ¿quieres? Estaba sentada en la satina y de pronto comenzó a salir demasiado vapor. —Se friccionó el vientre húmedo con Uno el Conejo.

—¿Quieres ponerte alguna ropa mientras intento arreglar la sauna? —preguntó Silvera, yendo en pos de ella entre las nubes de vapor.

—Creo que no —respondió la señorita Hopter—. En realidad, es una

buena oportunidad para practicar lo que aprendo en las clases de Cuerpo Sin Recelo, a las que asisto por las noches en Ciudad Capital. Allí está la sauna, al lado del anaquel de las *cassettes*.

Grandes remolinos de vapor caliente salían por el estrecho conducto de entrada de color de bronce. Silvera se arrodilló, palpó la unidad de control. Estaba ardiendo.

—Pásame un par de esos títeres.

Cuando la joven lo hizo, Silvera los usó a manera de guantes, quitó la tapa y apretó los botones de control.

—Una simple sobrecarga que obstruye el cierre posterior —dijo, incorporándose y devolviendo los títeres.

—Has manchado de grasa a Nueve el Cerdito; pero te estoy muy agradecida.

Sonrió y cepilló su largo cabello con un títere de carey.

El vapor se fue haciendo cada vez menos denso.

—¿Dijiste que alguien me ha denunciado por televisión?

—Sí, el noticiario del mediodía mostró un trozo de película de ese cura guerrillero. Lo conoces, ¿verdad? el hermano Armour, de la Iglesia de la Luz Oculta.

—Sí, he visto un retrato suyo en el noticiario de ayer. Está escondido y el Cuerpo de Seguridad de Jaspár lo busca. El mes pasado arrojó un gato en la Casa del Parlamento en Ciudad Capital, como protesta contra la política del gobierno. ¿Como es que me conoce?

La linda rubia se encogió de hombros.

—Sólo mostraron algunos minutos de uno de sus sermones clandestinos. Ya sabes, en las semanas transcurridas desde que se escondió, va apareciendo de sopetón aquí y allí por todo el territorio de Rabuja. Cuenta con muy buenas conexiones para ser un fugitivo.

—¿Me denunció en el aspecto moral?

Silvera fue hasta la mesa de aluminio sobre la que estaba el videófono.

—Dijo que un montón de bribones filibusteros y aventureros políticos vienen a Rabuja a estafar y explotar al público. Todo apañado por nuestro gobierno, que se compone de oportunistas y timadores prestos al soborno.

—Y yo, ¿qué soy?

—Dijo que un notorio filibustero, mercenario y agitador llamado José Silvera estaba en nuestro planeta vendiendo su talento a los peores elementos y realizando actos de represión.

—¿Yo? —dijo Silvera—. Me pregunto cómo ha conseguido mi nombre ese cura.

—Tú no eres un pirata mercenario, ¿verdad?

—Soy un escritor independiente —dijo Silvera. En realidad estoy aquí para redactar, en el anonimato, algunos libros sobre los gemelos mecánicos. Luego me iré. ¿Qué dice de eso el hermano Armour?

—En cuanto a ti, nada más. Continuó denunciando a los AE. Es la organización de los Asesinos Extraoficiales, un terrorífico grupo de guardia política que el gobierno no puede, o no quiere, detener. Luego denunció a varios grandes magnates locales, hombres como Marco Hayfles, W. Robert Reisberson y Lorenzo Bellglass.

—¿Lorenzo Bellglass? —Silvera se levantó de un salto.

—¿Lo conoces?

—Lorenzo Bellglass me debe 4.000 dólares.

—¿Sí? ¿Por algún antiguo trabajo literario?

—Sí, por dos seriales. Un género aún popular en el planeta Tarragon —explicó Silvera, paseándose—. Bellglass es propietario de una editorial en Tarragon. Se denomina Revistas Baratas Inc. Publica «Detective Barato», y «Amor Barato». Hice cuatro seriales con un personaje central llamado «El Detective Enmascarado». Bellglass sólo me pagó dos.

—El tener un trabajo independiente, sin duda tiene su lado negativo. Estoy contenta de haber elegido la seguridad y el estímulo de la profesión docente.

—¿Por qué está Bellglass en Jaspar?

—Adquirió hace poco una gran casa de verano en las afueras de Ciudad Capital, una especie de mansión laberíntica llamada Moatsworth.

—Tendré que verlo antes de irme de este planeta, y cobrar mi dinero.

—¿Tú siempre cobras?

—Habitualmente sí —dijo Silvera—. Aunque a la larga.

La agradecida rubia, aún desnuda, sonrió.

—Me imagino que un joven tan fuerte y apuesto como tú tendrá pocos problemas.

Silvera devolvió la sonrisa.

—Bueno, ¿y el teléfono?

—Sí, adelante. Te debo por lo menos un favor.

Antes de marcar el número de la Comuna de Ciudad Abandonada, Silvera puso un pie sobre una otomana de hierro forjado.

—¿Llegaste a conocer a Willa de Aragon, cuando estuvo aquí?

—¿A quién?

—A Willa de Aragon. Parece ser que me precedió en este empleo de escritor fantasma.

—¡Oh, sí, ella! —exclamó J. Joanna—. Una chica frágil. No la conocí muy bien. Sólo estuvo aquí unas semanas. Se fue de pronto. ¿Era amiga tuya?

—Sí. Estoy tratando de comunicarme con ella.

La pantalla oval dejó ver a un joven enjuto con un mono a cuadros, sentado en el bordillo roto de la acera próxima a una desvencijada cabina telefónica.

Tenía un grueso catálogo abierto sobre sus rodillas, y tras él se elevaban polvorientos edificios de metal y vidrio. Un aparato monorraíl yacía, destrozado, en la acera de la izquierda.

—Comuna número 14, buenas tardes. ¿Puede usted distinguir la cabeza de la cola?

—¿Qué? —preguntó Silvera.

El muchacho mostró el catálogo.

—El nombre de esto es *¿De modo que va usted a fundar una Comuna?*, con la apostilla *Aquí está todo lo que usted necesita saber*. Además lleva una guía profusamente ilustrada de la Vida Comunal rural y de Ciudad Abandonada. No comprendo los epígrafes de las profusas ilustraciones. Hace sólo seis días que resido aquí. Me encargaron del teléfono.

—Yo escribí un libro como ése, pero en otro planeta, donde las condiciones de subsistencia eran diferentes —dijo Silvera—. Quiero hablar con Willa de Aragon. Ella también es nueva en la Comuna.

—¿Con quién?

—Willa de Aragon.

—¿Es ése su verdadero nombre?

—Sí.

—Entonces no debe de ser el que usa aquí. Descríbame.

—Es alta, morena, retozona, de piel intensamente bronceada y aspecto ligeramente febril.

El joven delgado dio una palmada a su catálogo, lo cerró y negó con la cabeza.

—No. Hubiera advertido a cualquier chica de esas características. En materia de mujeres, todo lo que tenemos por aquí es una mayoría de chicas gordas y una vieja con un tatuaje en el brazo derecho más arriba del codo. Pero seguro que no tenemos morenas febriles y retozonas.

—¿Está seguro?

—Bueno, soy nuevo; pero creo que las conozco a todas.

—Pregunte.

—Todo lo que puedo hacer es llamarla por el sistema público de localización que han instalado en las calles.

—Hágalo.

—Un segundo.

—Se puso de pie y, cuidadosamente, depositó el libro sobre la desnivelada acera y desapareció de la vista.

—Febril y retozana —dijo el títere de carey en la mano de J. Joanna—. Yo, yo.

Silvera echó una mirada a la chica desnuda.

—Eres la primera mujer ventrílocua que conozco.

El joven delgado retomó a la pantalla, diciendo:

—Nadie responde. Lo que supongo...

Su imagen fue difuminándose hasta desaparecer por completo.

Silvera pulsó nuevamente el número de la Comuna, pero sólo vio una masa negra. Lo intentó dos veces más, y dejó el teléfono.

—¡Tonto! —dijo la rubia—. Se cansaría y volvió a mudarse.

Silvera añadió:

—Creo que iré a Ciudad Capital y veré de llegar a Ciudad Abandonada número 14 en un tranvía aéreo.

—¿Inmediatamente?

Silvera la miró a la cara.

—Depende.

—Aquí serás bien acogido por todo el tiempo que desees. Quizá yo pueda consolarte, ¿sabes?

—Bueno; pero tendrás que deshacerte de esos títeres.

Silvera se encontraba a tres manzanas de la estación de tranvías aéreos de Ciudad Capital, cuando media docena de Asesinos Extraoficiales decidió cumplir su trabajo. Estaba atravesando una tupida alameda con bajos árboles ornamentales de mal gusto, cuando atacaron los vigilantes AE. A un lado de la alameda embaldosada de mosaicos había un café al aire libre montado en círculo alrededor de una pista artificial de patinaje preparada para todas las estaciones. Dos camareros con trajes negros se deslizaban por el hielo en el momento en que Silvera pasó cerca. Se movía también una pareja negra, y una delgada muchacha rubia se desencajaba dibujando figuras en forma de ocho. De la opaca bóveda que albergaba la cocina automática, salieron de repente seis hombres patinando. Vestían túnicas grises hasta los tobillos, con dos aberturas ovaladas para los ojos. Silvera se quedó mirando.

La joven se detuvo en medio de un ocho e insinuó el gesto de un grito que ahogó con su delgado puño apoyado en su boca prometedor. Los somnolientos parroquianos, diseminados en torno de mesas blancas, dejaron de comer. Algunos se pusieron de pie, otros se echaron atrás de sus asientos.

—¡Muerte a los débiles! —gritó el asesino jefe, y sacó de uno de sus bolsillos una pistola desintegradora.

De la mesa cercana a Silvera, un hombre obeso de ralo cabello rojo, que había comido solo, saltó de su silla gritando:

—¡Los AE, los AE!

Se lanzó debajo de su pequeña mesa, y quiso alcanzar un par de cortos patines para hielo.

—Puedo huir a través del hielo, huir de ellos. —Trataba de desenredar los cordones de sus patines—. ¡Maldición! ¡Qué momento más oportuno para que estas malditas cuerdas se hagan un lío!

Al advertir la presencia de Silvera añadió:

—Oiga, joven. Abrigo la certeza de estar a punto de ser víctima de un atentado criminal del ala derecha radical. Quiero escapar de ellos por el hielo. La cosa es que no puedo desenredar estos patines. Tendría que haber comido con ellos puestos. Pero me dije que era estúpido comer con los patines en los pies. ¿Puede echarme una mano...?

Dos lanzarrayos centellearon, y Silvera se escudó tras la baja pared de piedra que rodeaba aquel restaurante. Algo estalló en su cabeza, y el dolor le punzó en el lado izquierdo del cráneo durante un instante. Todavía hecho un ovillo en su refugio, oyó el frenar de cuchillas de patines en el hielo, y luego una ráfaga sobre el corto muro que lo cubría.

—¡Los AE han sido vengados! —gritó el jefe de los asesinos.

Silvera alzó la vista: un camarero y dos clientes se encontraban arrodillados junto a los restos del hombre pelirrojo. Silvera sacudió la cabeza, flexionó las rodillas y caminó. A los pocos metros, ya recobrado por completo del dolor en la cabeza, reparó en que los patines del hombre muerto estaban liados en el cinturón de su chaqueta. Y había algo en el interior de uno de los patines. Cautelosamente, Silvera lo extrajo. El objeto era una cartera de cuero. La abrió por ver quién era el hombre. Antes de dar con el carnet de identidad, vio un trozo de papel color crema, doblado en forma de un cuadrado.

«Usted, Leroy Trinner está cordialmente invitado a un Cóctel Clandestino a beneficio de Verdaderas Causas Liberales», leyó Silvera. «A las seis horas de hoy, en Moatsworth. Su anfitrión es Lorenzo Bellglass. Su santo y seña de admisión individual es: “pan de ayer.” Destruya esta invitación una vez haya aprendido de memoria su santo y seña. No es necesario confirmación.» Silvera dobló la invitación de Leroy Trinner, y se acarició con ella el mentón. Decidió posponer su viaje a la Comuna de Ciudad Abandonada.

El mayordomo susurró:

—¿No es usted uno de los mexicanos?

De pie sobre el puente levadizo que daba a un costado de la casa, Silvera negó con la cabeza.

—«Pan de ayer» —dijo desde la mirilla, del tamaño de los ojos del mayordomo, en la vasta puerta de roble.

—«Pan de ayer» —repitió el mayordomo—. Espere a que compruebe en esta tonta lista.

La puerta chirrió al abrirse unos centímetros.

—¿Está usted absolutamente seguro de que no es uno de los mexicanos?

—Sí, lo estoy —dijo Silvera—. ¿A qué mexicanos se refiere?

—Se supone que forman parte de uno de nuestros grupos minoritarios caracterizados en la fiesta de recolección de fondos de hoy, señor —explicó el mayordomo, un hombrecito redondo y sonrosado—. El señor Bellglass los ha teletransportado desde Barnun. Son muy difíciles de hallar en nuestro sistema planetario. Creo que Barnun es, en realidad, el único planeta que posee mexicanos en cierta cantidad Mexicanos oprimidos, al menos. De nada sirve teletransportar ricos y acomodados mexicanos a una fiesta de recolección de fondos. De todos modos, ninguno de los nuestros se ha presentado. Tenían que venir seis de ellos con su marimba.

—¿Marimba?

—Una especie de instrumento musical. Es lo único que se me dijo, señor —dijo el sonrosado mayordomo, dejándose ver un poco más a medida que se iba abriendo la puerta—. El señor Bellglass piensa que no contribuye a animar una agradable fiesta doméstica el que el grupo oprimido se quede por ahí sin hacer nada. De modo que siempre especifica que deben hacer algo. Música, danza, oratoria, interpretaciones dramáticas. La semana pasada tuvimos leprosos acróbatas, absolutamente de primera clase. «Pan de ayer»; aquí está usted. Pase, señor Trinner.

Por dentro, la casa Moatsworth era todo rampas, galerías y plataformas. Las habitaciones colgaban a diversos niveles y tenían un variado número de

paredes.

—¿Y dónde se encuentra nuestro anfitrión?

—Creo, señor, que hallará al señor Bellglass en el almacén de entretenimientos para fiestas, en la parte posterior de la casa —contestó el pequeño, redondo y sonrosado mayordomo—. Está eligiendo algo para divertir a los invitados antes del sermón.

—¿Sermón?

—Sí; estamos orgullosos de tener con nosotros al cura fantasma esta tarde.

—¿El hermano Armour? Pensé que había denunciado a Bellglass.

—Eso fue sólo un subterfugio, señor.

Silvera dejó al mayordomo y subió por una rampa con alfombras doradas. A las seis y media había ya alrededor de doscientos huéspedes, repartidos por los distintos niveles. En la primera habitación de tres paredes, Silvera pasó junto a tres graciosas muchachas que conversaban con un hombre delgado.

Una rubia, pellizcándose distraídamente el pecho izquierdo desnudo, preguntaba al hombre delgado:

—¿Y exactamente, cuánto tiempo ha sufrido usted hambre?

Silvera continuó subiendo y bajando por los múltiples niveles de la casa Moatsworth. De acá para allá, iban deliciosas muchachas y esbeltos jóvenes portando para la colecta cestas de mimbre nuevas y crujientes. Silvera dio a una muchacha de cabello rubio platino, con el pecho desnudo, diez dólares de Leroy Trinner. Ella se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Esto hace ya tres mil dólares en mi pequeña cesta, y la noche está empezando. Gracias, señor.

Una mujer jovial y cincuentona le detuvo al pie de la rampa que conducía al almacén de pasatiempos.

—¿Es usted mexicano?

—No.

—Es moreno y sensual. Diría que es usted el mexicano típico —dijo la jovial mujer—. Pero me parece que es usted por lo menos diez centímetros más alto. ¿Cuál es su historial étnico, de todos modos?

—Tengo una parte marimba.

Silvera trepó por la rampa azul hasta la entrada del almacén de entretenimientos, que tenía cuatro paredes. Empujó la puerta hacia un lado y percibió un aire agradable, cálido y sensual.

Lorenzo Bellglass era un hombre bajo, de sesenta y nueve años. Su piel, reseca por el sol, presentaba un color casi marrón; su cabello era blanco y largo y lo recogía en dos trenzas. Una joven rubia le acariciaba la espalda, mientras él se inclinaba hacia un armatoste embalado; la joven le decía al viejo:

—Te portas y actúas como un hombre de diez años más joven, Lorry.

—Me consideras demasiado viejo, Doretta. —El endeble editor continuaba revolviendo el gran paquete—. Aquí no hay más que tocadores de armónica en miniatura, y no es eso Lo que necesito esta noche.

—Lorry, ¿cómo pueden todos esos hombrecitos respirar ahí dentro, cuando cierras la tapa?

—Son endiabladamente autómatas, simpática.

Doretta advirtió la presencia de Silvera, y sus caricias a la espalda del viejo rey de los folletines editoriales se hicieron más lentas.

—Lorry, he aquí a un hombre moreno y bronceado. Alto y apuesto, en el más amplio sentido de la palabra.

—Ahórrate la espantosa descripción y dile que se vaya —dijo Bellglass sin volverse.

—Bellglass —replicó Silvera—, usted me debe 4.000 dólares.

—¡Silvera! —El viejo giró en redondo—. Sí, Doretta, éste es José Silvera, uno de nuestros más brillantes escritores jóvenes. Bien podría ser uno de los mayores escritores del sistema de planetas Barnun. De no ser... porque está excesivamente interesado por el lado económico de las cosas. No piensa lo suficiente en su aspecto estético.

—Yo no he escrito cuatro novelas del Detective Enmascarado por razones estéticas. Quiero esos 4.000 dólares.

—Imposible —dijo Bellglass—. Lo que usted debe hacer, Silvera, es ir a nuestra oficina de contabilidad. Usted sabe dónde está, ¿no? Piso dieciocho del Edificio Barato, en el planeta Tarragon. Véalos, y estoy seguro de que ellos lo arreglarán todo. Sé que se le envió un talón hace mucho, mucho

tiempo.

—4.000 dólares ahora.

Algo, detrás de Silvera, chocó con un pianista de hojalata.

—Pan de ayer —dijo una voz áspera. La punta de una pistola se hundió en la espalda de Silvera—. ¡Por el Gran Arcano!, usted es un impostor. Hace menos de una hora oí que el pobre Trinner había sido derribado por los AE, a plena luz del día.

—Sobre el hielo. —Silvera se volvió. El hombre de la pistola de plata era tan alto como él. Más delgado, sonriente, con una túnica azul oscura y con leotardos—. Usted debe de ser el hermano Armour.

—Alabado sea Gruagach —dijo el cura fantasma—. Y usted es el pirata José Silvera.

—Tendré que leer uno de sus libros, señor Silvera —dijo la rubia Doretta—. Parece que todos han oído hablar de usted menos yo.

—Cierra la boca, cerebro de pulga —dijo el viejo Bellglass—. ¿Sospecha usted que Silvera está aquí como agente de los AE, hermano Armour?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? ¡Por Horbehutet! Trabaja para Doc Wimby. ¿No me dijo esa dulce Willa Aragon, en la misa que a escondidas celebré el mes pasado, que casi tenía pruebas fehacientes del pacto de Doc Wimby con los Asesinos Extraoficiales?

—Espere —sugirió Silvera.

Se hizo a un lado, distanciándose un poco más de la pistola del cura fantasma. Este movimiento lo situó de espaldas a una orquesta sinfónica de autómatas, todos los músicos vestidos de negro, que alineados en filas muy apretadas sostenían sus instrumentos. Luego añadió:

—¿Conoce a Willa?

—Claro que la conozco. ¡Por Cupnehhat! —dijo el hermano Armour. Apoyó un codo en una máquina de vistas, pero siempre apuntando con la pistola a Silvera—. Supongo que, dado que cogió su empleo tan rápidamente, usted debe de estar de acuerdo con Doc Wimby y sus cohortes conservadoras.

—¿Por eso me denunció usted en la televisión?

—¿Lo ha visto?

—No, pero me lo dijeron.

—Me pregunto cómo lo vio usted. Alguno de mis feligreses me han dicho que se me veía extremadamente verde la cara —dijo el hermano Armour—. Comprenderá que siendo un cura guerrillero no tengo tiempo de maquillarme mucho para salir ante las cámaras.

—Mi informante no hizo mención a su color verde. Mire, Willa y yo trabajamos ahora con los mismos agentes literarios, por eso ocupé yo este empleo cuando ella lo dejó. He tratado de dar con Willa. Me dirigía a Ciudad Abandonada número 14 cuando fui forzado a desviarme.

—No la encontrará allí, por Zabulón.

—Eso es la dirección que Doc Wimby tiene —dijo Silvera, dando otro paso atrás—. Y es la que ella envió a mis agentes.

El hermano Armour sacudió la cabeza.

—Hice un servicio de bendición en Ciudad Abandonada número 14 no hace ni tres días. Willa de Aragon no estaba allí —dijo—. Es más, Silvera: nunca estuvo allí.

Silvera, frunciendo el ceño, preguntó:

—Entonces, ¿dónde está?

—Usted debe de saber eso —replicó el hermano Armour—. Porque intuyo que usted debe de estar en conexión con Doc Wimby.

Silvera dijo:

—Usted supone que Willa, cuando trabajaba en la escuela, halló información que compromete a Wimby con los AE.

—Por supuesto, y no abrigo ningún género de duda —replicó el cura fantasma—, ya que ella así me lo dijo. Confió en mí porque se percataba de que nuestro gobierno territorial haría muy poco por identificar a los AE.

—Usted sospecha que Willa nunca fue a vivir a una comuna.

—Exactamente, nunca.

—Entonces, o Doc Wimby se deshizo de ella, o la retiene oculta en alguna parte.

—Los AE nunca matan a mujeres —dijo el hermano Armour—. Son viles carniceros, pero tienen su código. No, creo que él tiene prisionera a la pobre; chica.

—¿Dónde?

—Lo más probable es que sea en la Escuela de Doc Wimby.

—En la planta secreta —dijo Silvera.

—¿Qué?

—Hay una planta secreta en la escuela —explicó Silvera—. Una vieja computadora con la que trabé amistad me habló de ella y me mostró algunos planos mientras yo investigaba para escribir un libro. Doc Wimby me dijo que la máquina estaba equivocada.

La pistola bajó un poco.

—No sé si creerle. Quizá usted no sea un repugnante espía y un secuaz de los vigilantes.

—Mientras usted se debate con sus pensamientos —agregó Silvera—, yo regresaré a la escuela y veré si puedo dar con Willa, o, al menos, si puedo seguir su rastro.

—Mejor será que se quede aquí hasta que extendamos nuestras antenas y verifiquemos su historial.

—Eso pondría a prueba mi paciencia —dijo Silvera.

La pistola apuntaba ahora directamente a él otra vez.

—Debo exigirle, por Zabulón, que permanezca aquí.

Silvera se agachó súbitamente y al hacerlo dio un golpe al autómatas cimbalista que se hallaba exactamente detrás de él, el cual se tambaleó y cayó con gran estrépito cerca del hermano Armour. Silvera se irguió con rapidez, aferró al primer violín y lo lanzó como un ariete sobre el viejo Bellglass. Luego derribó al arpista y su arpa, a dos cellistas y a un barbudo tocador de oboe. De un salto salvó limpiamente a los vacilantes autómatas, cogió la pistola de plata de la mano del cura y corrió hacia la puerta.

Fuera ya del almacén, Silvera descendió por una rampa y buscó una salida trasera. En un gran patio en pendiente, se topó de nuevo con la joven rubia platino de la colecta.

—Me faltan sólo cinco dólares para los cuatro mil —sonrió.

Silvera amainó la velocidad de sus pasos.

—¿4.000 dólares?

—En este momento cuenta con 3.985 dólares. ¿Me ayudaría?

—¿Por qué no? —tomó la crujiente cesta y se metió todo el dinero en la

chaqueta—. El señor Bellglass se alegrará de darle un talón por un total de 4.000 dólares. Dígale que Silvera dijo que está bien.

—¿Está usted seguro...? —preguntó la joven.

Silvera se fue tan apresuradamente, que no oyó más.

J. Joanna Hopter iba vestida completamente de blanco. Silvera bailó con ella por todo el salón. Docenas de chicos de ocho y nueve años bailaban también con oscuros trajes de noche y prendas de baile blancas. Un número igual de padres y maestros, ataviados de manera similar, mariposeaban de un lado a otro. La música rítmica estaba de moda en Jaspatt, y se había contratado una banda de veinticuatro ejecutantes para el baile del Tercer Curso. Los integrantes de la orquesta, con excepción del calvo primer saxofonista, se cubrían con disfraces de conejo blanco. El director estaba disfrazado de pato.

Cuando terminó la interpretación musical, el director anunció:

—Es para vuestro viejo maestro un verdadero placer, chicos y chicas, presentaros al fundador de esta estupenda escuela. Aquí está, permítame estrecharle la mano, Doc Wimby.

Una vez iniciados los aplausos, Doc Wimby subió alegremente al escenario giratorio de la banda. Wimby vestía su habitual traje blanco, pero se había puesto una nariz de goma roja y un horrible peluquín amarillo limón.

—Antes de empezar la presentación de algunos de los premios escolares logrados, permítanme una pequeña atracción especial —anticipó el serio-sonriente Wimby—. Porque, así como sé que alumnos y padres ansían conocer quién obtuvo el primer puesto en Conducta, en Memoria o en Cinestesia, sé también que a todos nos divertirá el atrayente juego del morro-rodador —y exhibió un huevo azul.

Silvera se excusó con la bella J. Joanna y rodeó el salón en penumbra. Rápidamente salió fuera y desembocó en un oscuro corredor que conducía a la parte baja. Cerca del primer recodo ya caminaba entre sombras.

—¿Hacia qué porquería subes, vals paralítico?

El que así hablaba era un niño de ojos llorosos, con un desordenado traje

de noche, que se hallaba tendido exactamente a sus espaldas sobre el regular embaldosado.

—¿Estás lastimado?

—No; es que esa porquería de John Barleiscorn me ha mareado —respondió el pequeño—. Yo andaba buscando nuevas emociones para salir de mi habitual aburrimiento, y me animé a tomar algo más de una copa en el cuarto de los muchachos.

—Te ayudaré a levantarte.

—No me toque, puerco forastero. Voy a dormirla fuera de aquí.

—De acuerdo.

—¿Aún no han entregado los premios?

—No.

—Estoy listo para recibir una matrícula de honor en Empatía —dijo el pequeño—. ¡Qué porquería de aburrimiento!

—¿Por qué tanto «porquería»?

—Soy demasiado joven para soltar tacos.

Silvera siguió andando.

En un sótano repleto de computadoras, se dirigió sin vacilar hacia una del fondo del salón. Era una gran máquina pasada de moda, abollada y con olor a polvo.

—Buenas tardes, Pop —dijo Silvera, conectando la máquina.

—Hola, José —respondió la vieja computadora—. Me alegra verte nuevamente. En estos días casi todos olvidan a la vieja Pop. Oh, pero supongo que te dije que la última vez fuiste frío conmigo.

—Me gustaría saber más acerca de esa planta secreta.

—Ya. Sé todo lo concerniente al lugar. Yo lo recuerdo, pero tú no: se te ha olvidado. ¿Qué es la vejez, sino recuerdo?

—¿Cómo puedo llegar a la planta secreta?

—Toma por el corredor 18 al salir de aquí. Sigue, descendiendo en línea recta, hasta el pasadizo 46. Allí encontrarás la parte que requiere ingenio. Cuando llegues al repentino final del 46, continúa andando por el refrigerador de agua que mana de la montaña de tu izquierda. Izquierda, no derecha. Tira del segundo botón cuatro veces a la izquierda, seis a la derecha, cinco a la

izquierda. Luego rocía el botón de agua, y se abrirá un panel en la pared. Baja la rampa en espiral y estarás en la planta secreta. Fue construida hace veinte años durante una amenaza de guerra. Si necesitas salir de prisa de allí, hay otra puerta falsa en el pasadizo 22 de la planta secreta. Procede del mismo modo que con el refrigerador de agua —añadió la vieja computadora—. Sabes, José, una corazonada me dice que algo sospechoso ocurre allá abajo. Hombres encapuchados. Incluso tienen a una chica encerrada en una salita.

—¿Una chica? ¿Sabes dónde está?

—Claro que sí, José. La tienen en una habitación en cuya puerta pone «Objetos de escritorio y suministros».

—Gracias.

—¿Te marchas? Bien, pero vuelve. No olvides a la vieja Pop.

Silvera partió; cumplió las instrucciones de la computadora, y se encontró en un nivel suplementario bajo el piso. Los pasadizos con paredes de metal estaban débilmente iluminados a ambos lados con luz amarilla. Mientras procuraba localizar «Objetos de escritorio y suministros», dos hombres encapuchados le cortaron el paso.

—¿Quién va? —dijo el primer vigilante, rebuscando con la mano en un bolsillo de la túnica.

—No hay tiempo para eso —dijo Silvera—. Han descubierto a ese maldito hermano Armour.

—¿Armour?

—Sí. Está arriba, en el baile, disfrazado de conejo.

—¡Hijo del diablo! —dijo el segundo vigilante AE—. Pero ¿quién es usted?

—Un nuevo recluta.

—¿Por qué no va usted encapuchado?

—No había mi talla.

El primer hombre dijo:

—Deja de charlar, Virgil, y vamos arriba.

Empuñó su pistola y salió corriendo.

Silvera cogió a Virgil por el brazo.

—Espere. Doc Wimby quiere a la chica, Willa de Aragon. Debo

conducirla por el pasadizo de atrás en seguida.

—Aquí está la llave, recluta. Hágalo —dijo el encapuchado Virgil—. Debo apresurarme para alcanzar a mi compañero.

—De acuerdo.

—¡Muerte a los débiles!

—Sí, claro.

Una vez solo, Silvera echó a correr. Halló la puerta indicada en menos de cinco minutos. La abrió, y allí estaba Willa, sentada sobre una gran caja de papel carbón.

—Vámonos.

—José —dijo la morena y ágil joven—, ¿dónde has estado desde que nos vimos en Murdstone el año pasado?

Silvera la levantó y echaron a correr por el pasillo.

Mientras iban en busca de la salida secreta que le había señalado Pop, Silvera dijo a Willa dónde había estado.

Franquearon la puerta de salida y treparon por una rampa con subidas y bajadas en forma de cordillera. Esta los condujo a los bosques de la pendiente, medio kilómetro más arriba de la escuela.

—¿Cómo supiste dónde estaba y la manera de salir de allí? —preguntó Willa, jadeante.

—Principalmente, haciendo amistad con una computadora.

Willa suspiró y se recostó contra un roble. Le sonrió.

—Lamento que esta vez no cobres tus honorarios. Ni yo tampoco.

Silvera introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y, sacando dos talones bancarios, dijo a la joven:

—Aquí están los 6.000 dólares que Doc Wimby te debe, y los 4.000 dólares que me debe a mí. Tenemos que llegar al Banco nocturno de Ciudad Capital y cobrarlos en seguida, Willa.

—¿Cómo los has conseguido, José? —preguntó Willa, tomándole la mano.

—Mientras hacía pesquisas sobre «cómo funcionan las cosas», también trabé amistad con el autómata que extiende los talones.

Notas

[1] Doctor en Medicina. <<

[2] American Medical Association. <<